

MUNDO HISPÁNICO

Nº 48 - TEMA CENTRAL: BAILE ESPAÑOL - 15 PTAS.





MARIQUITA PEREZ.



Núñez de Balboa, 52. - Serrano, 8. - Avenida José Antonio, 1. - MADRID
 SUCURSALES: BARCELONA - SEVILLA - SAN SEBASTIAN - VALENCIA

LA típica artesanía española ocupa hoy día en el mundo el lugar que le corresponde por el primor y minucioso acabado de sus producciones. Hasta las naciones clásicamente poderosas desde el punto de vista industrial, han reconocido la superioridad de las manifestaciones artesanas de la mano de obra en nuestro país. Son innumerables los exponentes de esta clase de trabajos: damasquinados, bordados, tejidos, repujados en hierro y cuero, muñequería, etc., que hoy recorren en triunfo el mundo entero, pasando a un segundo término los clásicos y antes casi únicos productores de exportación, el flamenquismo y los «bailaores», desconocidos en su patria la mayoría, que han contribuido a forjar esa estampa de la España de pandereta que tanto daño nos ha hecho.



liéndose del marco de la juguetería, en grandes series y sin alma, da a sus productos calor y color casi humano, por lo que ha calado en hondo no sólo entre su clientela infantil, que ve a su muñeca vestida y cuidada como ella misma. Se educa así el gusto de las niñas, acostumbrándolas al cuidado de su propio ajuar. Vestir a su muñeca según la época y las circunstancias da a la niña una cultura que adquiere poco a poco. Pero no sólo las niñas, sino las personas mayores, llegan a interesarse por lo artístico y selecto de los equipos, como en esa primorosa y única colección de los trajes regionales españoles, con su polí cromía y variedad, que los hace inigualables. Todas las fotografías son de distintos modelos de la mencionada firma «Mariquita Pérez», conocida hoy en todas partes, y cuyo gracioso nombre es popular en cualquier nación y sus productos el más preciado presente para una niña o mujer de buen gusto.



MUNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

DIRECTOR:
ALFREDO SANCHEZ BELLA
SUBDIRECTOR:
MANUEL SUAREZ-CASO
SECRETARIO:
JOSE GARCIA NIETO

NUM. 48 - MARZO, 1952 - AÑO V - 15 PESETAS

SUMARIO

	Págs.
PORTADA: TRAJE NACIONAL DEL PA- NAMA, vestido por la señora Sara Morales de Davisson. («Foto» Basabe.)	3
SUMARIO	3
LOS LECTORES TAMBIEN ESCRIBEN	4
HERALDICA HISPANOAMERICANA, por Dalmiro de la Válgoma. (Dibujos de Ferrer.)	5
ANIVERSARIO DE LA VICTORIA («foto» Campúa)	7
UNA VIEJA MEDALLA Y UN NUEVO LI- BRO. (Ilustración de L. Goñi; «fotos» Ba- sabe y Yustas)	8
LA LIQUIDACION DE MONARQUIAS VISTA DESDE LONDRES, por Jacinto Miquelarena. («Fotos»: Miguel, Keystone y Ortiz-I. N. P.)	10
EL MUNDO ES ANSI	13
EL EJERCITO EUROPEO, por Miguel Urme- neta. (Dibujos de Lorenzo Goñi.)	14
CAMPOS DE ESCLAVITUD EN LA U. R. S. S.	16
NUEVA HISTORIA PARA LOS HISPANO- AMERICANOS, por Guillermo Hoyos Osoreo	18
BAILE ESPAÑOL	19
VUELTAS Y REVUELTAS DEL BAILE ES- PAÑOL, por Angel Zúñiga	20
MARIANELA DE MONTIJO Y ANA ESME- RALDA. («Foto» Campúa.)	21
BOLERO ESPAÑOL. («Fotos» Basabe.)	22
EL ACIERTO DE LA DANZA ESPAÑOLA, por Marrero Suárez	23
EL «BALLET» ESPAÑOL Y EL BAILE FLA- MENCO PURO, por Vicente Escudero	25
CACERES. («Fotos» Gudiol e Instituto Amet- ller, de Barcelona.)	28
BENAVENTE, EL MANANTIAL QUE NO CESA. (Report. gráf. por Cortés, de «Cifra».)	32
LA ANTORCHA CREADORA, por María Luisa Pacheco. («Fotos» Linares, de la Paz.)	34
ARIETA (poesía), por Eduardo Carranza. («Fo- to» Flatau.)	35
GALERIA DE FIGURAS HISPANICAS: FE- LIPE II, por Tiziano. (Reprod. R. Vernacci.)	36
TIZIANO, PINTOR DE PERSONAS AL VIVO	37
EL TESORO DEL CHICLE, por Concha Cas- troviejo. (Dibujos de Rubio Camín.)	38
LA MODA EN MADRID. (Dib. A. de Pombo.)	40
HERALDICA DEL DOLAR, por Julius Klein. (Dibujo de Molina Sánchez.)	42
ARQUITECTURA MODERNA, por Casto Fer- nández-Shaw. («Fotos» Balmes y «The Ma- gazine of Building».)	43
LAS CIUDADES DE AMERICA NACIERON ASI	46
CINE: «ALBA DE AMERICA». («Fotos» Ci- fesa.)	48
TEATRO: «TEATRO DE ESPAÑA EN AME- RICA: LA COMPANIA LOPE DE VEGA». («Fotos» María Luisa Padilla y Municipio de La Habana.)	49
TREINTA DIAS EN DOCE «FOTOS»	50
ANIVERSARIO DE LEPANTO EN LA AL- DEA, por Rafael Sánchez Mazas. (Dibujos de Esplandiú.)	51
MADRID, LOS ESTUDIANTES Y EL TRAN- VIA, por Antonio Díaz Cañabate. (Ilustra- ción por Herreros, «fotos» de Basabe.)	53

Colaboración artística de Luis González y Daniel del Solar.

«Fotos» de las páginas dedicadas al baile español: Annemario
Heinrich (Buenos Aires), Iris (París), Peñalara, Venagas, Primer
Plano, Mendoza, Müller, Basabe y archive MVNDO HISPANICO,
de Madrid.

DIRECCION Y REDACCION:
AVDA. DE LOS REYES CATOLICOS (CIUDAD UNIVERSITARIA)
TELEFONO 24 87 91 - MADRID

ADMINISTRACION:
ALCALA CALIANO, 4 - DIRECCION POSTAL PARA TODOS
LOS SERVICIOS: APARTADO DE CORREOS NUM. 245

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) - PIZARRO, 17 - MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION: MACISTENIO ESPAÑOL, S. A. (MA-
DRID) - HUECOGRABADO Y OFFSET: HIJOS DE HERACLIO FOURNIER (VITORIA)



TRANSPORTES AEREOS
PASAJEROS CARGA
PENINSULA - ISLAS CANARIAS
BALEARES - GUINEA ESPAÑOLA

AVIACION y COMERCIO

FLOTA: AVIONES «BRISTOL 170»

OFICINAS GENERALES: ADUANA, 33
(Esquina a Peligros) Teléfono 21 46 85 MADRID

DELEGACION MADRID: ALCALA, 42
(Edificio Bellas Artes) - Teléfono número 31 70 00

INFORMACION EN TODAS LAS AGENCIAS DE VIAJES

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA
Redacción y Admón.: Serrano, 117. Tel. 33 39 00. Madrid

SUMARIO DEL NUMERO 76, CORRESPONDIENTE AL MES DE ABRIL DE 1952

ESTUDIOS: *La monarquía y la nobleza andaluza, a comienzos del Estado moderno*, por José Cepeda-Adán.—*Problemas de la enseñanza de la Medicina*, por Carlos Jiménez Díaz.—
NOTAS: *Causalidad y física moderna*, por Klaus Schäfer.—*Cuatro poemas del dolor humano*, por Rafael Morales.—*La significación histórica del espacio*, por Juan Baneyto.—
INFORMACION CULTURAL DEL EXTRANJERO: *La reforma de la enseñanza en Norteamérica*, por José Pemartín.—*Tres cuartos de siglo en las «Memorias» de von Pastor*, por Rafael Olivar Bertrand.—*Evolución y estado actual de la síntesis Fischer-Tropsch*, por Ramón Sánchez Delgado.—
NOTICIAS BREVES: *Nuevas expediciones al Himalaya*.—*Méjico en la revista «France-Amérique»*.—*¿Pertenece los alemanes a la Europa occidental?*—
DEL MUNDO INTELECTUAL.—
INFORMACION CULTURAL DE ESPAÑA: *Crónica cultural española*, por Alfonso Candáu.—*Carta de las regiones*.—*Mallorca*, por Alvaro Calmés.—
NOTICARIO ESPAÑOL DE CIENCIAS Y LETRAS.—
BIBLIOGRAFIA: *Comentario: Una sistematización actual del Derecho Político*, por Francisco Murillo Ferrol.—*Reseñas de libros españoles y extranjeros*.

SUSCRIPCION ANUAL: 125 PTAS.—NUMERO SUELTO: 15 PTAS.—ATRASADO: 25 PTAS.

De venta en todas las buenas librerías



CAFETERIA-GRANJA

CARMEN, 36 - MADRID
TELEFS. 21 71 51 - 22 17 78

Desayunos.	Sandwiches.	Breakfast.	Mil-bar.
Aperitivos.	Batidos.	Light lunch.	Lunch léger.
Lunch ligeros.	Zumos de fru- tas.	Pan-cakes.	Cok-tail de lait ou chocolat, etcétera.
Meriendas.	Helados.	Milk shakes.	Jus de fruit.
Cenas.	Repostería.	Icecreams.	Glaces.
		Fruit juices.	Patisserie.
		Open from 8. a. m.	Sandwiches.
			Depuis 8 heures du matin.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

SUMARIO DEL NUMERO 27 (marzo 1952)

BRUJULA DEL PENSAMIENTO: MARTIN HEIDEGGER: «El origen de la obra de arte» (final). EMILIO CARILLA: «Fernández Moreno: Una autobiografía lírica». CARLOS MARTI BUFILL: «Estilo y profundidad de la seguridad social iberoamericana». WIFREDO DALMAU: «El caso clínico de Kafka en "La metamorfosis"». JOSE GAVIRA: «La Real Sociedad Geográfica». EDUARDO COTE: «Salvación del recuerdo». PEDRO CABA: «La nada y la angustia».

BRUJULA DE ACTUALIDAD: F. ANTHONY LOPEZ: «Estados Unidos y España». J. M. DE AZAOLA: «Sobre la conversión de García Morente. La crisis colombiana». CARLOS ROBLES: «El taller de San Lucas». JOSE ARTIGAS: «Una gesta olvidada: Sobre un libro de Gamba». CARLOS CLAVERIA: «Una gramática en la "Revista de Occidente"». ASTERISCOS: CORDERO TORRES: «La crisis del colonialismo liberal».

Dirección y Secretaría literaria: AVENIDA DE LOS REYES CATOLICOS.

INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA - Teléfono 24 87 91

Señor director de MVNDO HISPANICO: Soy un asiduo lector de vuestra revista; por eso me he resuelto a escribir esta carta con algunos comentarios que se me han ocurrido, aunque algunos han sido ya publicados, y que son debidos a la pluma por otros lectores de M. H.

Desde su aparición, MVNDO HISPANICO ha llenado un hueco que había en el género de las revistas serias; aquí, en América, nosotros ignoramos en general lo concerniente a los demás países de lengua hispana. Vuestra revista viene a subsanar esto; con sus artículos americanistas o españoles, nos muestra el folklore, costumbres, cultura, etc., de los demás pueblos.

El año pasado dedicaron un número a San Martín, justamente llamado el Libertador de América; dicho número fué un éxito por el material que traía, pero en ningún número vimos una referencia a José Artigas, que con no menos justeza fué llamado «el Protector de los Pueblos Libres», quien también era objeto de grandes homenajes con motivo del centenario de su muerte, acacida en el destierro, al igual que la del vencedor de San Lorenzo; a los uruguayos les ha dolido ese silencio. En el mismo caso están O'Higgins y Bolívar, Santander y Miranda.

Hay otro tema bastante batido: el atraso de MVNDO HISPANICO en Montevideo. Ustedes decían que estaban tratando de solucionar este problema: es mi modesta opinión que no sería muy difícil obtener ahí de la Naviera Aznar u otras de las que hacen el viaje al Río de la Plata unos pocos pies cúbicos en sus bodegas, para que así la revista, en vez de tres, Hegue a lo menos con un mes de atraso.

En Montevideo tenemos las revistas francesas o italianas dentro de la quincena de su publicación, al igual que las yanquis, llegando, en el caso de una de ellas, que es editada los lunes en Nueva York y que, gracias a la diferencia de hora y a la Pan American, la tenemos aquí el mismo día a la hora de la cena o el martes a la del desayuno.

Atentamente saluda el señor director, s. s.,

Jorge Thomas.

Colonia 1778, edificio Cordon.

Buenos Aires, 9 de octubre de 1951.

Señor director de MVNDO HISPANICO.

Muy señor mío: Desde el primer número en que apareció MVNDO HISPANICO, hasta el presente, soy un asiduo lector de la mencionada publicación, que honra no solamente al periodismo y a las letras de España, sino también al resto del mundo intelectual, social, político y artístico.

estafeta

FERMIN M. A. DE BISHOP.—San Fermín, 26. Pamplona (España). Desea correspondencia con muchachas de habla española menores de diecinueve años que tengan aficiones literarias, poéticas y cinematográficas.

JOSE CULLELL PUIGJANER.—Fuente Vieja, número 65. Tarrasa (Barcelona, España). Tendría mucho interés en cambiar correspondencia con muchachas americanas de habla española que oscilaran, a ser posible, entre los quince y veintidós años.

JAIME JUAN FORNE.—Reloj Viejo, 5. Valencia (España). De veintidós años. Desea sostener correspondencia con la América de habla española y Filipinas e intercambiar revistas, postales y libros.

JOSE HERNANDEZ UBEDA.—Bretón, 6, 3.º Teruel (España). Con extranjeras de dieciséis a veinte años, en español, para intercambio de postales y revistas.

LUIS ECEIZA ALBERDI.—Escoriaza (Guipúzcoa). Desea la dirección de algún joven americano que desee intercambiar correspondencia en la forma corriente, o sea, a base de escribir él en castellano, contra respuesta en inglés.

Los LECTORES también escriben

MVNDO HISPANICO es una de las pocas revistas que puede penetrar, sin dañar, en el más recatado de los hogares, porque su lectura y su artístico material gráfico se nutren de las virtuosas enseñanzas de las buenas costumbres, expresivas normas de un hondo sentimiento cristiano. Por eso, MVNDO HISPANICO instruye y educa a la vez. Lo que ya es mucho decir en estos tiempos de negación espiritual en que vivimos.

Nosotros, los argentinos, amamos a España. A la Madre Patria, como la llamamos cariñosamente. Fueron españoles nuestros maestros en el periodismo y de ellos hemos aprendido a renunciar a las veleidades efímeras de la vida, porque no es para el placer que Dios ha formado al hombre, sino para sacrificio y gloria de todos los heroísmos. Y eso es MVNDO HISPANICO. El pulso sacrificado, glorioso y heroico de la inmortal España, de arraigadas tradiciones seculares, que se han quedado prendidas en el corazón de América.

Me es particularmente grato expresarle, al despedirme, señor Alfredo Sánchez Bella, mis mejores augurios para MVNDO HISPANICO, deseando que la misma continúe siendo el vínculo afectivo que nos una a través de los mares, con el silencioso lenguaje que honra al periodismo universal.

Marcos Aguirre Córdoba.

Calle Azcuénaga, 942, piso 5.º, dpto. 3.

Ottawa, Ont. (Canadá), 13 de octubre de 1951.

Distinguido señor:

Por una circunstancia casual y feliz—el conocimiento de un joven español que se encuentra temporalmente estudiando en este país—llegó a mis manos, por su conducto, un ejemplar de la edición número 40, del mes de julio de este año, de la revista española MVNDO HISPANICO.

He leído y releído su extraordinaria y brillante «Carta al editor de Life», en la que replica usted con singular maestría literaria a las venenosas aseveraciones que dió a la publicidad la revista nor-

GREGORIO.—Guanacache, núm. 2.790, piso 2.º Departamento «L». Buenos Aires (28) (República Argentina). Desea recibir y enviar correspondencia a toda persona de habla española a fin de intercambiar revistas, libros, estampillas, opúsculos, etc.

ANTONIO ANTON VAZQUEZ.—De veintidós años de edad, domiciliado en la calle Desamparados, número 1, segundo. Elche (España). Desea correspondencia con joven hispanoamericana que tenga aficiones literarias, con el fin de intercambiar libros, postales y sellos.

FRANCISCO NAVARRO ARTILES.—C. Luján Pérez, 4. Puerto de la Luz. Islas Canarias. Desea tener correspondencia con chicas sudamericanas amantes de la Literatura y de las Bellas Artes en general.

LUIS G. SANCHEZ-GARCIA.—General Castaños, 42. Algeciras (España). Desea correspondencia con señoritas lectoras de MVNDO HISPANICO.

WINFRIED SCHUB.—Vive en Lahrndlingen, Flusplatzstr, 37. Baden (Alemania). Desea correspondencia con chicos y chicas de Hispanoamérica con fines culturales y para intercambiar postales en inglés o alemán.

teamericana, pretendiendo rubricarlas con unas bellísimas fotografías, que, a no ser por las tendenciosas leyendas y por el objeto para que fueron obtenidas, hubieran resultado positivas obras de arte para quien quisiera verlas con sensibilidad estética.

No es ésta la primera vez —ni será, ciertamente la

última— que ese órgano publicitario norteamericano denigra y falsea la verdad de lo que ocurre en el mundo hispánico; es ésta una de sus tareas sistemáticas, porque el sensacionalismo forma parte de su estructura publicitaria. Tal ha sido la forma de «cooperar» de esta revista al desenvolvimiento de la llamada política del «buen vecino» que pretendió nacer a raíz de la guerra pasada, cuando los Estados Unidos se dieron cuenta de que necesitaban con urgencia de la colaboración de los países hispanoamericanos, y en la que, a la postre, los buenos han resultado ser los pueblos de allende el Bravo, y aquéllos, los vecinos.

El objeto fundamental de estas líneas es el de felicitarle de la manera más decidida e incondicional por su brillante réplica, pues con ella ha asumido usted no sólo la defensa de los fueros de la dignidad de España, sino también la de sus hijos, esos incomprensidos y explotados, pero pujantes países iberoamericanos, que, orgullosos titulares de un porvenir envidiable y del esforzado trabajo de sus hijos, luchan incansablemente por la realización de sus destinos, plenos de fe en sus instituciones, en su cultura y en su tradiciones españolas, con un sentido de la vida y de los valores que arranca desde la fundación, en 1551, de la Real y Pontificia Universidad de la Nueva España, cuando entonces pacían los búfalos en las llanuras de Norteamérica.

Téngame aquí, señor Gómez de la Serna, a sus estimables órdenes, como a un modesto mexicano que, accidental y transitoriamente, trabaja en este hermoso país, y a quien le agradecería saber qué cantidad debe enviar para tomar una suscripción de la revista MVNDO HISPANICO.

Soy de usted muy atento y seguro servidor,

Ignacio D. Silva.

284, Laurier Ave. East.

San Francisco (California), 7 diciembre 1951.

Muy señor mío: Asiduo lector y admirador de la magnífica revista MVNDO HISPANICO, y orgulloso como español (nací en Villamayor de Campos, Zamora) de que ésta se publique en mi patria, vayan primero que nada mi sincero aplauso y mejores deseos de éxitos y progresos para MVNDO HISPANICO, publicación que contribuye en buena parte a estrechar más fuertemente los lazos que nos unen a nuestros hermanos de los países hispanoamericanos e islas Filipinas, y que asimismo, y a través de sus artículos y crónicas, ayuda a unos a conocer España mejor, y a otros, a conocer los países de habla hispana allende los mares.

Sólo he echado en falta una cosa en las páginas de MVNDO HISPANICO, y que, aunque quizá no tan de actualidad como la política internacional, la guerra en Corea o los muy variados artículos que ustedes publican, en mi concepto contribuirá a hacer conocer mejor a España y es más ameno que las cuestiones políticas—que ustedes, afortunadamente, no publican—. Me refiero con esto a la publicación de artículos biográficos sobre nuestros grandes compositores y músicos, como Sarasate, Albéniz, Granados, Falla, Turina y Bretón, entre otros, cuya música, en particular la «Danza del fuego», del Amor brujo, de don Manuel Falla, es tan popular aquí, en Estados Unidos, que son muy pocos los cafés y bares en los cuales no figure esa composición en sus máquinas tocadiscos.

Por supuesto que muchas personas saben que hay composiciones con nombres como Goyescas, Suite Iberia, El sombrero de tres picos, La Malagueña, Sacromonte o La Dolores, pero muy pocos las relacionan con nombres como Albéniz, Falla, Granados, etcétera, y mucho menos con España.

No me queda más que desear a usted y demás personal en esa Redacción unas muy felices Pascuas y próspero y feliz Año Nuevo.

Aprovecho esta oportunidad para saludar a usted muy atentamente y ofrecerme su afmo. s. s.,

Vicente Granados.

101, Harrison St.

tabloncillo

Estos son los errores que hemos advertido en nuestro número anterior: En la página 50, al querer reproducir ese «magnífico programa editado en Miami (Estados Unidos)», como prueba del gran desarrollo del juego de la pelota vasca, dimos a ustedes, en lugar de la portada, según era nuestro deseo, una de las páginas interiores, quizá expresiva, pero sin ninguna correspondencia con nuestra intención.

También hemos errado en la página 23, al cambiar los pies de las «fotos» inferiores. Donde dice: «Abajo, a la izquierda» debe decir: «Abajo, a la derecha», y viceversa; ya saben ustedes, como en la instrucción militar, pero bien. Así que rectifiquen y perdónesen esta falta de malos reclutas.

MVND O HISPANICO prepara un número extraordinario de cien páginas, que superará a todos los anteriores, para el que duplicaremos nuestra tirada, dedicado al Congreso Eucarístico que se celebrará en Barcelona en los primeros días de mayo. Coinci-

diendo con esas fechas, el número de nuestra revista será como un anticipo del magno Congreso y servirá de orientación a los cientos de miles de congresistas que llegarán de todo el mundo. Contendrá información sobre los actos que han de celebrarse, esquemas indicativos de todos los Congresos celebrados anteriormente, y habrá un gran número de páginas dedicado a dar a los congresistas extranjeros una amplia visión, no sólo turística, sino actual y viva, de la España de hoy.

En nuestro próximo número publicaremos las bases de los primeros grandes concursos permanentes de MVND O HISPANICO. Adelantaremos ya que en éstos, cuyas bases preparamos, se convocará a todos los fotógrafos hispanoamericanos para que puedan optar a dos importantes premios: uno para reportajes gráficos en general y otro para la mejor fotografía que se nos envíe en el mes. ¡Atención a nuestro número próximo!

heráldica hispanoamericana

Dalmiro de la Válgoma, autor ya de doce obras genealógicas nobiliarias—gran parte de ellas editadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, al que pertenece—, se caracteriza en sus estudios por la probidad con que los consume y siempre, además, desentendido de la menor idea de lucro.

El libro que lleva el título que rotula algunos de sus pasajes, transcritos en la presente página, ha sido premiado por el Instituto de Cultura Hispánica y publicado por este organismo últimamente. Esclarece importantes extremos de la genealogía del Conquistador y prueba que su descendencia masculina no se extinguió en la tercera generación, según venían manteniendo crónicas y nobiliarios. Dedicó el autor preferente atención a los temas americanistas, siendo colaborador de varias revistas hispanoamericanas. Perteneció a las Academias de la Historia de Chile y del Ecuador, al Centro de Investigaciones Históricas de Guayaquil y a numerosas Academias e Institutos Genealógicos del otro Continente, habiendo sido condecorado recientemente por el Gobierno de Chile con la Encomienda del Mérito.

Entre otras obras, se halla preparando un extenso Nobiliario sobre Gobernadores y Virreyes de América.

ASCENDIENTES Y DESCENDIENTES DE HERNAN CORTES

Por DALMIRO DE LA VÁLGOMA

DEL amor a su heráldica [la de Hernán Cortés] contamos con expresivas referencias. Así, en la institución antes recordada de su mayorazgo—por vez primera publicada por el distinguido escritor mejicano don Ricardo Ortega y Pérez Gallardo—, tras condicionar la posesión del marquesado de que gozaba, establece taxativamente «que el tal sucesor en el dicho Mayorazgo use e tenga mis Armas e los Cuarteles dellas», que a seguido describe (las conferidas por Carlos V), más un letrero—añade—por defuera de los prisioneros [de la bordura] que diga: «Judicius din aprehendit eos et fortitude eius corroboravit brachius meus» (1).

«E si en el dicho Mayorazgo sucediere hijo o hija o descendiente mio e de la dicha Marquesa, Doña Juana de Zúñiga, a la mano izquierda del dicho Escudo han de estar las armas de Zúñiga, que es una banda negra en campo blanco, atravesada de la esquina derecha a la izquierda con una cadena por orla; en el cuartel baxo del Escudo se han de poner las armas de los Corteses, que son quatro barras coloradas en campo dorado, la orla azul con ocho cruces de San Juan, blancas; en el mismo cuartel partido por medio en la otra mitad han de estar las armas de los Altamiranos, que son diez robles [roeles] azules en campo blanco, la orla colorada y en ella ocho aspas de San Andrés; en el otro cuarto se pongan las armas de los Arellanos, que son tres flores de lis en campo colorado e blanco partido por medio.»

Finaliza la minuciosa cláusula determinando que al nupciar sus sucesores la heráldica de su mujer luzca «a la mano izquierda del dicho escudo, e lo mismo haga las Armas del varón, que casare con la sucesora del Mayorazgo a falta de varón, de manera que todos los sucesores en este Mayorazgo usen e tengan las dichas armas»...

La voluntad del Marqués del Valle de Oaxaca, de que los cuarteles del propio escudo quedasen salvaguardados de contingencias de tiempo y herencia, halla su más paladina prenda en la disposición que antecede, ya no mera vanidad humana, pues que, pensando en la muerte, y ordenador del caudal físico de sus mayorazgos—poseído de la verdad en privanza de que sólo éstos logran «la conservación de la memoria ilustre de las familias, que parece podamos deducir su origen de las Sagradas Escrituras»—, precave su mantenimiento como algo inaprehensible, pero consustancial con el apellido, y desligado, en esa cláusula de materiales anhelos, todo muy de la hora aligera en el vuelo de unas águilas imperiales, blasón del César.

(Cuando por un Alonso Alcalde de Baeza todavía se acierta a fundar mayorazgo—Baeza y 1518—de una «espada gineta, la guarnición plateada», la vaina colorada, de la cual me hizo merced el Rey Don Fernando, nro. Señor, después de venido de la guerra de Navarra, con el Duque de Alva, la qual dha espada era de la Persona propia del Rey Dn. Fernando, mi Señor...)

Sin olvidar Cortés la galanura de ese otro precepto, lenta y espontánea reverencia señorial de las armas de su cónyuge, las muy divulgadas de Zúñiga—de plata, la banda de sable resaltada de cadena de oro en orla—, y también las de Arellano, apellido de doña Ana, esposa de don Martín Cortés, segundo marqués del Valle de Oaxaca—escudo de plata, partido de gules y tres flores de lis del uno al otro—, blasones del heredero, blasones de los nietos... No era inmerecido, no, el enfático retrato «sonetil» de Hernán Cortés, por don Luis de Vargas Manrique, señor de las villas de la Torre y el Praso, diciendo, su final terceto, cómo = este es el hijo de la cortesía y del valor, y aunque de entrambos hijo = Escogió de la madre el apellido ..

Llegados aquí, valga otra digresión, reiterativa de aquella remembranza de antes, del Maestre de Alcántara, primo hermano. precisamente, de Rodrigo de Monroy, a quien termina de citarse, como abuelo del conquistador de Méjico. Dicho parentesco, entre Don Alonso y Don Rodrigo—que por vez primera se puntualiza ahora—, al fijarnos la comunidad de sangre del Maestre y de Hernán Cortés, permite quizá insinuar algún nuevo argumento, aclaratorio mediante diáfanos atavismos, de más de un íntimo afán del glorioso medellinense, quien, de alma noble y abierta, muy poco puede asemejarse en ella a la de su consanguíneo, bien que mucho le iguale por otras características del ser.

Cuando alguien, como el docto Barrantes, acierta, buídamente, a retratarnos al hercúleo y heroico Maestre de «rápido en discurrir, mañoso y atre-

(1) Copiado literalmente, aunque sea correcta la versión antes ofrecida, en cuya traducción se sigue al jesuita padre Cuevas, quien no da por texto de la Sagrada Biblia el de esta leyenda, que dice así en castellano: «Aprehendíolos el juicio o designio de Dios y su fuerza confortó mi brazo.» Cuevas (P. Mariano), «Cartas y otros documentos de Hernán Cortés» Sevilla, 1915; pág. 316, nota.

Correo Literario

ARTE Y LETRAS HISPANOAMERICANAS

REVISTA QUINCENAL QUE INFORMA SOBRE LA ACTUALIDAD LITERARIA DE HABLA ESPAÑOLA

Redacción:

AV. DE LOS REYES ATOLICOS
(Ciudad Universitaria), Tel. 24 87 91

Pedidos

y suscripciones:

MADRID ALCALA GALIANO, 4

BIBLIOTECA TEATRAL

HA PUBLICADO LAS MEJORES COMEDIAS DEL TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO, LAS QUE OBTUVIERON EL EXITO MAS RESONANTE E INDISCUTIDO

AV. JOSE ANTONIO, 11, 2.º NUM. 6

MADRID

vido en ejecutar, de amagos en la guerra que eran golpes decisivos, no arrojándole malos tiempos, grandes distancias, peligros ni reveses», medita uno en que, efectivamente, tales trazos convienen también para bocetar más de un escorzo de esa enorme humanidad que fué Hernán Cortés, primer marqués del Valle de Oaxaca.

Su padre, Martín Cortés de Monroy, antepuso ya aquí con él el materno apellido, «que también era noble»—aclara el cronista—. Hombre valeroso y de honor, se cñó en su juventud a la milicia, siguiendo en sus agitadas empresas al famoso—y aquí tan recordado—Clavero y Maestro de Alcántara, su tío, de quien, tras haber sido teniente de Alonso de Herrmosa, otro deudo suyo, ostentó la condición de capitán de caballos jinetes.

Después, una vida silente, que no serena, en el quieto Medellín de la propia vecindad y de sus entonadas bodas, dándole definitiva vacación a la vieja espada, otrora bien ceñida, y el concejal oficio—regidor, procurador general...—, patentizando su nobleza de sangre, a que los testigos habían de referirse posteriormente, en las probanzas de Santiago, que el hijo rendiría al vestir hábito de tan españolísima Orden.

Como norma para su retina, el hidalgo salmantino tiene la verde mancha suave de los extendidos viñedos, parece que gozosos de restarle adustez al contiguo telón, en que priva el añoso castillo de ese mismo condado de Medellín, sabedor de costosas querellas y del áspero afán de doña María Pacheco, durante todo un lustro cancerbera del propio heredero, preso en cualesquiera de las chatas torres de la recia arquitectura, pretenciosa de un cielo de duros azules, que es otro rotundo elemento del íntimo paisaje.

(Y siempre aquí—los seres y la atmósfera—esa violencia y apasionada calidad, que alguna vez comentara Unamuno, esbozando arduas explicaciones para una tan venturosa realidad como fué el unánime y lírico contribuir de Extremadura—suelo en ceguera de las glaucas pupilas del mar—a nuestra gigantesca gesta ultraoceánica.)

CONSULTORIO DE HERÁLDICA HISPANOAMERICANA

L. T. S.—Santiago de Cuba.—Quisiera saber qué armas traían los Santoyo, oriundos de la villa de este nombre.

En las pruebas de ingreso en la Orden de Alcántara de don Juan Enríquez de Terán, efectuadas por Real Cédula de 6 de junio de 1633, los caballeros informantes ven en la villa de Santoyo cierta casa, blasonada con «un cordero en pie», blasón de los Corderos de Nevares, de donde, según los testigos, venía Sebastián de Santoyo, secretario de Su Majestad, abuelo materno del caballero que rendía dichas probanzas.

A. H. N., Sección de Ordenes Militares. Alcántara. Exp. núm. 476, fol. 55, v.)

José Atauri Figueroa.—Pamplona.—Quisiera saber los verdaderos nombres del famoso fray Diego de Cádiz y si era de noble condición.

Se llamaba don José Caamaño, Garci-Pérez de Rendón de Burgos, Texeiro, Palomino y Sarmiento. Habiendo pertenecido a la Real Maestranza de Ronda desde el 22 de diciembre de 1783 como uno de sus capellanes e individuos. Fray Diego-José, con motivo de su ingreso en la noble corporación citada, publicó un folletito—Alocución o Arenga—dando gracias a la Real Maestranza «en la ocasión de condecorarle», extendiéndose ahí en consideraciones sobre la compatibilidad de su condición religiosa y de caballero maestrante.

José Ferreira.—Orense.—Un escudo en dos partes, la primera con un león rojo, mirando a la derecha, y el segundo cuartel, con cinco patos sobre campo azul, ¿a qué apellido pertenece?

Aunque la atribución de armas, especialmente en la forma que aquí se propone, no deja de ser bastante arriesgada más de una vez, por tratarse de empresas conocidas y divulgadas en Galicia, puede decirse al consultante que el blasón a que se refiere corresponde al apellido de PATIÑO. Ahora bien; su descripción, conforme a diseño, no es correcta, porque la figura del león, cuando aparece en tal escudo, está en la partición inferior y contornado, es decir, mirando a la izquierda. Así, pues, la verdadera organización de aquél es: de azul, cinco patos de plata, puestos en sotuer, cortado de plata y un león rampante, de gules, contornado. (En ocasiones esta heráldica se enriquece de bordura de azul, cargada de ocho veneras de oro.)

—Quisiera también una descripción gráfica del escudo de los RIBA, que es en campo rojo o gules, un castillo de plata con dos grifos de oro, uno a cada lado, y encima del castillo la mitad de un águila negra, y encima de ésta, media cruz de oro, rematada en lises, y por bordura, ocho conchas de oro en azul.

Se hace el dibujo como indica, pero advertido que el castillo debe ir superado de un águila de sable, volante, entera, y dicha figura superada a su vez de una cruz flordelisada, también completa.



José Calixto Gómez Juan.—Huelva.—Desearía noticias del obispo auxiliar de Zaragoza don Miguel de Figuerola (siglo XVI), con expresión de su heráldica.

Gran orador, fué consagrado obispo de Patí en el monasterio de Santa Fe el 7 de noviembre de 1501, siendo auxiliar del arzobispo don Alonso de Alagón. Falleció en 1519 y fué sepultado en la capilla del Espíritu Santo de La Seo, que el propio prelado había fundado, trasladándose después su sepulcro a la de Nuestra Señora de las Nieves, en la misma metropolitana.

Este obispo traía por armas escudo de oro y cinco hojas de higuera de sinople, puestas en sotuer, que son las de su linaje.

(Los anteriores datos proceden del curioso opúsculo Noticias biográficas y heráldicas de los Obispos Auxiliares de Zaragoza, por el canónigo-archivero de la misma metropolitana iglesia, doctor don Francisco de P. Moreno y Sánchez. Zaragoza, 1895; segunda edición, págs. 18-19.)

Las contestaciones siguen un orden de rigurosa cronología, holgando, pues, reiterar preguntas que en su momento tendrán adecuada atención.

Advirtiéndose también que numerosas consultas se contraen a lo genealógico-nobiliario, importa aclarar que la contestación a éstas, en caso afirmativo, no puede tener la amplitud tal vez deseada por los interesados, dado el largo espacio que exigirían. Dentro de su concreta síntesis—fruto de las más exigentes fuentes informativas—, se atenderá con preferencia a facilitar aquellas noticias que orienten al consultante, para consumir éste por sí su información.

ASI SE CANTA POR TIERRAS DE CACERES

LAS PÁGINAS 28, 29, 30 Y 31 DE ESTE NÚMERO VAN DEDICADAS A CÁCERES. A SUS ANTIGUAS Y SILENCIOSAS CALLES. A SUS HOMBRES Y A SUS MUJERES. EN LA ALTA EXTREMADURA, MOZOS Y MOZAS CANTAN; ELLOS SE ACOMPAÑAN DE LA GUITARRA; ELLAS, DE CASTAÑUELAS, DE PANDERETAS, DE ALMIRECES Y HASTA DEL RASCONEO CHILLÓN QUE PRODUCE UNA LLAVE AL PASARLA POR UNA BOTELLA LABRADA. ÉSTAS SON LAS COPLAS QUE SE OYEN EN LA SOLEDAD DE ESAS CALLES, SÓLO DISTRAÍDA POR LA LUZ DE LA LUNA O POR EL «REJINCHO» DE UN RONDADOR, ESE CHILLIDO AGUDO CON QUE LA CANCIÓN TERMINA.

Algún día los aires
de la tu casa
me sirvieron de alivio;
ahora me matan.

A la luna de enero
y al sol de agosto
tengo comparadito,
niña, tu rostro.

Si quieres que vaya a verte,
me has de enladrillar el río,
y después de enladrillado
tú serás el dueño mío.

Cómo quieres que vaya,
que vaya, vaya,
con una criba al río
a cribar agua.

A la fuente vas por agua,
y no llevas compañera.
¿Quieres que yo te acompañe,
rosa de la primavera?

Pájaro que vas volando,
llevas azahar en el pico;
ya te vas de nuestro bando
a vivir con tu marido.

El que llegase a cantar
a la puerta de esta dama,
levante un poco la voz,
que tiene lejos la cama.

Esta mañana temprano
tomaste el agua bendita;
la primera, de soltera;
la segunda, casadita.

Si tiene lejos la cama,
que la mude al corredor,
que los mozos de la ronda
no levantan más la voz.

Eres como la verbena
que en el campo verde nace,
eres como el caramelo
que en la boca se deshace.

Dicen que los gañanes
huelen a paja;
gañanito es el mío
y huele a albahaca.

Las cortinas de tu patio
son de terciopelo azul.
Entre cortina y cortina,
el cielo pareces tú.

Algún día, por verte,
cien vueltas daba;
ahora ya, por no verte,
las doy dobladas.

Dicen que no me quieres
porque no tengo
más que la capa al hombro
y en ella duermo.

Si quieres que yo te quiera,
te has de lavar con romero,
que se te quite el resabio
de los amores primeros.

La despedida te doy,
allá va por la llavera,
de ladrillito en ladrillo,
derecha a tu cabecera.



ANIVERSARIO DE LA VICTORIA.—Francisco Franco, Generalísimo de los Ejércitos de España, lanzó en un día de marzo de 1939 el último parte de la guerra de Liberación, con el que se iniciaba una era de paz para todos los españoles. Cada año, en el pórtico de abril, se conmemora con un gran desfile, en la capital de España, la fecha gloriosa. Este es el guión del Caudillo, que señala el paso de sus Ejércitos victoriosos. (Foto Campúa)



EN muchos hogares españoles hay unas medallas de bronce, finamente troqueladas, con la leyenda «Campaña de Cuba 1895-1898», alrededor de los perfiles de la reina madre y del rey niño.

Con estas medallas somos muchos los que, cuando niños, hemos jugado. Por suerte, se salvan de los juegos infantiles y los años hacen que les concedamos un gran valor afectivo, que nos mueve a guardarlas como avaros.

Estas medallas traen al recuerdo de los españoles tristes derrotas y señalan el punto más bajo de la decadencia histórica de un pueblo bravo y honrado.

Pero ¿son la bravura y la honradez monedas apreciadas en el mundo internacional?

La guerra que llevó a la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas fué, por nuestra parte, una guerra de bravos y honrados caballeros; pero, además, fué una guerra impuesta a España por quienes tenían fuerza para imponerla.

Un breve libro, cuya lectura no tiene desperdicio, colección de conferencias preparadas con el mejor deseo de ser rigurosamente objetivas, demuestra, precisamente en la primera, «La guerra con España» (1), cómo no se agotó la negociación con nuestras autoridades. El Gobierno norteamericano quiso ir y fué a la guerra.

«Esta decisión parece atribuible más que nada al estado de la opinión norteamericana, al hecho de que en el mismo año debían celebrarse elecciones para el Congreso, a la desvergonzada y fantástica excitación de una parte de la Prensa norteamericana y a las presiones políticas que libre y brutalmente se ejercían sobre el Presidente desde varios centros políticos» (2).

El 20 de abril de 1898 se proclamó contra España un brutal ultimátum con tres días de plazo.

Pero al honor español le sobraron los tres días. «Las hostilidades se comenzaron el mismo día por acción del Gobierno de los Estados Unidos. Así, el Gobierno, con enorme aplauso popular y del Congreso, comenzó las hostilidades contra otro país, partiendo de una situación de la cual debe decirse que en ningún modo habían sido agotadas las posibilidades de otro arreglo que no fuese la guerra» (3).

Grave es que antes de imponer a otro país y al propio una guerra no se agoten las posibilidades de arreglo pacífico, pero ¿cómo calificar el hecho de que se extravíe al propio pueblo extendiendo la guerra a lejanas zonas, no autorizadas con arreglo a las más altas leyes del Estado?

«Nada indicaba en la resolución aprobada que el Congreso tuviese interés en otro territorio que el de Cuba y que el Presidente tuviese autorización para utilizar las fuerzas armadas para cualquier otro fin que no estuviese directamente relacionado con la expulsión de los españoles de Cuba. Tal resolución fué aprobada el 20 de abril de 1898. Y sólo once días más tarde el almirante Dewey penetraba en la bahía de Manila en las primeras horas de la madrugada, atacando y destruyendo a la flota española allí fondeada» (4).

(1) *American Diplomacy 1900-1950*, por George F. Kennan; 154 págs. Imprenta de la Universidad de Chicago, 1951. Contiene seis conferencias, la primera titulada «The war with Spain», y dos artículos sobre la U. R. S. S. y posible política norteamericana al respecto.

George F. Kennan pertenece a la carrera diplomática de los E. E. U. U. Es especialista en los asuntos relacionados con la U. R. S. S. y recientemente ha sido nombrado embajador en Moscú. Sus artículos, en relación con la U. R. S. S., despertaron siempre gran interés en Norteamérica.

(2) «This decision seems rather attributable to the state of American opinion, to the fact that it was a year of congressional elections, to the unabashed and really fantastic warmongering of a section of the American press, and to the political pressures which were freely and bluntly exerted on the President from various political quarters.»

Fragmento literal en la página 11 del libro de referencia.

(3) «On the same day, hostilities were inaugurated by the United States government. Thus our government, to the accompaniment of great congressional and popular acclaim, inaugurated hostilities against another country in a situation of which it can only be said that the possibilities of settlement by measures short of war had by no means been exhausted.»

Fragmento literal en la página 12 del libro de referencia.

(4) «There was nothing in the resolution to indicate that Congress had any interest in any territory other than Cuba or that the President was authorized to use the armed forces for any purpose not directly related to the Spanish withdrawal from Cuba. Now, this resolution was passed on April 20, 1898. Yet it was only eleven days later that Admiral Dewey, sailing into Manila Bay in the early hours of morning, attacked and destroyed the Spanish fleet there.»

Fragmento literal en la página 12 del libro de referencia.

UNA VIEJA MEDALLA Y UN NUEVO LIBRO

¿Por qué se hizo la operación?

«Sabemos que Teodoro Roosevelt, que entonces era joven secretario adjunto para la Marina, creía desde hacía mucho tiempo que debiéramos coger las Filipinas; que intrigó para que se nombrase a Dewey para el mando de la flota asiática; que tanto él como Dewey querían la guerra y que él tenía una especie de previo acuerdo tácito con Dewey para que Dewey atacase Manila sin relación con las circunstancias, orígenes y objeto de la guerra» (5).

Y ¿qué diremos de los motivos que llevaron a la anexión de Puerto Rico?

«Sobre Puerto Rico no hablaré. Recientes sucesos han sido sobradamente elocuentes para obligarnos a meditar si hemos reflexionado en todas las consecuencias de unas relaciones tan tremendamente importantes, tan preñadas de posibilidades para lo bueno y lo malo, como es el lazo colonial entre nuestro país y el pueblo de Puerto Rico» (6).

Una niebla—¿lágrimas?, ¿melancolía?—parece empañar los ojos al contemplar estas viejas medallas.

Una de esas medallas la ostentaba en su pecho un viejo general, cargado de años y nobles servicios al Estado.

Aquel general, muerto en la brecha de leal servicio a la nación y a su Caudillo, recibió un día la visita de un embajador norteamericano que, siguiendo rigurosas instrucciones del Departamento de Estado, intentaba utilizar el envío de un telegrama de cortesía al filipino don José Laurel para obtener determinadas facilidades del Gobierno español.

Pero no era sólo eso: algunos círculos del Departamento de Estado parecían desear la utilización del incidente Laurel para romper con España, y parece ser que sólo la prudencia de altos mandos militares impidió se consumase la intriga (7).

(5) «We know that Theodore Roosevelt, who was then young Assistant Secretary of the Navy, had long felt that we ought to take the Philippines; that he wangled Dewey's appointment to the command of the Asiatic fleet; that both he and Dewey wanted war; and that he had some sort of a prior understanding with Dewey to the effect that Dewey would attack Manila, regardless of the circumstances of the origin or the purpose of the war.»

Fragmento literal en la página 13 del libro de referencia.

(6) «About Puerto Rico, I shall not speak. Recent events have surely been eloquent enough to cause us all to ask ourselves whether we have really thought through all the implications of a relationship so immensely important, so pregnant with possibilities for both good and evil, as the colonial tie between our country and the people of Puerto Rico.»

Fragmento literal en la página 18 del libro de referencia.

(7) Al curioso lector, a quien interesen estas materias, recomendamos la atenta lectura de las páginas 187 a 193 del libro de Carlton J. H. Hayes, embajador de los Estados Unidos que fué en Madrid, titulado *Wartime Mission in Spain*. The Macmillan Company, New York, 1945. En las citadas páginas se detalla, con rigor histórico, la explotación que pretendió hacerse de un mero telegrama de cortesía, contestación al recibido de don José Laurel en octubre de 1943, cuando las Filipinas estaban ocupadas por el Japón.

El embajador Hayes atestigua concretamente en la página 191: «Some persons within the Department may have thought of utilizing the Laurel Incident for an open break with Spain. At any rate, the incident was discussed "on the highest military level" where it was pointed out, however, that "Allied war plans did not contemplate entry into Europe by way of Spain"» («Algunas personas en el Departamento de Estado debieron pensar en utilizar el incidente Laurel para una ruptura con España. En todo caso, el incidente se discutió "en el más alto plano militar", donde se indicó que "los planes de guerra aliados no comprendían el entrar en Europa por España"».)

La artera maniobra con que se pretendió envolver al general conde de Jordana y que tomó el pretexto Laurel, fué perfectamente apreciada por el ministro y servicio diplomático español, según se demuestra en el libro de José

Una niebla—¿lágrimas?, ¿melancolía?, ¿indignación?—puede empañar los ojos de los españoles en momentos sentimentales; pero ni merecemos ni podemos aceptar el reproche de la madre de Boabdil (8).

Una fría serenidad rige el corazón y el cerebro de los españoles al considerar las futuras relaciones de España y los Estados Unidos a la luz de sucesos pasados y del rojo peligro actual.

Norteamérica tiene dólares, tiene fuerza material; es, según proclaman, casi tierra divina, *God's own country*, por su poder y riqueza.

Pero España es rica en honor; un honor que si cuando éramos tribus dispersas era indómito y bravo, al paso de los siglos se ha bautizado con el sacrificio de Cristo, al hacernos católicos, y nos da un fuerte sentido cristiano y espiritual, que justamente conservaremos y defenderemos a toda costa, con dólares o sin dólares, con ayudas o sin ayudas.

Convendría que ciertos círculos doctrinarios, tanto en Europa como en América, tomasen buena nota. Sabemos que el Kremlin rojo ya la ha tomado, desde 1936.

España representa un espíritu, justamente un espíritu católico y caballeresco, que ha ennoblecido hasta nuestras más tristes derrotas, llámense Trafalgar, Santiago de Cuba o Cavite.

Es posible que, para desgracia de muchos europeos y americanos, no seamos comprendidos; Dios ciega a los que quiere perder. Pero aquellos que son católicos y hombres de honor, en su corazón guardan nuestras palabras y su memoria recuerda nuestros hechos.

Esto nos basta, pues sabemos que el espíritu no puede morir y no estamos acostumbrados a deshonrarnos siéndole infieles.

OBSERVACIÓN.—Se incluyen notas con los fragmentos, según su redacción original en inglés, para que pueda compararse cómodamente cómo la idea general que reflejan no ha sido desvirtuada en la traducción. Advertimos asimismo que el contexto no varía tampoco fundamentalmente el sentido de los párrafos escogidos.

María Doussinague, embajador de España actualmente en Chile, páginas 280 a 290 de *España tenía razón*. Espasa-Calpe, Madrid, 1949.

A la vista del incidente Laurel pudiera creerse que el Gobierno norteamericano iba a tomar fiera venganza de todo filipino tachado de colaboracionista.

Pues bien: la publicación inglesa *The World Today*, en su vol. IV, núm. 11, noviembre 1948, en el estudio dedicado a las Filipinas (págs. 488 a 496), dice cómo al invadir el Japón el archipiélago, en 1942, huyeron a los Estados Unidos Quezón y Osmeña, mientras que José Vargas, José Laurel y otros políticos colaboraron con los japoneses, como otras muchas figuras lo hicieron en toda el Asia invadida. El 28 de enero de 1948, el Presidente Roxas, no muy limpio de «colaboracionismo» (según *The World Today*), acordó amnistía para todos los colaboracionistas.

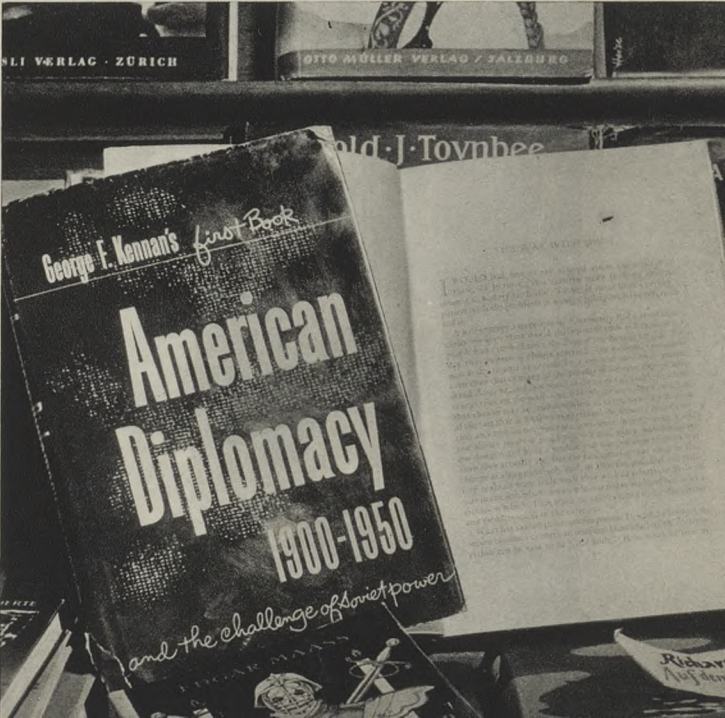
Dicha revista señala más adelante la actividad política de José Laurel con su oposición a las ayudas económicas norteamericanas, que, según el político filipino, atentan a la independencia de su país.

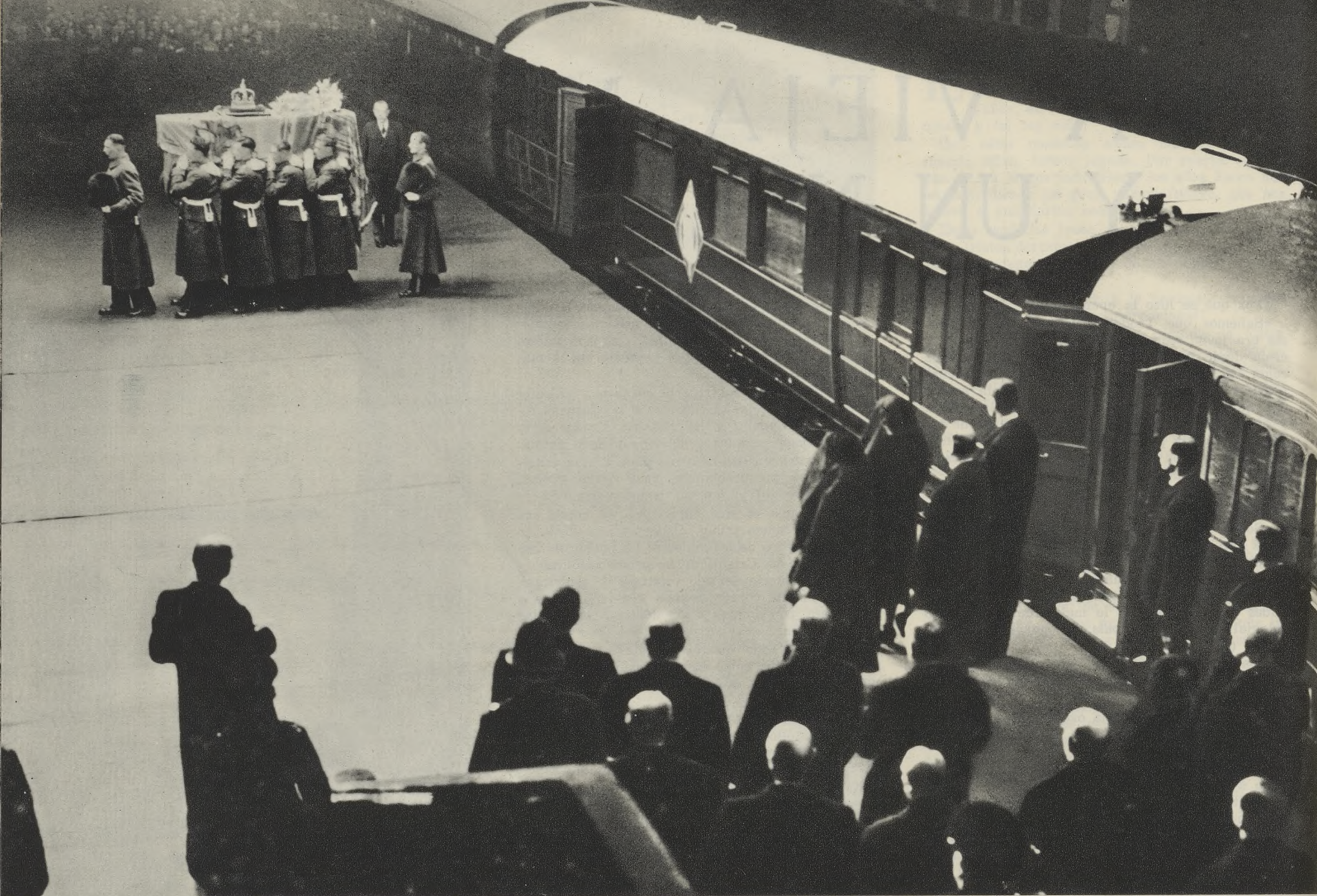
Por su parte, la publicación norteamericana *The Journal of Politics* (vol. IX, núm. 4), de noviembre de 1947, en su estudio sobre Filipinas (págs. 717 a 730), dice que Roxas colaboró con los japoneses, prestando su ayuda en la redacción de una Constitución filipina, y como presidente de la B. I. B. A., entidad que centralizaba la recogida de alimentos para los japoneses, y cómo fué hasta ministro sin cartera.

No obstante lo cual, Roxas fué elegido Presidente de las Islas Filipinas a los dos años de la expulsión de los japoneses de aquellas islas y es de suponer que con arreglo a la ortodoxia democrática.

Tales hechos ponen más de relieve la intriga que en perjuicio de España se pretendió montar a base de un mero telegrama de cortesía.

(8) Aun hoy se enseña en Granada el cerro llamado «el Suspiro del Moro», en el que Ayxa, madre del rey moro, reprochó a Boabdil, camino del destierro, expulsado por los Reyes Católicos, con la famosa frase: «Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre.»





LONDRES. DESDE SANDRINGHAM, EL CUERPO DEL REY LLEGA A LA ESTACION KING'S CROSS, QUE puede ser una denominación simbólica. Sobre el ataúd, la corona imperial, la esfera y el cetro. La esfera, dicen allí, simboliza el mundo dominado por la Cristiandad. Sin restricciones, por lo visto. El cetro es la enseña del poder real y de la justicia. «Foto» de contrastes, como en las películas de Carol Reed—«Larga es la noche»—o de John Ford—«El delator»—. Silencio ancho, una guirnalda de flores sobre el ataúd, «suspense»...

POCOS REYES, CADA VEZ MENOS, EN ESTOS funerales que recuentan a las monarquías europeas. Al de Yugoslavia no le dejaron figurar entre los monarcas. Pero entre los monarcas va el presidente de Yugoslavia: el «quisling» de Tito.



LA LIQUIDACION DE MONARQUIAS VISTA DESDE LONDRES



Por JACINTO MIQUELARENA

El siglo XIX fué un siglo con estrambote. No termina hasta 1914. A lo largo de la Historia es posible que haya habido otros siglos largos y siglos cortos, porque no vamos ahora a caer en la candidez de aceptar que los siglos tienen siempre cien años; pero los hombres o los chicos que se asomaban al mundo antes de la primera guerra mundial saben que, por lo menos, el siglo XIX desbordó el 900 y que siguió con muy buena salud hasta que Alemania sintió la urgencia o la vanidad de soñar con una poderosa Marina de combate, hasta que Gran Bretaña consideró que esta ambición era una amenaza para la paz de Europa y hasta que la querrela hubo de ser liquidada, con infantería, en campos de batalla de los cuatro puntos cardinales del continente. Los años de aquella guerra son los que no tienen siglo todavía y llevan una vida pirandelliana. Pero antes del 14, estoy seguro, era siglo XIX, y sólo después del armisticio de Compiègne empezaba el siguiente...

Antes del 14 viajábamos sin pasaporte—ya, «excepto Rusia»—y con centenes, luises o soberanos de oro en el bolsillo; las señoras elegantes competían con los caballos de las funerarias en plumas de avestruz; el cinematógrafo era física recreativa; la aviación daba saltos de pulga; los novelistas sometían el alma humana a tremendas torturas sentimentales en capitales de provincia de tercer o cuarto orden y aun en «cabezas de partido» (conservo cierta novela de costumbres, editada en 1913, donde se describe a uno de los personajes, llamado Sebastián, como «un caballero que llevaba una vida de vorágine y de escándalo en Aranjuez»); los lutos, sin solución de continuidad, se sucedían unos a otros en las familias; París era «la antorcha de la Humanidad»; Rusia, una estepa sin límites, donde se decía «padrecito» media docena de veces, por lo menos, en cada página; Inglaterra seguía siendo la pérfida Albión, a pesar de «l'entente cordiale»; por «un viajero de Lisboa», que acababa de llegar a Badajoz, se enteraba la Prensa española de la última revolución portuguesa; el 75 Schneider de los franceses era, según los franceses, la última y definitiva voz de la artillería; al entierro de Eduardo VII asistieron nueve reyes; Francia y Suiza eran las únicas Repúblicas de Europa.

Todavía hoy—escribe Sacheverell Sitwell, que hace dos años publicó un delicioso y entusiasta libro sobre España—se pueden encontrar en las tiendas de Londres frascos de mostaza francesa con una etiqueta que dice: «Fournisseurs des Cours de l'Europe». Y con los escudos de armas de los emperadores de Rusia, Alemania y Austria-Hungría, y de los reyes de España y Portugal. Todo eso ha desaparecido, y algo tan modesto como un tarro de mostaza se convierte en una pieza de museo y en pura historia del continente.» Exacto.

Los funerales de los monarcas ingleses son los inventarios, de tiempo en tiempo, de la realeza que va quedando. El entierro de Eduardo VII reúne el mayor número de testas coronadas y herederos de sus Estados. Entre tantos soberanos y tantos príncipes de la sangre; entre tanto bicornio emplumado, tanto kepi, tantos cascos con águilas en trance de emprender el vuelo; tanto *dolman* y tal constelación de condecoraciones y charreteras, Teodoro Roosevelt, con sus lentes de oro bicicléticos y su bigote caído sobre el labio inferior, a lo Rudyard Kipling, y monsieur Pichon, que se vestía seguramente en los almacenes del Louvre, no desfilaron como adelantados de otro mundo llano tan próximo—¡quién iba a creerlo!—, sino como figuras anacrónicas ya y equivocadas, al margen de los tiempos. El entierro de Eduardo VII fué también el

EL ATAUD PASA ANTE EL CENOTAFIO. PASO largo en los soldados. Más breve—indeciso—en los dos duques: el de Edimburgo y el de Gloucester, que presiden el duelo. En este cenotafio londinense, el fallecido rey Jorge VI dirigió muchas veces el duelo de la nación en la conmemoración del armisticio.





«¡EL REY HA MUERTO! ¡VIVA LA REINA!» EN CUATRO PUNTOS HISTÓRICOS—HISTÓRICOS ESPECIALMENTE para los ingleses—se leyó la proclamación de Isabel II como reina. La primera y más importante—la que corresponde la «foto»—acaeció, solemnemente, en el patio de los Frailes del Palacio de San Jaime, donde fué leída por el rey de armas del rey, tras un toque largo de largas trompetas, como en las películas.



EL CORTEJO Y LA MUCHEDUMBRE, a la salida de Hyde Park, en dirección a Edgware Road, en el camino de Paddington. Soldados de Marina, el armón, más soldados, la carroza, el largo duelo...



EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES de España, doctor Martín Artajo, es recibido en el aeropuerto londinense por el embajador español, duque de Primo de Rivera. El señor Martín Artajo presidió la representación de España en los funerales por el rey Jorge VI de Inglaterra.

entierro del siglo y su apoteosis, el fabuloso canto del cisne de las dinastías.

En 1936, cuando muere Jorge V, apenas quedan reyes en Europa, pero todavía llegan a Londres menos de los que hay; sólo los de Noruega, Dinamarca, Bulgaria y Bélgica. Es el entierro de un rey de Inglaterra en el siglo xx. En otro siglo, el propio Eduardo VIII, sucesor de Jorge V, que habría de abdicar meses después, acompaña el armón con un aire distante de monarca provisional; lleva a la señora Simpson zumbándole en el cráneo, como una mosca encerrada en una botella. Apenas quedan reyes, y Londres ha perdido la dirección de las casas reinantes. Están muy lejos ya aquellos tés del castillo de Windsor, en los que, con cualquier ocasión familiar, la reina Victoria o Eduardo VII reunían a seis, siete y ocho reyes y emperadores. Cuando en 1907 se casa el príncipe Carlos de Borbón con la princesa Luisa de Orleans, toman el té en Windsor, con Eduardo VII y la reina Alejandra, los reyes de España, el emperador y la emperatriz de Alemania, las reinas de Noruega y Portugal, la infanta Isabel, la duquesa de Aosta, el gran duque Vladimiro de Rusia, los Battenberg, los Connaught... Otras veces llegaba a Londres el zar de Rusia, Nicolás II, a ver a los suyos.

En el último entierro, en el de Jorge VI, han estado todos los que quedan en Europa: los de Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda y Grecia. Menos uno: Bélgica. Las causas de la ausencia del rey Balduino no pueden ser enumeradas en pocas líneas. Cualquier agencia informativa, especialmente si era norteamericana, despachaba la noticia a toda marcha, con una adorable inconsciencia: el rencor del ex rey Leopoldo contra la dinastía inglesa y sus ministros, que interpretaron como una traición su sometimiento al invasor en la última guerra... Y, sin embargo, el episodio sólo es una escaramuza, una breve escaramuza más de la lucha entablada en Bélgica por el socialismo para desacreditar a la Monarquía. El socialismo belga emprendió la campaña de exaltación de la reina Astrid y la continúa obstinadamente, como una maniobra de vilificación del rey Leopoldo. Y ahora trata de minimizar al hijo, a Balduino, presentándole como una herramienta dócil al supuesto espíritu vengativo de un rey que luchó en su suelo hasta que no había defensa posible y que fué luego un prisionero más entre los prisioneros de su ejército. Ninguna nación aliada, en aquellos días, fué más numantina que Bélgica. El socialismo belga está madurando la República con artes tan poco sutiles, que uno se asombra de que Inglaterra no haya comprendido aún la conspiración. O no quiera comprenderla.

DESPUÉS de la muerte de Jorge VI, la Monarquía queda firme en Inglaterra. Nunca quizá como esta vez se ha dicho que la Corona une, que la Corona enlaza el pasado con el futuro, que la Corona es, sencillamente, la historia de Inglaterra. Jorge VI fué el rey-caballero, el rey de la llaneza, el rey que cumplía con su deber en forma tan estricta que parecía milagroso, el rey que, horas antes de morir, todavía aspiraba a seguir en pie, obstinadamente.

Pero un día, y sólo Dios sabe cuándo, se escribirá una gran historia de las Monarquías en Europa y de cómo fueron desapareciendo; de cómo la última reinó en Buckingham y de cómo y en qué proporción contribuyó Inglaterra a que fueran cayendo Coronas en torno al Reino Unido. El historiador empezará por leer las cartas de la reina Victoria, cuya sorpresa ante las intrigas de algunos de sus ministros para desacreditar Monarquías en Europa no tuvo límites. Nada más claro que su simpatía por Isabel II de España cuando expulsó del país, «en veinticuatro horas», a su embajador Sir H. Bulwer, que pretendía estar mezclado en todas las conspiraciones contra el régimen español y ofrecía proclamar la República en el país, si conviniera... (Carta de la reina Victoria al vizconde Palmerston, del 23 de mayo de 1848.) Y nada más sintomático que el disgusto de Jorge V cuando sus hombres de gobierno rechazaron la idea de enviar a Rusia un barco de guerra que recogiera a la familia imperial y la salvase del trágico fin que la esperaba.

Al pueblo británico le llega el amor por la Monarquía y por sus instituciones a través del sistema arterial. Lo incomprensible y lo «suicidal», como aquí se diría, es el tradicional desdén de sus políticos por las dinastías y los tronos de otros pueblos y el tremendo error de haber querido asentar la hegemonía británica en la desarticulación y el caos al otro lado del mar; en el derrumbe del común denominador histórico de las naciones. Ahora mismo, ahora que la nueva reina, Elisabeth II, reafirma la Monarquía inglesa y la exalta y levanta la esperanza de la nación británica frente a cualquier horizonte sombrío, la política inglesa está con el señor Spaak y no con los monárquicos belgas. Sólo si un día el Kremlin decidiera restaurar el Imperio austrohúngaro y llamar a los Hohenzollern a Berlín y a los Saboya a Roma, y reclamase otras colaboraciones de las viejas dinastías, incluso la de los Orleans, podríamos creer en un tipo de locura parecida.

Londres, 1952.

Dos ideales antagónicos; en el centro, la Hispanidad

HE ahí dos grandes señuelos actuales. Para las masas populares, los inmigrantes pobres y las gentes de color, la revolución rusa; para los políticos y clases directoras, los empréstitos norteamericanos. De una parte, el culto de la revolución; de la otra, la adoración del rascacielos. Y es verdad que los Estados Unidos y Rusia son, por lo general, incompatibles y que su influencia se cancela mutuamente. Rusia es la supresión de los valores espirituales, por la reducción del alma individual al hombre colectivo; los Estados Unidos, su monopolio, por una raza que se supone privilegiada y superior. Rusia es la abolición de todos los imperios, salvo el de los revolucionarios; los Estados Unidos, al contrario, son el imperio económico, a distancia. Dividida su alma por estos ideales antagónicos, aunque ambos extranjeros, los pueblos hispánicos no hallarán sosiego sino en su centro, que es la Hispanidad. No podrán contentarse con que se les explote desde fuera y se les trate como a repúblicas de «la banana». Tampoco con la revolución, que es un espanto, que sólo por la fuerza se mantiene. El Fuero Juzgo decía magníficamente que la ley se establece para que los buenos puedan vivir entre los malos. La revolución, en cambio, se hace para que los malos puedan vivir entre los buenos.

De cuando en cuando se alzan en la América voces apartadas, señeras, que advierten a sus compatriotas que no debían de ser tan malos los principios en que se criaron y se desarrollaron sus sociedades, en el curso de tres siglos de paz y de progreso. A la palabra mejicana de Esquivel Obregón responde en Cuba la de Aramburo; en Montevideo, la de Herrera, y la de Vallenilla Lanz, en Venezuela. Son voces aisladas y que aun no se hacen pleno cargo de que los principios morales de la Hispanidad en el siglo XVI son superiores a cuantos han concebido los hombres de otros países en siglos posteriores y de más porvenir, ni tampoco de que son perfectamente conciliables con el orgullo de su independencia, que han de fomentar entre sus hijos todos los pueblos hispánicos capaces de mantenerla.

RAMIRO DE MAEZTU
(«Defensa de la Hispanidad», 1934)

EL MUNDO ES ANSÍ

Un título antiguo

VAMOS a coger a Baroja su rótulo. A Baroja y a «El Español» de Juan Aparicio, al menos mientras el gran semanario no reaparezca. Juan Aparicio, certero en los títulos, afilado, abrasivo como las piedras de amolar, había dado a su gran periódico algunas cabeceras fijas que podrían servir estupidamente a MUNDO HISPANICO. Sobre todo, aquella de «El mundo es poco», que se refería a las andanzas y las gestas de los españoles, para los que el mundo —este mundo de aquí abajo— fué siempre escaso. Pero de momento, y así, de prestado, nos conformaremos con el rótulo de hoy para inaugurar esta breve página de contrastes y afirmaciones. Y si hemos hablado del mundo de aquí abajo, ahora nos referiremos al mundo de por ahí fuera. A un mundo que es «ansí».

La segunda Isabel

TRAS la subida al trono de Isabel II, algunos comentaristas, perfilándose por el talismán o el amuleto, han augurado años de ventura y felicidad al Imperio británico. En el fondo, el talismán y el amuleto tienen su fuerza cabalística en el feminismo, como espécimen en el feminismo, como espécimen inglés. Los augures se apoyan para emitir su juicio en que nunca Inglaterra fué tan próspera como en tiempos de Isabel I o de la reina Victoria. Historia por historia, pudiera ocurrir lo contrario. Esta otra historia nos enseña que el Imperio español fué fundado por Isabel I (la Católica) y liquidado en tiempos de Isabel II. La grandeza inglesa fué fundada asimismo por una Isabel I. Ahora está en el trono Isabel II, precisamente.

(No nos agrada el augurio fácil. Por ejemplo, cuando la Home Fleet ha perdido su reinado.

Guerra entre primos



Kromprinz. Nieto de la reina Victoria y en constante comunicación familiar con la corte de Londres, nadie podía sospechar entonces que el emperador de Alemania y el rey de Inglaterra acabarían luchando en trincheras distintas, mientras caían entre las dos coronas millones de hombres.»

DEL anterior artículo de Jacinto Miquelarena entresacamos este grabado y su correspondiente pie: «Guillermo II, en 1888, cuando asciende al trono imperial. Con el

Anarquismo y P. M.

INFORMACIONES», de Madrid, ha recogido esta noticia, publicada el 15 de febrero último por el periódico anarquista «Libertaire», que se publica en Francia y que, sin duda, se ha beneficiado del plan Marshall, como todo lo francés, en parte, para la «boutade» y la vida fácil, mientras mueren en Indochina la flor de Saint-Cyr y, en Corea, los cadetes de West-Point:

«EN CUATRO LINEAS.—En Lyon, una septuagenaria, llamada Blanca, murió por falta de alimentación. En París, Elio Biarine, de cincuenta y un años, murió al caerse de un andamio. En Aubervilliers, un obrero llamado Pierlor murió al caerse de un tejado. En Sandringham (Inglaterra) murió Alberto Federico Arturo Jorge Windsor, llamado Jorge VI, que ejercía la profesión de rey. Murió en su cama.»

Ch. Maurras, ¿libre?

AL lado de esa paradoja que consiste en que la política de los monárquicos ingleses apoye a los socialistas de Spaak frente al rey Leopoldo, está la que se centra sobre Charles Maurras, el neomonárquico francés. El desquiciamiento de toda esa Europa transpirenaica, con su N. A. T. O. y su O. N. U. y su Ejército europeo, podía mostrarse sólo con señalar que la mejor mente de esa misma Europa—Charles Maurras—se hallaba en un penal desde 1945. Maurras ha sido puesto en libertad ahora. Esto podría entrañar una rectificación si a Maurras no se le hubiese dado la libertad relativa por miedo a que muriese en la cárcel, como otro símbolo francés: Pétain. ¿Podremos celebrar, no obstante, la libertad de este estúpido doctrinario, lógico, católico, romanista, le-gista, filósofo...?

El ejército europeo

POR

MIGUEL URMENETA

RAIZ DE SU DIFICULTAD



El primer anteproyecto de Ejército europeo debe estar en Leibnitz. Leibnitz partió de esta idea: Europa es la discordia irremediable; organicemos, pues, la discordia. Que Suecia conquiste Siberia; Francia, el África, y Holanda, las Indias malayas. Que América se reparta entre Inglaterra y España...

La misión centrífuga daba cierta unidad a la combatividad discordante. «Así, al menos—pensaba Leibnitz—no reñirán entre ellos.» Antes que el proyecto madurase, ya había empezado otra guerra: Francia contra Holanda. Era 1672. Entonces, Leibnitz, descorazonado, se dedicó a las matemáticas e inventó la curva cuya subtangente es constante. En el nuevo cálculo infinitesimal crecían la continuidad y la armonía como una nostalgia de la imposible integral de Europa.

Europa se entregó a su guerra inveterada. Y a perfilar concienzudamente los caracteres intraeuropeos diferenciales. Para De Foe, el orgullo estaba en España; la sensualidad, en Italia; la poca templanza, en Alemania, y la veleidad, en Francia. Y la honestidad, desde luego, en Inglaterra. También, inveteradamente, la honestidad cambia de geografía según la geografía del definidor.

En cambiar la honestidad de lugar y en alterar las inflexiones de esa intestina curva de los aduaneros y los gendarmes, Europa gasta tres siglos y mucha energía. La curva no se parece en nada a la llamada envolvente, que Leibnitz inventó con la isócrona y la catenaria, después de su fracaso.

Hasta que hace poco, en 1948, el Rin y el Mosa, cansados de guerra, hablan por sus bocas chatas, hendidas. Bélgica, Holanda y Luxemburgo conciertan el pacto del Benelux o alianza de los pequeños.

Desvaídos viejos orgullos, son después dos grandes los que añaden sus firmas a la escritura. El pacto de Bruselas reúne al Benelux con Francia e Inglaterra.

Y al margen de esta asociación militar, se forma otra, política,

bajo la aguja gótica de Estrasburgo: el Consejo de Europa. Parece gravitar una contricción. ¿Qué ha pasado?

Lo mismo y lo contrario del tiempo de Leibnitz. Se trata de unir. Pero Leibnitz quería unir lo desbordante, el excedente muscular de Europa. Ahora se trata simplemente de concertar la debilidad. Europa, finalmente, se confiesa de debilidad, hace dos años, cuando firma el célebre pacto del Atlántico.

Leibnitz quería llevar por toda la rosa de los vientos la presión europea. Ahora es Europa un fenómeno físico de compresión entre el Este y el Oeste. Efecto de la compresión, y no de la conversión, que enuncia Laín Entralgo.

Consecuencia del doble y físico empuje es que a Europa se le forme la corteza, el Ejército, antes que la pulpa o contenido. Y de aquí viene tanta dificultad.

ARMAZÓN DE JURIDICIDAD



Quizá no fuera contricción, sino atrición. La Europa primeramente divisada es una extraña Europa, que coge una punta de media luna en Turquía e ignora, entre otras cosas, la tierra del Sacro Imperio...

Pero Francia está incómoda frente a las llanuras centrales, buena pista para los T-34 rusos. Y flota más que nunca la recomendación de Lyautey: «¡Mostrad la fuerza si es que no queréis usarla!» Alemania es indispensable para esta exhibición de fuerza. Pero... Europa no está aún contrita, ni menos convertida. La *sagesse*, que decía Pascal, encuentra una fórmula. Es el proyecto Schuman-Pléven: «Sumemos y blindemos nuestras fuerzas y las alemanas; pero, mientras unos y otros no estemos convertidos, blindemos el interior de este Ejército supranacional con toda clase de garantías caucionales.»

Los Ejércitos son estructuras de fe, de mutua confianza. El Derecho militar es, en cierto modo, irracional, porque legisla sobre

juramentados. Pues el futuro Ejército europeo es todo lo contrario. La constitución del proyecto nada tiene de llamada a las armas y en nada recuerda el fuego de la arena. Parece una escritura contractual, afilada y cautelosamente meditada por notarios.

Pongamos aquí su fórmula:

Cuarenta y tres divisiones nacionales (14 Francia, 12 Alemania, 12 Italia, cinco el Benelux), articuladas en Cuerpos de ejército internacionales. Rebajado así el nivel de integración, se aleja el peligro de un atentado alemán.

Un Comisariado ejecutivo, accionado por un Consejo de ministros, que requiere la unanimidad para cuestiones fundamentales (equilibrio de fuerzas, contribución financiera...) y mayoría o empate cualificado para cuestiones de menor monta.

Una Asamblea deliberativa y un Tribunal.

Y las cláusulas de marchamo socialista: «Nada de reclutamiento alemán de golpe; nada de Alemania en la N. A. T. O.; que se extremen las precauciones, las garantías...»

La fórmula, ante la Asamblea francesa, levanta clamores patéticos, hiperbólicos. El ministro Schuman advierte tranquilamente: «No tratamos ahora de convertir a Europa, no tendríamos tiempo. Tratamos de defenderla. Alemania armada, en coalición o sin coalición... ¡Elegid!»

Y un diputado republicano habla duramente a Schuman sobre su apellido lorenés y le pregunta si tiene mucha prisa por quemar, como Bazaine en Metz, las banderas de la patria.

Schuman se callaba. Quizá le zumbó en la cabeza aquello de Weygand, en Burdeos, cuando Francia se hundía y se oían a la vez los carros alemanes y las voces hiperpatrióticas de un diputado responsable: «¡Callad! Que los gansos, patriotas por casualidad, sólo una vez salvaron el Capitolio!»

LAS ACTITUDES



Europa, antes de serlo, ha de pensar, pues, en defenderse. Han cambiado la lógica de las cosas y se crea un Derecho para un Ejército en vez de un Ejército para un orden de Derecho.

De esta paradoja arrancan las discusiones.

Los que quieren un mínimo previo de Derecho y también el Ejército. Alemania pide devolución de soberanía, participación en las fabricaciones de armas y normalización procesal respecto a los prisioneros. Pero este mínimo derecho, unido a la ley demográfica y al milagro de la disciplina, da mucho que temer a las otras partes.

Por eso, otros quieren el Ejército, pero no el Derecho. En contraste, éstos son los más juristas, o mejor, leguleyos, y rodean de artificio notarial el proyecto. Aunque quizá no tengan mucha fe en aquél. A poca historia que un europeo filósofo, sabe que quien maneja unos pedazos de Ejército, intenta el contrafuero, por bien com-

pilado que esté el fuero. Más o menos, así piensan los gubernamentales franceses.

Otros no quieren ni el Derecho ni el Ejército. Ultrapatriotas y comunistas, atados por su propio rabo o extremismo. Los últimos, llenos de lógica, porque ya tienen su Europa y su Ejército.

Inglaterra es la vedette. «¡Que venga como contrapeso!», piden los socialistas y también los pequeños países del Benelux. Inglaterra lo piensa. El Canal siempre da unas horas más para discurrir, pese a los proyectiles teledirigidos.

Y aun queda otro partido. No está definido, sino disuelto por países y bandos en presencia. Quizá lo simbolice el diputado francés Heullard, anquilosados sus miembros en el campo de concentración: «¡Que mis hijos no formen con los hijos de mis verdugos!», proclama en la Cámara. La Cámara se sobrecoge y el presidente improvisa sobre la grandeza del momento. Nosotros diríamos: «¡Qué ocasión de grandeza se le ha escapado al diputado Heullard.»

Pero las tragedias de Europa se suceden tan rápidamente, que no hay tiempo para perdonar.



Así, pues, esa gran cascada de Consejos y Comités trata de asegurar el que las divisiones del futuro Ejército no se lancen unas sobre otras. La obsesión es: «Y esta atrevida estructura, ¿no se rebatirá sobre sí misma?»

Y nadie piensa, por ahora, en si se batirá simplemente, como es su oficio y obligación.

La combatividad es efecto normal del sentido de una patria o de ninguna. Pero no sabemos el impulso que puede suministrar esta nueva idea de superpatria si no viene reforzada por un coeficiente de espíritu o de fe en algo. ¿Lo tiene esta Europa, comprimida y no convertida?

No hay verdaderos precedentes. Clark, en Italia, mandaba un mosaico, pero la masa principal era sajona y sin ojeriza interior. A pesar de ello, Montecassino, tesoro europeo, fué víctima del «sentimiento de las nacionalidades». Eisenhower, en otra escala, es el caso de Clark. Es parecida la situación de Corea. Y Foch fué un conciliador de tres Ejércitos más que su comandante.

Sin embargo, los creadores del proyecto son optimistas. Tanto que aun asignan al Ejército una misión suplementaria. Y es nada menos que preparar el camino a una Confederación. ¡El sueño, la envoltura de Leibnitz!

En esto les damos razón. Las fâhnen alemanas y las fanions francesas tienen la mitad de sus corbatas con nombres del Mosa y del Rin. Si unas y otras se inclinan ante otro airón, sin perder por ello capacidad de arrastrar; si Europa soporta la prueba de su propio Ejército, es que Europa va a nacer de verdad.

Campos de ESCLAVITUD en la U.R.S.S.

He aquí el mapa del verdadero imperialismo ruso, mapa que, por cierto, no figura en las escuelas de la U. R. S. S. Todas estas manchas indican centenares de campos de trabajo forzado, donde millones de prisioneros padecen la más dura esclavitud. Este bosque de brazos en constante jaena—hasta que se secan en vida—es el sostén del régimen soviético. Allí van a parar todos los enemigos del régimen, calificación esta que en Rusia es bastante universal o, por lo menos, tiene muchos matices. Aquí está el mayor imperio entre todos—el imperio del terror—, formado por millones de seres cuya existencia es un misterio; seres que entregan sus energías anónimamente para que la U. R. S. S. sea fuerte y poderosa. Aquí está el secreto de la economía de guerra rusa.

Los cuadrillos rojos y aquellos marcados con la hoz y el martillo señalan el emplazamiento de los campos de concentración. Las zonas en cuadrícula roja representan las regiones de trabajo en que son empleados los esclavos.



Laguerei: administración de los campos de trabajo forzado, sección penitenciaria del terrible M. V. D. El «Goulag» está organizado como una inmensa empresa industrial, que, en un momento determinado, pone a disposición de cualquier ministerio su colosal organización de esclavos. La mano de obra, como es lógico, es sumamente barata, y con los superbeneficios logrados del «rendimiento humano» se atiende al aparato burocrático del M. V. D. Todavía la energía humana produce pingües ganancias, con las que pueden pagarse actividades de espionaje, terrorismo, producción de guerra. El «Goulag» es una pieza clave en la economía de guerra soviética.

Las ventajas del «Goulag» podían resumirse así: Los esclavos están desconectados totalmente de los demás trabajadores de la U. R. S. S. Pueden ser suministrados sin que se entere el resto de la población. Permanecen custodiados por fuerzas armadas del M. V. D. Toda la existencia de estos desplazados es secreto. Si el salario mensual medio de un obrero ruso es de 500 rublos, y un comandante de campo, por ejemplo, recibe en víveres, vestuario y especies, unos 4.000 rublos al mes, el esclavo condenado al trabajo forzado no cuesta al «Goulag» más que 55 rublos mensuales por término medio. De este modo, la economía de guerra, que consiste en reducir al mayor extremo el consumo de la población, prospera y progresa. Está claro que Rusia no puede permitir tan fácilmente un desarme controlado; se descubriría esta gran mina de producción que son los esclavos numerados.

El «reclutamiento» de esclavos se hace por medio del O. S. S. O. (Ossoboie Soviechtchanie), adminis-

Existe en Rusia un organismo que dispone omnímodamente de vidas y muertes, que no tiene que rendir cuentas a nadie de sus reclutas de esclavos. Este organismo, bajo el que funcionan todos los centenares de campos de trabajo, es el M. V. D. (Ministerio de Policía), y contra él no hay apelación posible. Lo mismo puede decretar el internamiento de un estudiante desafecto que de una comarca entera.

Viven estos millones de seres en miserables pabellones, mal vestidos y peor alimentados. Trabajan de doce a catorce horas diarias, y cualquier negligencia es pagada con la privación del rancho. El coeficiente de mortalidad pasa del 12 por 100 anual. En estas condiciones, la duración de vida no excede casi nunca a los ocho años de encierro. El M. V. D. renueva constantemente los efectivos humanos con nuevas detenciones en masa entre el pueblo ruso y los países ocupados por el ejército rojo. El número de esclavos «controlados» oscila entre los 15 y 20 millones.

El trust soviético de este trabajo de bárbara aniquilación humana depende del «Goulag», que es la abreviatura del título ruso *Glanóie Lepravlenie*

tración dependiente asimismo del Ministerio de Policía. El O. S. S. O. tiene y monopoliza el poder de condenar administrativamente, sin juicio, sin comparencia del acusado y sin posible apelación, etc., a ocho años, término medio de «resistencia». Las condenas pueden ser individuales o colectivas. Pueden recaer sobre un pueblo entero, una fábrica y hasta sobre una provincia. El O. S. S. O. puede renovar indefinidamente, por una simple orden, la pena de los condenados cuando ésta se ha cumplido. El único modo de salir de estos campos—salvo los apremios bélicos—es si el recluso consiente en entrar en servicio activo del M. V. D. a título de confidente de la Policía y espía.

(Editado por el Centre d'Archives et de Documentation, 86, Boulevard Haussmann, à Paris. Fue trazado, en 1951, por Isaac Don Levine para The American Federation of Labor.)

Una nueva historia de los hispanoamericanos

por Guillermo Hoyos Osoreo

Si hay en los campos de la Historia una tierra poco labrada, es, sin duda, la de los tres siglos de dominación española en América. Aunque se ha gastado mucha tinta sobre ese vasto y complejísimo tema, ya con intención apologética, ya con tendencia peyorativa, sucede que pocos de sus aspectos están suficientemente esclarecidos. Falta también una neta visión del conjunto. Los hispanoamericanos no se preocupan mucho de saber cómo se formó esta gran comunidad de carácter, idioma y costumbres a la cual pertenecen, y, si acaso se plantean el problema, contentándose, por lo general, con resolverlo mediante los lugares comunes en boca desde comienzos del siglo XIX.

De un fenómeno tan notable como el tránsito del Escolasticismo a la Ilustración, suelen dar nuestros historiadores—incluye los más eminentes—versiones de una superficialidad ridícula, pueril. Don Miguel Luis Amunátegui atribuye la agitación prerrevolucionaria de Chile, en las postrimerías del siglo XVIII, a los viajes de unos cuantos jóvenes aristócratas que volvían de Europa con las ideas de la Enciclopedia. Un investigador meritísimo, el general de Mendiburu, afirma que lo mismo ocurrió en el Perú, debido al contrabando de libros franceses por el padre jerónimo fray Diego Cisneros, ex confesor de la reina María Luisa; candoroso supuesto adoptado casi unánimemente por los historiadores peruanos de ésta y de la pasada centurias. En los demás países de América han prosperado tesis semejantes, cuyo común denominador consiste en explicar la inquietud reformista anterior a la independencia por la oculta lectura que los criollos, sustrayéndose a «los ojos de Argos de la Inquisición, hacían de Rousseau, de Voltaire, de Raynal. Muy pocos recuerdan que la influencia realmente decisiva fué proyectada desde la España de Carlos III o nos vino—soterrada armonía de contrarios—por intermedio del jesuitismo cosmopolita.

Si así sucede con una época tan estudiada y relativamente tan próxima, la oscuridad—huelga decirlo—es mucho más densa en lo relativo al solemne y barroco siglo XVII, en cuya quietud se desarrolló buena parte del gran proceso de fusión y creación que iba a forjar un mundo nuevo. ¡Cómo se prenda la imaginación de esos tiempos, que no tienen aún su verdadera historia! Silenciosamente germina la simiente de España en la vastedad intrincada y escabrosa de América. Alzase ciudades y factorías, gana la cruz las almas idólatras y se asientan las instituciones del Derecho natural y del Derecho indiano. La multiplicidad lin-

güística de los dispersos pueblos aborígenes se va ensartando en el fuerte cáñamo del idioma español. Herramientas de metal abren las entrañas de la tierra fecunda o cavan el duro granito en busca de tesoros desconocidos por los indios. La acémila, traída por los conquistadores, alivia de su carga agobiadora al hombre de la clase servil. Las razas se funden en el mestizaje. Crece la economía dineraria, salen galeones cargados de oro y llegan otros con mercancías de España y Oriente, apunta el lujo, refinanse las costumbres de la nueva sociedad y vienen los libros apenas salidos de las prensas peninsulares. En Pausa, ínfimo poblado de la serranía peruana, se representa ya una farsa con Don Quijote y Sancho en 1608. Pocos meses han transcurrido desde la muerte de Góngora cuando pasea las calles de Lima una alegoría de su gloria inmarcesible. La Teología, el Derecho y las Letras monopolizan las Universidades coloniales, donde florecen abundantemente la erudición y la retórica. Se retuerce el barroco en la piedra de las catedrales y pone el indio alarife, entre el laberinto de los roleos, motivos de su tierra. Híncanse en suelo de América las raíces del Estado administrativo, legislador, reglamentario y además paternalista, amparador del indígena, tal cual le vemos en Solórzano Pereyra y en León Pinelo. En los colegios jesuíticos se instruyen los vástagos de la nobleza encomendera y de la burguesía enriquecida, que más tarde harán la independencia. Poco a poco, en el sosiego de la paz hispánica, se gesta una cultura. A fines del setecientos ella es ya lo bastante madura para sorprender a hombres como Humboldt, que encuentran una sociedad muy española, pero también muy original y muy ligada al medio indiano.

¿Qué hay en la Historia comparable a esa estupenda creación de un nuevo mundo? Nada, salvo la obra de Roma. El más grande Imperio de nuestro tiempo, el Imperio británico, no puede, pese a sus muchas glorias, soportar el parangón con aquélla, pues sus posesiones coloniales han seguido en lo profundo casi intactas, mientras los dominios blancos son simplemente sucursales de la metrópoli, desarrolladas hasta convertirse en establecimientos autónomos. La obra de Inglaterra ha sido de *trasposición*. La de España, de *transustanciación*.

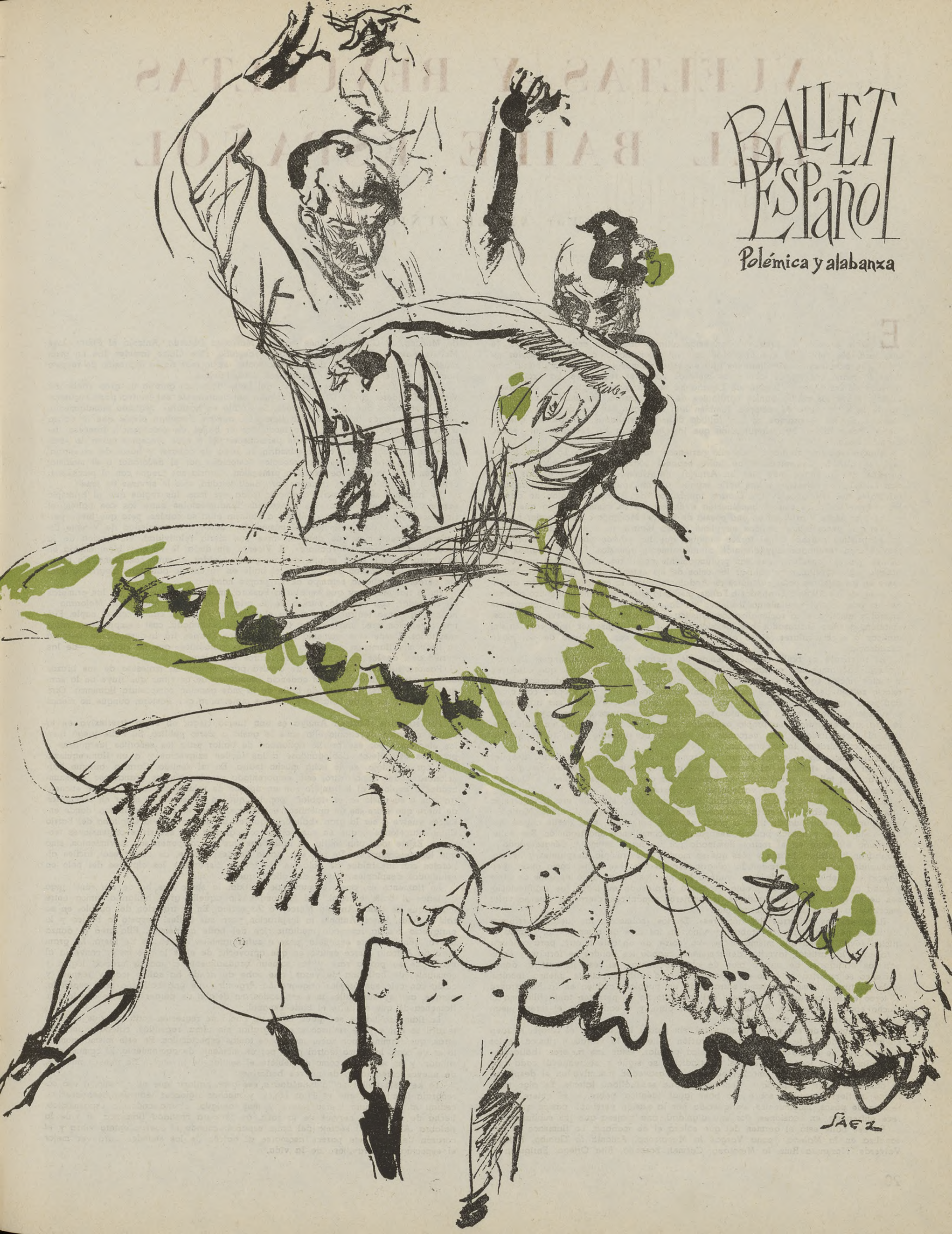
¡Cuánta falta nos hace una historia de los hispanoamericanos, semejante a la recién aparecida *Histoire des françaises*, de Pierre Gaxotte! Una historia sin prejuicios ni tópicos, que nos ofrezca un cuadro vivo de la colonización y civilización de América en los trescientos años comprendidos entre el heroico siglo XVI y el revolucionario siglo XIX. En ella veríamos a los españoles

imprimiendo en la tierra conquistada el sello de la patria lejana y siendo a su vez absorbidos y transformados por el medio. Seguiríamos sus pasos en la inmensidad de América hasta el fondo de los bosques y lo más alto de la nevada cordillera; notaríamos su curiosidad, su sorpresa ante las maravillas indianas y su afán de registrarlas en minucioso inventario. Aprenderíamos la obra pacientísima y sabia de los misioneros y los muchos medios de que se valieron para defender a los indios, doctrinarlos, instruirlos en nuevas artes y ganarlos de tal manera a la fe, que pocos decenios después de la conquista no conservaban ni el recuerdo de sus antiguos dioses. Sabríamos lo que hicieron esos frailes, catequistas y pedagogos incomparables, para utilizar no sólo la multitud de lenguas vernáculas, sino las más variadas circunstancias de los distintos pueblos americanos y hasta los símbolos y ritos de su idolatría. Veríamos a las indias enriquecerse prodigiosamente (a cambio de los áureos tesoros que salían de su seno) con la flora y la fauna de Europa. Contemplaríamos la transformación total de las condiciones de vida con la rueda, el arado de hierro, el caballo, el buey, el asno. Verificaríamos lo que fueron la metalurgia colonial, los obrajes, el comercio, el trabajo urbano y campesino, la tributación, el contrabando, la burocracia, la justicia, la religiosidad, las diversiones. Veríamos trabarse la urdimbre de la sociedad colonial, conoceríamos bien sus hábitos e ideas y la mudanza de éstas en el curso de los tres siglos españoles. En suma, calaríamos profundamente en el origen y naturaleza de esta gran realidad hispanoamericana, nada uniforme hoy día, sino compuesta de pueblos diferenciados y definidos en su particular idiosincrasia; pero tan fuerte, tan verdadera, que impone su evidencia, por encima de las diversidades raciales y geográficas, en la cosmopolita Buenos Aires como en las viejas ciudades de México o el Perú, en la austera frialdad de la altiplanicie boliviana como en las ardientes islas del Caribe.

La historia de los hispanoamericanos nos revelaría el secreto de la admirable simbiosis por cuya virtud la raza conquistadora y la conquistada se fundieron en unidad de espíritu sin perder sus rasgos propios, como lo prueba el hecho de que los pueblos de más fuerte tradición indígena—el Perú y México—son también los más hondamente españoles de América. Quizá entonces, comprendiendo mejor nuestro pasado, entenderíamos mejor nuestro futuro y la necesidad de una política común y de más altos vuelos. Estas naciones, aun débiles y pobres, son herederas directas de la cultura mediterránea, y no es para anquilosarse en estrechos localismos para lo que se hallan en la vecindad de la formidable potencia donde tiene su centro la civilización técnica y mecánica de nuestro tiempo.

BALLET Español

Polémica y alabanza



SAEZ

VUELTAS Y REVUELTAS DEL BAILE ESPAÑOL

Por ANGEL ZUÑIGA

El baile español ha promovido en estos últimos años una enorme cantidad de literatura. Me refiero al que llamamos así por antonomasia, o sea, al andaluz en todas sus manifestaciones. Ciertamente es que en estas últimas fechas se ha abierto bastante la mano con tal de incluir las distintas variantes regionales. La experiencia artística de los Coros y Danzas de España ha servido para ampliar la base, asentándola sobre los cuatro puntos cardinales de la Península. Los mismos bailarines, aparte de la bravía jota de siempre, también han intentado servirse de otras manifestaciones. En los programas no han faltado danzas castellanas, vascas, sin que tuvieran, hasta ahora, otra significación que intentar liberar los recitales del pecado de monotonía.

Aunque sea una realidad, todo ello pertenece todavía al futuro. Lo cierto, lo actual, es que la denominación de baile español concuerde con inevitables aires sureños. Eso lo vemos muy bien en Asturias, de Albéniz, cuyas coreografías guardan estrecho parentesco con ese baile español del otro punto del mapa; las mismas orientales, de Granados, y las Danzas fantásticas, de Turina, no dejan de ofrecer los mismos contactos con la imaginación andaluza, de la misma manera que cabe el capricho árabe y artificial en una poesía de Manuel Machado o de Salvador Rueda.

Aquí nos encontramos metidos en plena danza teatral, no con el baile flamenco en su pristina pureza. Es el tronco antiguo, que ha echado nuevos e importantes retoños, con resultados muy distintos, diametralmente opuestos. De las páginas musicales que se conservan, que son profundamente populares, así aquellas que en el pasado siglo servían para solazar los ocios de los entendidos en las cuencas mineras o en los célebres cafés cantantes de Andalucía, hasta la creación razonada, artística, pues, de los Albéniz, Granados o Fallas, media la misma diferencia, idéntico abismo. Se ha pasado del sentimiento instintivo de la raza, del nervio, de lo puramente animal y emotivo, a la racionalización artística, académica, en que nervios, instintos, emoción, quedan encauzados por métodos técnicos para conseguir fines más aristocráticos o espectaculares, si se quiere, pero también con un punto de adivinada decadencia.

Al referirnos al baile español, hemos de puntuar bien esos distingos. De otra manera, caeríamos en las lamentables confusiones de estos tiempos, que conducen a tantos juicios equivocados. Hemos de pedir a cada intérprete, a cada ambiente, el exacto reflejo de sus propios límites. Mantenerse fiel a ellos es laborar con dignidad para que la danza española, por una parte, se conserve leal a sus tradiciones, a su esencia popular, sin bastardías populacheras—que también las hay—, y, por la otra, que enriquezca su propia expansión teatral, sin caer también en malabarismos ni excentricidades, tan cercanas al *variétés* de pacotilla o al fácil pintoresquismo con miras a la exportación.

Lo flamenco, en su cabal pureza, es, como el cante grande, mixtificado después al pasar de los «tablaos» al escenario, del incierto folklore, todavía no recogido ni archivado, al folklore arrevistado, en espectáculos con canciones de León y Quiroga, ya en pleno dominio de las variedades andaluzas.

Era natural y lógica esa evolución. En su principio, el baile era la expresión propia de un pueblo. Los cafés famosos—los del Burrero, Silverio, Chinitas, Marina—eran punto de cita adonde iban a parar aquellos bailarines, que, desde chicos, habían visto bailar y habían bailado, respetando y cumpliendo una tradición. Ese baile, expresión soberana en el rostro—iluminado por un fuego íntimo y desasosegado—, majeza en la actitud, brazos y pies que se movían con armonía, desplantes y fiereza, sensualidad cálida y atormentada, alegría espumeante; ese baile, como decía, pertenecía al pueblo en estado puro, cuando los pueblos vivían aislados unos de otros y cada cual conservaba su propia fisonomía, expresada en todas las manifestaciones de su genio. Los investigadores, los viajeros románticos, dieron un intenso valor emocional a todos esos descubrimientos.

Rasguean las guitarras los «tocacores». En los «colmaos», las juergas perfuman las horas de madrugada con tabaco y vino. En los días de competencia, cuando la afición sevillana—en una misma noche—va, corre, de un café a otro, para aplaudir y jalearse a los artistas favoritos del momento, cuando los bandos se forman y agrupan los partidarios de una o bien de otra «bailaora», en ese instante la danza flamenca se muestra tal como es, desnuda de todo artificio, potente, intensa, incalculable, profunda, como la misma entraña de un pueblo. También en la Maestranza el toreo es bronco, duro, y los ases del momento no se permiten tanta filigrana ni mucho encaje de bolillos. Su arte es macho, puro, y a cada quite el torero juega a la mariposa con la misma Muerte.

Dentro, pues, de ese estilo fundamental, sin perder la bravura, el coraje, la fuerza instintiva del baile, la ardiente inspiración y fiereza, la vibración rítmica de los cuerpos que se disparan sobre una música popular, están las mejores «bailaoras» y «bailaores» de todos los tiempos. La tradición se sigue y se renueva; cada cual aporta al baile su propia emoción personal, la gravedad instintiva en el desplante, la obsesión suave, templada o frenética de una sensualidad latente. Es algo totalmente irreflexivo, tomado sobre una base igual, idéntica, pobre, si se quiere, en la técnica de pasos, movimientos, enriquecida por la pasión personal, pasión que aparece enfiada, en ocasiones, por una dignidad, una majeza que las sublima.

En ese baile está el germen del que saldrá el de mañana. Lo flamenco se personaliza en *la Malena*, Juana Vargas *la Macarrona*, Antonia *la Gamba*, Rafaela Valverde, Mariquita Ruiz, *la Mejorana*, Carmen Borbolla, Rita Ortega, Enriqueta *la*

de *Macaca*, *la Coquera*, Inés Jiménez, María *la Chorrúa*, Antonio *el Pintor*, José Molina, Faico Heredia, Rafael Ortega, *Frasquillo*. Este último también fué un gran maestro sevillano de baile, de cuya academia—en la más rígida expresión de respeto hacia lo flamenco—salieron verdaderas notabilidades.

El mismo concepto, puro y castizo, del baile flamenco, guarda un gran «bailao»: Vicente Escudero, cuyo «Decálogo» resulta suficientemente explicativo para regatearle las categorías que la suya merece. Su «baile en hombre», segundo mandamiento, está en la raíz de la autenticidad flamenca, aunque Escudero olvide que la danza teatral, al emparentarse en cierto modo con el *ballet*, de procedencia francesa, feminiza ciertas actitudes. Mal puede permanecer fiel a esos preceptos quien de «bailao» de «tablaos» pasa a ser danzarín en pista de cabaret y hasta de escenario, con mayores pretensiones, con preceptos sostenidos por el decorador o el modista. También pudo tacharse de excesiva pretensión literaria sus juegos con el picassismo cerebral de otro momento, aunque, para decir verdad, sólo le sirviese de fondo.

De ahí que sea necesario distinguir, cada vez más, las reglas que al principio exponía; se deben señalar las diferencias fundamentales entre los dos bailes: el flamenco y el teatral. Cada «bailao» o bailarín elija su camino, pero que luego permanezca dentro de los límites del mismo. En cuanto a la sobriedad de Vicente Escudero, conveganos que debe llevarse con cierta relatividad, en función de la propia personalidad del «bailao». A Vicente, sin duda, le va muy bien; encaja en su figura varonil, seca, enjuta, que no puede olvidar la cuna castellana. En otros, podría confundirse con sequedad si el baile en su cuerpo admitiera alegría, gracia, sin perder por ello la estampa de su propia hombría.

En lo flamenco hay que señalar a Pastora Imperio, que fué una de las primeras en combinar, con éxito, la pureza de su origen—al fin era hija de *la Mejorana*—, no con la danza teatral, pero sí con el teatro, y ya en el cante, con el cuplé. Fué una revelación, creó una escuela; luego ha sido continuada, casi siempre para malos resultados. Desde este momento la calle de las Sierpes irá a despoblarse, perderá su fisonomía flamenca para ir a engrosar los tablados—que no «tablaos»—de las variedades, de los *music-halls* y los teatros extranjeros.

Pastora fué una «bailaora» de cintura para arriba. La majestad de sus brazos da en cada movimiento, en la cadencia asombrosa de un ritmo que fluye de la sangre de sus venas, un curso de baile de la más genuina postura flamenca. Otro caso parecido es el de Lola Flores, menos majestuosa que Pastora, aunque no menos popular.

Por su parte, Carmen Amaya es una fuerza ciega, en bruto, irreflexiva en la misma reflexión de cuanto ella sabe le gusta a cierto público. Su baile juega bien los efectismos por ese prurito agitanado de bailar para los señoritos juerguistas o para los extranjeros, doblegándose a las fáciles exigencias y a un flamenquismo que, por paradoja, se le echa mucho teatro. En tal sentido, Carmen, aunque barcelonesa y del Somorrostro, está emparentada con los gitanos granadinos, acostumbrados a explotar al extranjero con un tipismo de relumbrón. La Amaya se encuentra más a su gusto en el «tablao» popular que en el escenario; mejor en escenarios de fuera que entre los de auténticos entendidos; mejor en la juerga íntima, donde entonces vuelve a ser la gran «bailaora» que en un tiempo fué—*la Capitana* del Barrio Chino barcelonés—, que en sus pobres coreografías con excesivas pretensiones teatrales. Existe toda una teoría de bailarinas que no componen sus movimientos, sino que los descomponen. De ahí esa manía de despeinarse, de armar esos fáciles alborotos con las faldas de volantes, de lanzar disparados los claveles del pelo en estudiados desplantes. Trucos del oficio, que no baile.

Lo flamenco es, pues, el punto de partida, la savia que ha de dar tanto jugo—juego—al baile español. Así lo comprendió aquella gran bailarina, única entre todas, que se llamó Antonia Mercé, *la Argentina*. En la tradición del pueblo, en su raíz popular, buscó Antonia la inspiración para sus bailes. Respetó lo básico y lo enriqueció con la razonada mediatización del baile académico. Ella creó la danza nueva, genuinamente española, pese a sufrir también influencias de fuera. La grandeza de Antonia Mercé estuvo en que aprovechó de ellas lo que mejor convenía al nervio de su propia raza y las sometió gradualmente a una depuración lógica y constante, de bailarina de veras, que sabe de dónde ha salido todo y respeta y cuida con celo sus propios orígenes. *La Argentina* fué una bailarina muy española, porque, aun en sus bailes más estilizados, no dejaba de perder contacto con la raíz flamenca de que se nutre el baile español.

Lo flamenco ha de ser, pues, como un punto de regresión cada vez que el baile teatral se agote y se reduzca a coreografías sin alma, repetidas, calcadas unas de otras, que terminan por hacer monótonos tantos espectáculos. En este mismo momento se ve cómo la danza teatral pasa por un momento de agotamiento. El camino está trillado, y no se apura como se debiera el sentido de invención de nuevos músicos, de nuevos coreógrafos, de nuevos bailarines.

Yo he visto bailar en la intimidad a ese gran bailarín que es Antonio, a esa coreógrafa formidable que es Pilar López, y muchas rigideces teatrales desaparecían, cedían la vez a una fuerza nueva y muy antigua, a una cadencia espasmódica, hecha de todos los nervios de la raza, de la pura castidad flamenca, si vale la palabra. Ahí está el secreto del baile español: cuando el cuerpo entero vibra y el corazón del intérprete parece asomarse al balcón de los sentidos para ver mejor el espectáculo maravilloso de la vida.



MARIANELA DE MONTIJO y ANA ESMERALDA

BOLERO ESPAÑOL

POCAS danzas tienen la gracia, el ritmo y la majestuosidad del bolero español. Doscientos años tiene de existencia y ha influido en multitud de bailes de todo el mundo. Dorita Ruiz y Manolo Vargas interpretan exclusivamente para REVISTA HISPANICA esta inimitable danza española. («Fotos» Basabe.)



EL ACIERTO DE LA DANZA ESPAÑOLA

EN España existe un evidente divorcio entre los hombres de letras, intelectuales, figuras representativas de la vida nacional, y los grandes artistas de la danza. Es el mismo que ha existido en la pintura, particularmente con quienes desde principio de siglo han pasado a ser primerísimas figuras de la pintura universal o con nuestros más geniales músicos contemporáneos. Mejor parados en este terreno de las artes vivas han salido los toreros, y no por el acierto de los hombres de letras e intelectuales, sino por haber contado siempre con un público más homogéneo.

Los aficionados a la música se quejan de la dolorosa sensación de soledad que acusaban en España los escritos de Falla, prolongación de otra soledad, la irritada de Pedrell, mientras por todo el mundo se prodigan ensayos y panoramas de la música española.

Así tenemos el caso reciente de que una bailarina como Carmen Amaya, que vino del extranjero precedida de una serie de tracas de la mejor publicidad—Cocteau, Mauriac, Maurois, Toscanini y Stokowski han hablado bien de ella y se han ocupado de sus bailes—, mientras nuestros hombres de pro, que no la aprecian lo suficiente para ser citados, permiten en la Prensa una crítica improvisada, de discusión y regateo.

«Quisiera saber—se lamentaba Sopena—sobre cuántas mesas de trabajo de escritores españoles ha pasado la *Revue Musicale*, que recibe confesiones de Barrés, de Gide, de la condesa de Neuilles, de Claudel, de Valery, de Marcel.»

Muchas de las grandes figuras de la danza han tenido sus apologistas entre los hombres de letras del país vecino. Teófilo Gautier valoró a la célebre Taglioni; Stendhal, a Viganò, como en otros terrenos Baudelaire pasa como uno de los mejores críticos de arte de su tiempo o Valery habla de Degas y Claudel de Sert...

Cuando falta esa comunidad, las grandes almas creadoras se ven en la necesidad de acentuar una preocupación pedagógica al lado de su función eminentemente productora. Se busca el prestigio fuera de casa, como claramente y sin excepción alguna sucede con nuestras grandes figuras de la danza, y mientras muchos artistas empiezan a sentirse incomunicados, a destilar una buena dosis de hiel, hace estragos una minoría de críticos que ven ese campo como el más asequible de la literatura.

Ha podido darse el caso que cuando «La Argentina» era consagrada en París por Levinson, que pasaba por ser uno de los árbitros supremos de la danza en Europa, con la fama de haber sido quien encumbró a Nijinsky y a la Paulova, nuestra crítica siguiera con sus vacilaciones y titubeos.

Si estas cosas suceden en un país, algo hay que no marcha bien entre su hombres de pluma. La culpa no la tiene el pueblo. Es exclusiva de los intelectuales. Su fallo pone a los críticos en la necesidad de improvisar, ante la falta de quienes debían suministrar desde arriba ideas acertadas: ideas de importación, cuando éstas existen mejor fuera que dentro de casa, o de creación propia en otro caso. La ausencia sólo degenera en inevitable incompetencia, en apariciones pseudoliterarias.

Una cosa, sin embargo, es cierta: mientras el *ballet*, tanto el clásico como el moderno y, en general, el espectáculo grande de las danzas del mundo civilizado hacen esfuerzos por levantar cabeza y por conseguirse un público que no sea sólo *snoob* y balettómano, la danza española, sin salirse de sus más genuinos moldes, sigue hoy, con más fuerza que nunca, asombrando al mundo. Hay que proclamarlo abiertamente: así como la pintura universal, desde los años de la primera guerra europea, comenzó a conocer una era eminentemente española, hoy día es nuestra danza la que vive una situación envidiable ante los ojos de todo el mundo.

VICENTE MARRERO SUAREZ



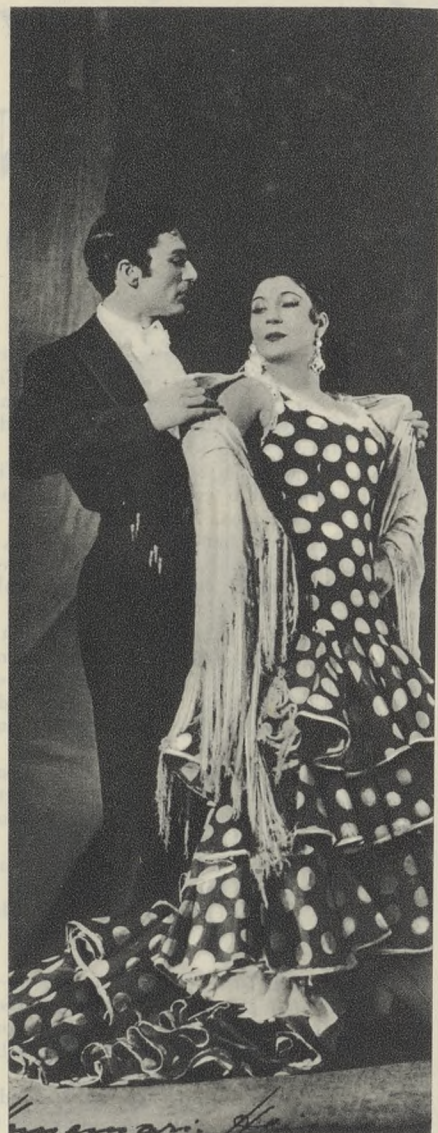
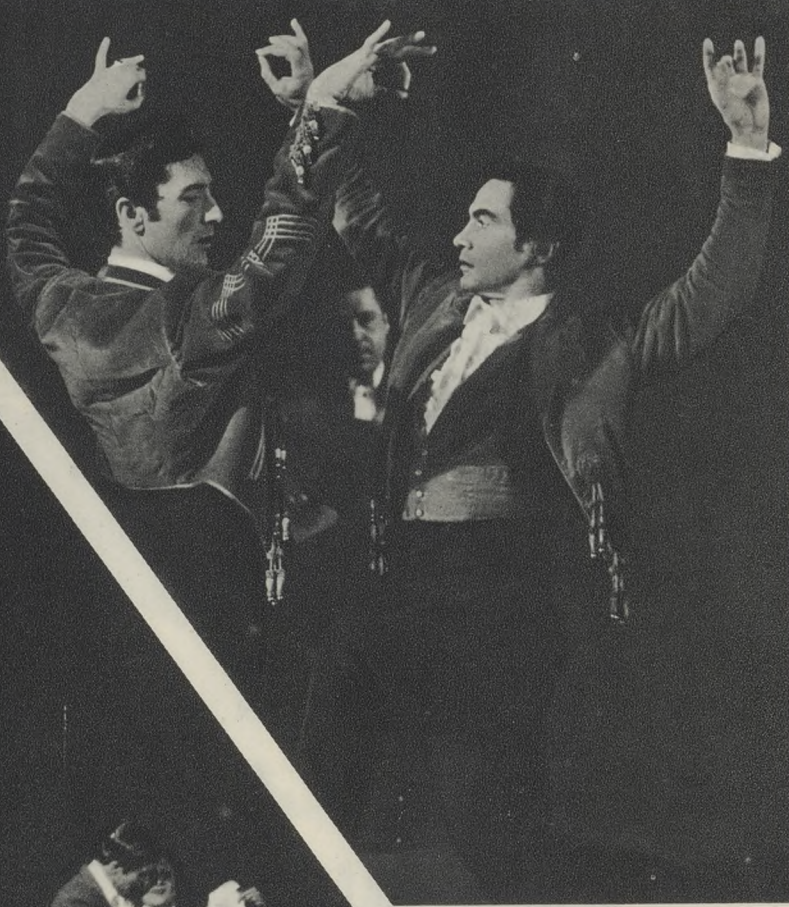
La pareja formada por Rosario y Antonio ha dado a la danza española teatral el ímpetu renovado de la juventud. Una fuerza extraordinaria, encauzada en la más ardiente disciplina técnica, anima con vigor sorprendente a estos bailarines, conocidos en todo el mundo. Los «Chavalillos Sevillanos» del año 36 se han transformado en dos danzarines consumados. Algunas de sus creaciones, así «Triana», convencen por la medida justa de sus movimientos, por el gracioso donaire, la perfecta impresión de algo definitivamente logrado. Lo popular—que Antonio domina con tanta chispa—se ha transformado en arquetipo artístico.



Una actitud típica de Rosario y Antonio en la teatralidad efectista de algunas de sus exhibiciones. La pareja no ha vacilado en enriquecer ese teatralismo en la acrobacia definitiva de un *ballet* al que no le fuera ajeno cierto aire del mejor *music-hall* internacional, aunque bautizado en la graciosa y única pila de la tierra de María Santísima.

PILAR LÓPEZ

Otro buen bailarín de su elenco, Roberto Jiménez, prueba y comprueba el gusto, el buen gusto de Pilar, al seleccionar y reunir sus elementos.



Otro de sus aciertos es el de rodearse de bailarines que dominan la técnica y la gracia en los movimientos. Cuidan de la armonía en conjuntos donde se impone la teatralidad de la danza. Manolo Vargas y Alejandro Vega bailan, acompañados a la guitarra por Luis Maravilla.

En *Flamencos de la Trinidad*, Pilar y Alejandro Vega, como bailarines castizos, se arrancan ahora en el cante y baile por caña.



Al *ballet* español de Pilar López le debemos el acierto de ser el primero en señalar el camino. Cuanto se haga en sentido de formación de un *ballet*—valga el uso de la palabra extranjera por su exacto significado—habrá de tener por punto de partida las aportaciones archielegantes de este conjunto de Pilar.



Y aquí se proyecta la sombra de la inolvidable Encarnación López, «La Argentinita». Artista única, creadora de un género, ella fué quien dió el paso decisivo para el *ballet*.

Alberto Lorca y Elvira Real son otras dos buenas figuras en el *ballet* de Pilar. A él se le recuerdan los boleros de «Puerta Tierra»; a ella, en los panaderos y las seguidillas.

EL "BALLET" ESPAÑOL y el baile FLAMENCO PURO

Por VICENTE ESCUDERO

ME pide MVNDO HISPANICO unas cuartillas sobre el «ballet» español y el baile flamenco puro, a cuya petición accedo muy gustoso.

En primer lugar, a mi juicio, el «ballet» español no existe ni ha existido nunca. Sólo hubo dos momentos en que pudo cuajar en realidad. El primero fué con Antonia Mercé («La Argentina»), hacia el año 32, y el segundo, con Ana de España, en cuyo «ballet» actuaba yo como coreógrafo y bailarín. Ninguno de estos dos momentos fueron propicios y hubo que abandonar las posibilidades.

El «ballet» español no existirá nunca, mientras los principales intérpretes no se fusionen, sacrificando sus personalismos, y se les subvencione oficialmente o por mecenas del arte coreográfico.

En esta época de confusionismo, donde el público se divierte, pero no se emociona, a cualquier cosa llena de concesiones espectaculares se la llama «ballet».

Los bailarines españoles actuales están obsesionados por el temperamento, la acrobacia y la velocidad. Lo que menos les preocupa es el estilo, la estética y la plasticidad.

Por lo que al baile flamenco se refiere, hace tiempo que numerosos aficionados me vienen haciendo insistentes peticiones para que les aclare cómo se debe bailar con pureza.

Con este fin, he escrito mi «Decálogo», que doy a continuación, resumiendo en diez puntos principales cómo debe bailar el hombre el baile flamenco puro, que por su enorme personalidad, siempre ha sido, de todos los bailes españoles, el de más resonancia y prestigio en el mundo.

Es muy difícil penetrar en la hondura misteriosa del baile flamenco y mucho más difícil hacer una exposición del mismo. Pero sí afirmo que ese «duende» que tanto cacarean eruditos y profanos es un mito que desaparece bailando con sobriedad y hombría, traduciéndose entonces en el misterio que todo arte lleva.

A los diez puntos que yo expongo en mi «Decálogo» tiene irremediablemente que ajustarse todo el que quiera bailar con pureza.

Ahora mismo, yo no conozco a nadie que use de ellos en toda su extensión. Sólo muy raramente se encuentra algún bailarín o bailaor que use de tres a cuatro de mis puntos, pero los demás brillan por su ausencia en todos ellos. De tal manera, que los invito solemnemente a seguir la verdadera tradición del baile flamenco puro y masculino de los tiempos de Miracielos, el Raspao, Enrique el Jorobao, Lamparilla, Joaquín el Feo, Antonio de Bilbao, Juan el Estampío y Antonio Viruta, que bailaban según mi «Decálogo».

Invito especialmente al gran bailarín Antonio.

Ya sé que es muy difícil, sin usar accesorios, lograr variedad de sonidos que lleguen al público. También sé que es más difícil todavía abandonar la parte comercial.

Aquí queda mi «Decálogo» para el que quiera seguirlo.

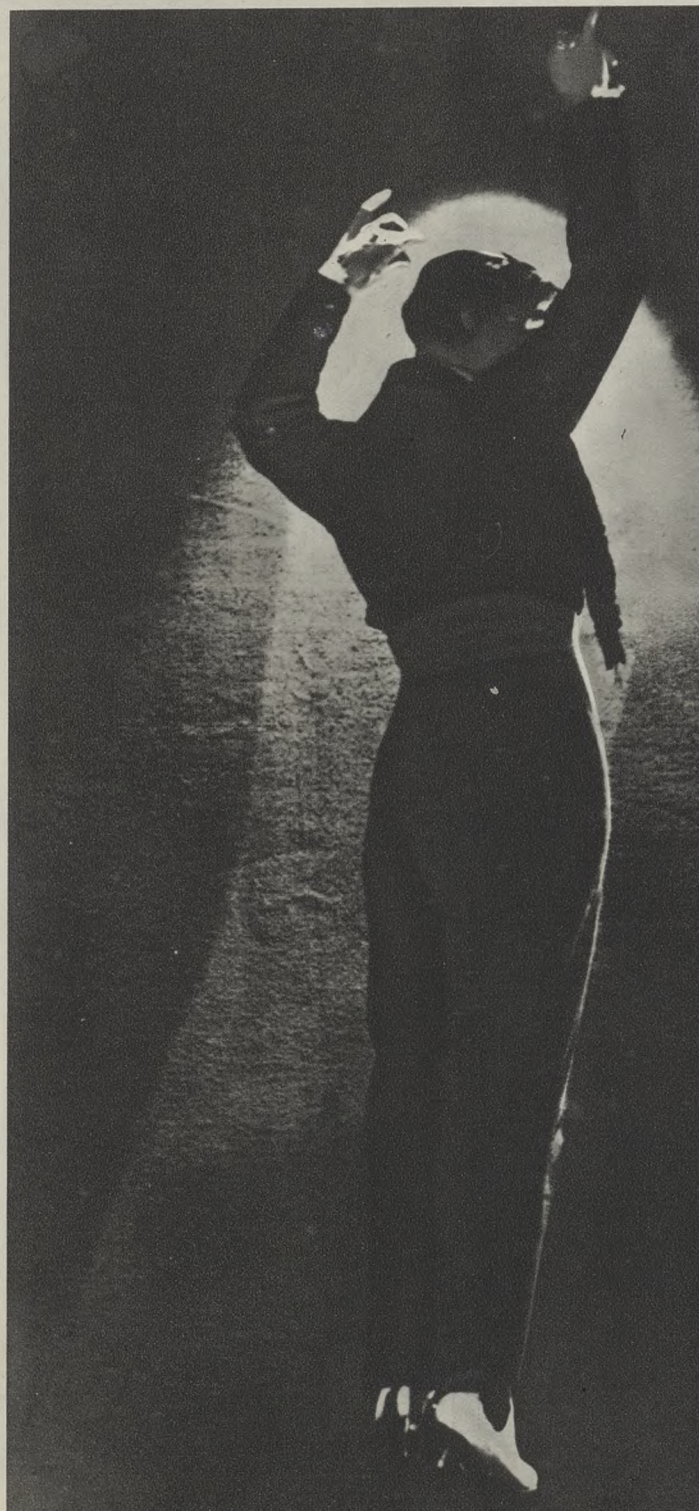
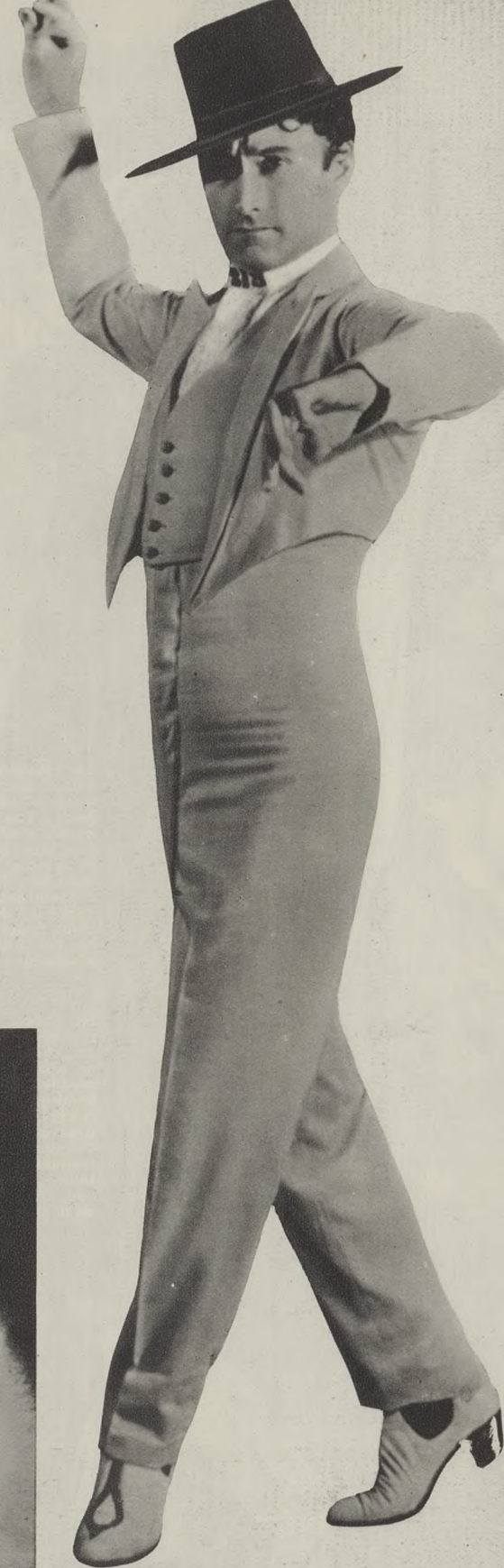
N. de la R.—MVNDO HISPANICO no puede suscribir ninguna de las opiniones vertidas por sus colaboradores. Se limita, eso sí, a ofrecer sus páginas para cualquier réplica a que las personas aludidas se crean obligadas.



DECALOGO SOBRE EL BAILE FLAMENCO PURO

- 1.º Sobriedad.
- 2.º Bailar en hombre.
- 3.º Girar la muñeca de dentro a fuera, con los dedos juntos.
- 4.º Las caderas quietas.
- 5.º Bailar asentado y pastueño, dejando tranquilo al circo.
- 6.º Armonía de pies, brazos y cabeza.
- 7.º Estética y plástica sin mixtificaciones.
- 8.º Estilo y acento.
- 9.º Bailar con la indumentaria tradicional.
- 10.º Lograr variedad de sonidos con el corazón, sin chapas en los zapatos, sin escenarios postizos y sin otros accesorios.

Vicente Escudero





La resonancia de los éxitos que en el extranjero obtienen Teresa y Luisillo ha dado popularidad a esta pareja, que sabe cultivar su propia euforia, la literatura fogosa de lo español para la exportación en danzas conocidas, puestas en solfa por una academia dinámica y epidérmica.

No hace falta presentar a Carmen Amaya. Aquí la tenemos en una de sus «poses» predilectas, vestida de hombre para bailar sus célebres «Alegrías». La Amaya representa uno de esos fenómenos de trasplante del baile de tablao, con la fogosidad y la fuerza brava de la propia naturaleza.



El baile español no ha sido avaro, durante estos años, en la presentación de nuevas y nuevas parejas en que la danza teatral acusa su ascendencia de corte académico. En la fotografía aparecen Carmen Segura y Antonio Marco en una de sus típicas actitudes.



La galería fotográfica de las bailarinas españolas podría resultar interminable. La mujer halla en el baile español la armonía suprema de su cuerpo y un equilibrio que jamás se descompone, ni siquiera en el más ardiente desplante. Elvira Lucena se deja retratar en una actitud típica.



↑ Pilar López se nos antoja mejor como bailaora, cuando libera sus propias gracias de hembra, en el airoso vuelo de su bata de lunares y en el oleaje encrepado de su cola. La sensualidad del baile gana terreno en la ordenación habitual de Pilar, quien se olvida de la serenidad un poco fría de su porte para evocar el nervio de todas las bailaoras de raza.

← Mariemma ha destacado por su afición extraordinaria, que la hace aparecer como una maestra consumada de la técnica, respunteada con la alegría de unos palillos que repican a gloria. Sus aptitudes han sido logradas con el estudio tenaz de la materia que trenzan sus pies.

Bailaora, que no bailarina, Carmen Amaya es ejemplo cabal de la gitanería danzante. Los efectos de galería han sido buscados con esa picardía gitana que sabe muy bien hasta qué punto la pobreza de la técnica fría puede compensarse con la actitud y el gesto, cálidos y hasta brutales. Sus «Soleares» tienen, por descontado, pasión, nervio, arrebató. →

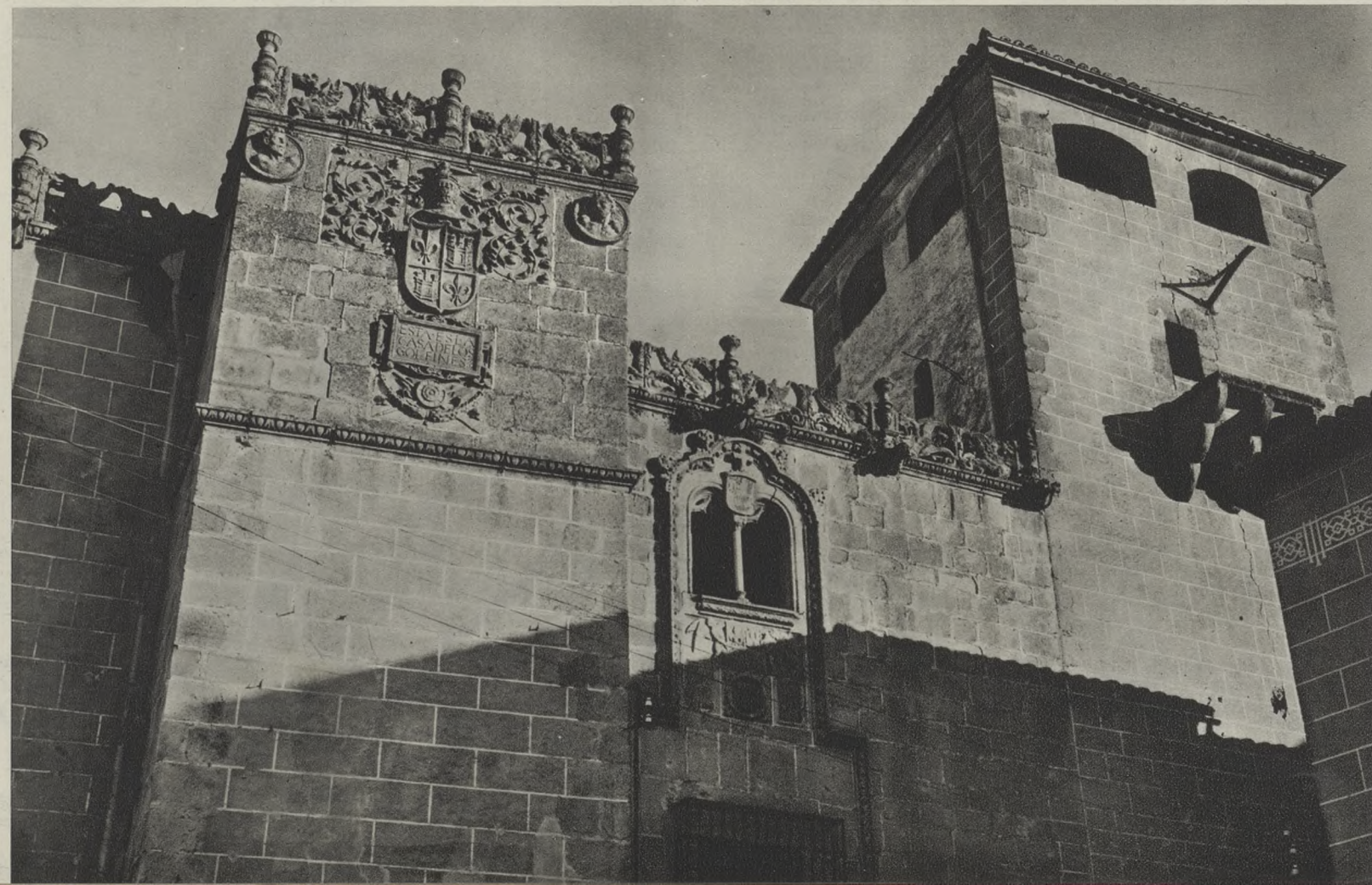




TORRE DE DON DIEGO DE ULLOA.—El Rico, Solariega casa. Con alta torre, de continente severo, que pone sobre el perfil de la ciudad la impronta del genio fundador de los primeros señores. En dura piedra se vacían leones, yelmos, rosas que revientan un caliente estallido de sátiros.

CÁCERES

CASA DE LOS GOLFINES.—Palacio de finales del siglo xv, entre cuyos muros Isabel la Católica redactó las Ordenanzas Municipales, unificó los fueros del Concejo, redujo las sangrientas banderías y, en los asuetos, de propia real mano recosía los rotos del histórico pendón de San Jorge.



ADARVE INTERIOR.—Vimos por el Arco de la Estrella, con su adovelado de Churriguera, y el tiempo retrocede: ésta es la calle del Adarve; la flanquea una muralla árabe, sobre cimientos romanos. La palmera abanica el sol de los siglos, el sol que dora los sillares de las legiones de Metelo. Al fondo, la Puerta de Mérida, porque para Cáceres había puesto en la calzada militar más ilustre del mundo: Emérita-Augusta.

EN el conjunto de las maravillas españolas, Cáceres se significa por la unidad monumental. A cuatro leguas del Tajo, sin río que la bañe, sin catedral que la magnifique, sin Universidad, ni alcázar, ni castillo, ni singularidad famosa entre las viejas ciudades de España. Cáceres sugiere por la magia de su conjunto urbano, legendario. Sólo en la vetusta Castruca de los romanos del siglo I encontraremos rincones con encanto. Sólo en la vetusta Castruca de los romanos del siglo I encontraremos rincones con encanto. Sólo en la vetusta Castruca de los romanos del siglo I encontraremos rincones con encanto. Sólo en la vetusta Castruca de los romanos del siglo I encontraremos rincones con encanto.

páginas de MVNDO HISPANICO. Extremadura es una sinfonía heroica en cinco actos. Si el primer acto se llama «Romanidad» y discurre en Mérida, la gran urbe del Imperio con resonancia de Prometeo buscador Atlántico, y el acto segundo se llama «reino moro de Badajoz», capaz de unir las Extremaduras lusa y castellana, el tercer momento histórico sería la vetusta Cáceres, la medieval, con puertas a la modernidad ecuménica del catolicismo, la de Isabel y Fernando, cosiendo Su Majestad la reina, de su propia mano, el pendón de San Jorge, Patrono de la ciudad, muriendo el rey en estas tierras cacereñas con sabor de siglos, donde rojean las calcinadas cumbres, asiento de alcornoques y encinas, y la pequeña churruvía canta. Después vendría Trujillo, el cuarto acto, la madre de los dioses, de los conquistadores. Todavía después, Guadalupe, la hija de los dioses, la universalidad de una España evangelizadora. Después, el desenlace: España, perdiendo la catolicidad de Guadalupe, y el emperador Carlos, novio de Europa, recluyéndose en Yuste, al amparo de silentes claustros. Después...



TRAJES REGIONALES.—El cántaro al cuadril. Pendientes de pesada orfebrería, gargantillas de oribes lúcidos para sorprender el encanto de una mujer como la extremeña, recocida en silencios, con sus ojos tristes de lejanías y un cuello alto, de grito contenido.

TRAJE REGIONAL.—Para la arquería mora y el matacán feudal, cuatro flores vivas. Cuatro conjuntos de pañuelo y refajo que recaman la estampa con la magnificencia luminosa de la juventud. Cáceres, o la piedra vieja. Pero también, Cáceres, la rosa temprana.





IGLESIA Y TORRE.—Mezquita árabe, la actual iglesia de San Mateo levanta su fábrica del xvi en una sola nave de cantería de arco prodigioso. Sobre el árabe primitivo, la ascensión del gótico. A la derecha, disminuido por la perspectiva, surge el Torreón de las Cigüeñas, ganoso de soledad, enhiesto...

CASA DE CARVAJAL.—Es el momento en que la ciudad se debate en luchas fratricidas. Hay un Cáceres de los *de arriba* y un Cáceres de los *de abajo*. En 1477, Isabel, católica y señora, acude como reina de la paz.



CASA DE LOS OVANDO.—Mansión señorial típicamente cacereña. Campea el águila de los Hernando de Ovando, súbditos siempre fieles a la realeza católica de Fernando e Isabel. El patio interior aun conserva la gracia y añoranza de la ciudad antes árabe, el Kazires, fortaleza que Alfonso IX reconquistó.



IGLESIA DE SANTIAGO.—Fué convento de los *fratres*, Caballeros de las Ordenes Militares. Con verjas, en las que el hierro se dulcifica y gime hasta perpetuarse en flor, la iglesia de Santiago muestra el prodigio de su retablo del xvi, de Berruguete.





TORRE DE LOS PLATA.—Como una proa mirando al Occidente, se alza la Torre de los Plata, saudadosa de América, bastión en piedra eterna de nuestros sueños de Hispanidad. Todavía, en el flanco, la ventana con ajimez de nostalgias moras. Los canchillos inferiores de los aleros están modelados en patrón románico.



IGLESIA DE SANTA MARIA.—De carácter monumental, es muy antigua iglesia. Parroquial, también se la llama de Santa María la Mayor o de la Asunción de Nuestra Señora. Gótica, en la fotografía contemplamos el campanario de la izquierda. El retablo mayor es de cedro, y los sepulcros, de cantería y alabastro.

CASA DEL ROCO.—Destaca el balcón en ángulo, con la riqueza esplendente de los primeros indianos. Palacio de aire ya renacentista, construído para el solaz de los Roco a su retorno a la madre patria, coronados de gloria y de fatiga, en los ojos la grandeza de las nuevas tierras donde, al véspero, empieza a amanecer.

CASA DEL SOL.—Palacio de los Solís, de finales del xv, con fachadas a la plaza de San Mateo y Cuesta de Aldana. Hoy aloja a los Siervos de la Preciosa Sangre de Jesús. En el blasón, cabezas de lobos muerden los rayos del sol niño. Es el rincón más puro de conjunto arquitectónico en toda España, el más representativo.





ARRIBA: Benavente, rodeado de niños, en su finca de Torrelozanes, próxima a Madrid.

ABAJO: El Premio Nóbel de Literatura con Jacinto Guerrero, poco antes de la muerte de éste.





ARRIBA: Un primer plano del gran dramaturgo, que a los 86 años sigue con sus habanos, de los que hace gran consumo.

A LA DERECHA: Don Jacinto, en su finca de Torrelodones, recibe constantes visitas, con las que pasea y charla animadamente.

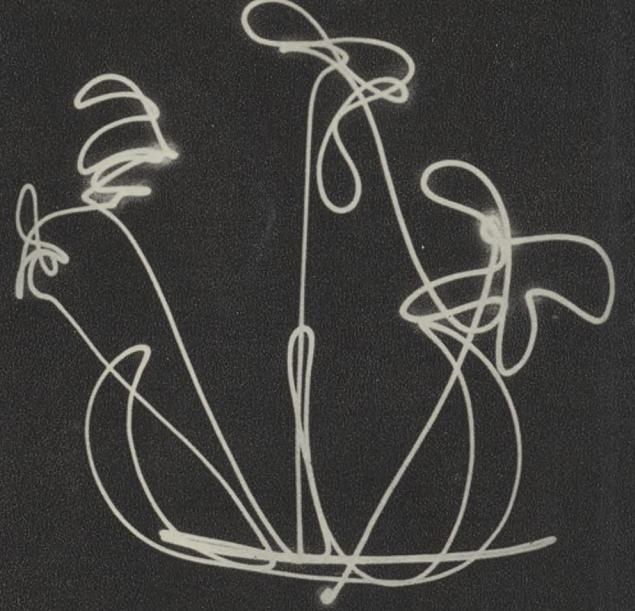
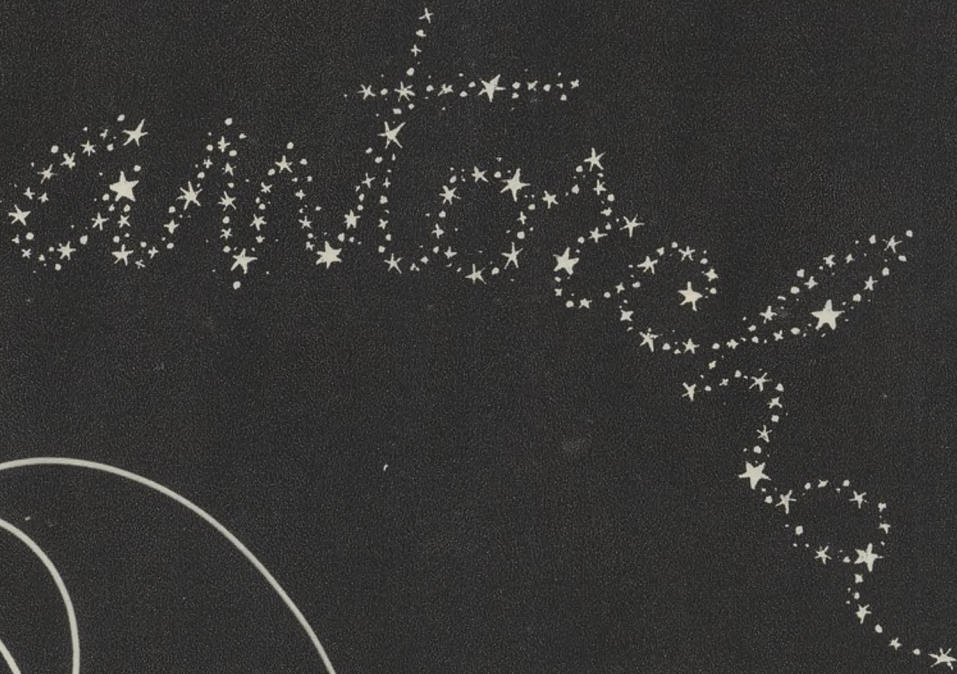
BENAVENTE

EL MANANTIAL QUE NO CESA

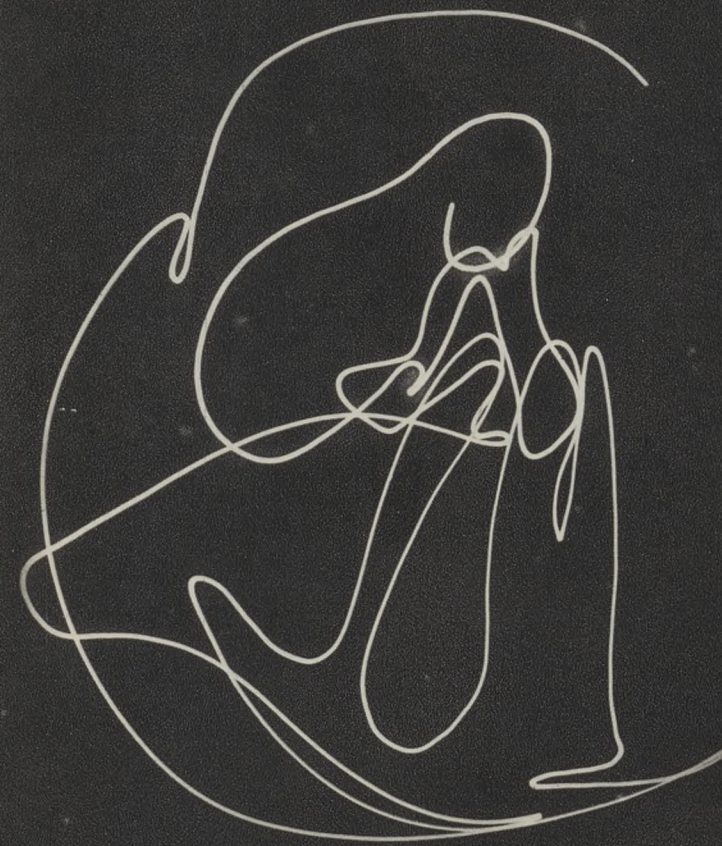
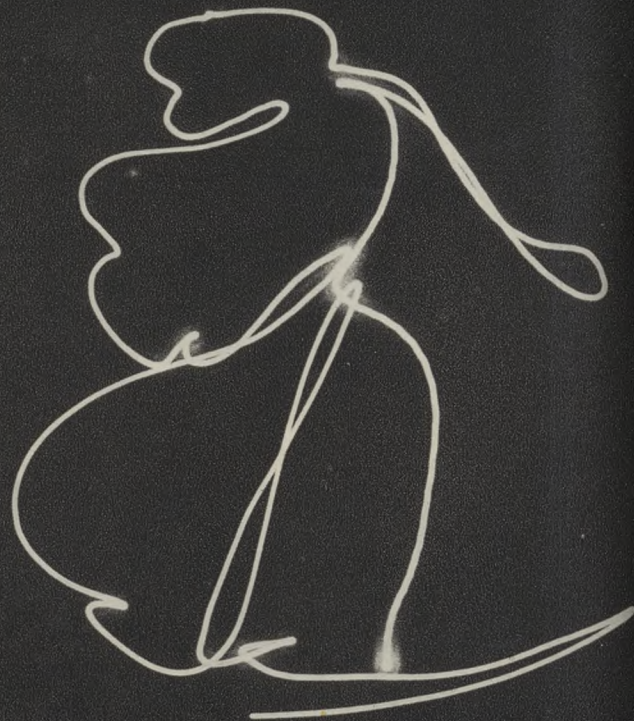
BENAVENTE, autor del 98 y del 52—Premio Nóbel en 1922—, es, tanto por la cantidad como por la calidad de su producción, el autor más brioso y fecundo del teatro español contemporáneo. Su producción se inicia a fines del siglo pasado, cuando sus diálogos buídos y las ingeniosas tramas de sus farsas arrinconan definitivamente los burdos melodramas de Echegaray. A lo largo de más de cincuenta años, el número de sus estrenos alcanza varios centenares. Y en estos últimos tiempos, pasados los ochenta y cuatro años de su edad, don Jacinto continúa estrenando un promedio de tres obras por temporada. Algunas de estas piezas han logrado éxitos rotundos, ya que conservan la fuerza y la jugosidad dialéctica de sus mejores tiempos. Entre los títulos más recientes, todos ellos posteriores al año 49 y muchos representados también en Hispanoamérica, figuran: *Abdicación*, *Divorcio de almas*, *Adoración*, *Al amor hay que mandarlo al colegio*, *Su amante esposa*, *Tú una vez y el diablo diez*, *Mater imperatrix* y *La vida en verso*. Para su estreno en el próximo Sábado de Gloria, fecha tradicionalmente solemne en la vida teatral española, se ensaya en estos días en Barcelona *Ha llegado don Juan*, la última obra, por ahora, del insigne dramaturgo.



La

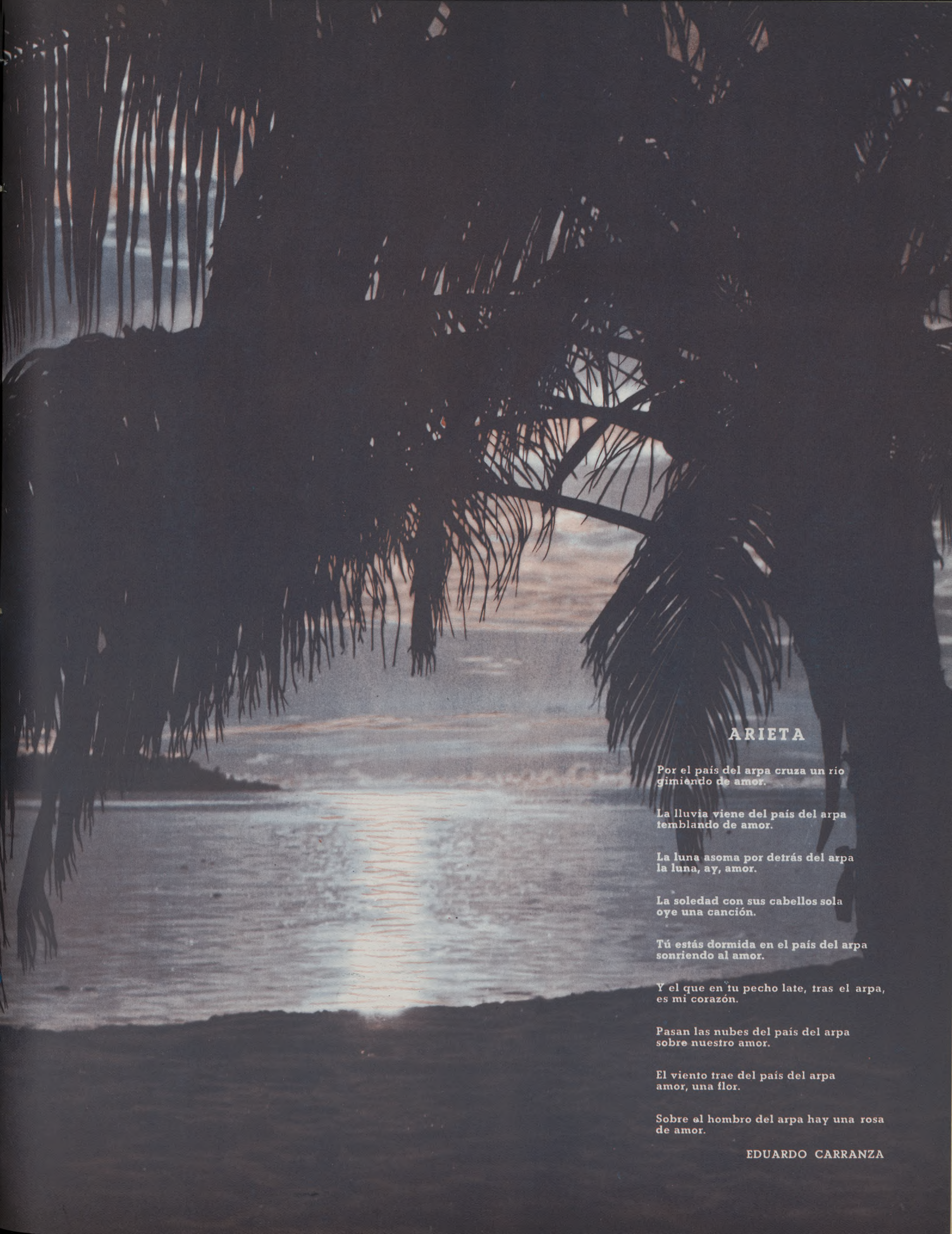


creadora



MARIA Luisa Pacheco es la creadora de este mundo mágico de vibraciones rutilantes y armónicas. Para lograr este milagro de luz y armonía—al igual que Picasso en el año 1950, según una información publicada en el suplemento literario del periódico «La Razón», de La Paz (Bolivia), el 28 de enero de 1951—, María Luisa utilizó, a modo de pincel, una linterna que, guiada por su mano firme, fué trazando con rasgos luminosos bellos contornos de fantástica belleza, que quedaron definitivamente impresionados y captados por la cámara fotográfica. De María Luisa Pacheco ha dicho el fino escritor Santiago Schulze Arana: «...y la luz fué signo y vida. Y es aquí, además, emoción y sentimiento, ámbito de grandeza y espiral mágica de anímicas vivencias. Hilos luminosos formando el contorno pensativo de una mujer casi en fuga de distancias. Pirotecnia retorcida en el esbozo de un rostro atormentado por el reflejo de quién sabe qué oscuros pensamientos, oscuros y negros como el fondo mismo de sus meditaciones. Lirios blancos erguidos en la soledad nocturna como un ramo de fuegos de artificio. Y una estrella enorme con sus brazos eléctricos extendidos sobre la frente de la artista: la estrella del arte iluminando un camino...» María Luisa Pacheco nació en La Paz (Bolivia). Hizo sus estudios en la Academia de Bellas Artes de La Paz. En la Bienal de San Pablo (Brasil) y en la I Bienal Hispanoamericana de Arte de Madrid el público pudo apreciar obras de esta pintora de destacado interés.





ARIETA

Por el país del arpa cruza un río
gimiendo de amor.

La lluvia viene del país del arpa
temblando de amor.

La luna asoma por detrás del arpa
la luna, ay, amor.

La soledad con sus cabellos sola
oye una canción.

Tú estás dormida en el país del arpa
sonriendo al amor.

Y el que en tu pecho late, tras el arpa,
es mi corazón.

Pasan las nubes del país del arpa
sobre nuestro amor.

El viento trae del país del arpa
amor, una flor.

Sobre el hombro del arpa hay una rosa
de amor.

EDUARDO CARRANZA

GALERIA
DE
FIGURAS
HISPANICAS



FELIPE II
POR
TIZIANO

(MUSEO DEL PRADO)

Tiziano, el pintor se-
ñero de la escuela ve-
neciana—gigante bar-
budo que vivió cien
años y murió de pes-
te—, pintor de reyes,
emperadores y papas,
que en 1548 había he-
cho los dos famosos
retratos del emperador
Carlos I, del que dijo
Burckhardt: «El ras-
go feliz de Tiziano
consiste en que sabe
distinguir en las perso-
nas y cosas aquella ar-
monía de la existencia
que precisa que se
produzca por la dispo-
sición de su naturale-
za», pintó hacia el año
1551—la mejor época
del artista, según los
críticos—el famoso re-
trato de Felipe II que
se conserva en el Mu-
seo del Prado, de Ma-
drid, y que está consi-
derado como el mejor
del templado y sabio
gobernante español.

TIZIANO

PINTOR DE "PERSONAS AL VIVO"

A fines del siglo xv—pleno y desbordante el Renacimiento italiano—surge en Venecia un grupo de artistas, capitaneados por el imaginativo, soñador y musical Giorgione, que oponen su concepción del arte pictórico al que en aquel momento seguían los artistas romanos que acataban el magisterio estético del joven y genial Rafael. Figuran en el grupo de los venecianos Palma, Catena, Vicenzo, Piombo, Luciani y otros, que, en torno a Giorgione, pretendían renovar la técnica y las ideas estéticas sostenidas por los maestros. Un día se incorpora al romántico movimiento veneciano un joven montañés. Tiziano Vecellio, nacido en Pieve hacia 1477 y traído a Venecia, donde, desde muy niño, fué iniciado en el arte por el maestro Giovanni Bellini. El joven Tiziano fué el que, por encima del propio Giorgione—una especie de fantástico Dalí a finales del siglo xv—, iba a universalizar aquel movimiento que, dentro de la sensual efervescencia renacentista, pretendía imponer no sólo novedades estéticas y nuevos procedimientos en el arte, sino un cambio ideológico y una concepción sentimental y soñadora—visionaria casi—de la vida.

Según los historiadores de la época, el ambiente moral e intelectual de Venecia, en los años finales del siglo xv y principios del siguiente, era propicio al desarrollo de la ensoñación sentimental y de las más desbordadas fantasías. «No había en Venecia—dice un autor—curiales, teólogos y arqueólogos que fiscalizasen, como ocurría en Roma, las extravagancias de los artistas.» En este ambiente de vida sensual y trepidante, solicitada el alma por múltiples y apasionantes halagos de los sentidos, inicia su carrera artística el joven Tiziano, el gran colorista, que ha de llevar a sus últimas consecuencias aquel movimiento de los pintores venecianos, característico y distinto dentro de las tendencias generales del Renacimiento.

Pero no vamos a seguir aquí, ni siquiera en esquema, la extensa e intensa biografía de Tiziano Vecellio, tan divulgada, por lo demás, en manuales e historias del arte. Sólo nos interesa acercarnos a un primer plano este barbudo gigantón, superdotado física y espiritualmente, en el momento que, ya de sesenta años—iba a vivir cien—, entra en relaciones con el emperador Carlos I.

La primera entrevista tiene lugar en Bolonia (1533), y la presentación del gran artista al gran monarca la realiza Federico Gonzaga, duque de Mantua, hijo de Isabella de Este, llamada la «prima donna del mondo», gran aficionado a la pintura y admirador apasionado de Tiziano. Gonzaga había mostrado especial interés en este acercamiento de los dos personajes, y el premio de su acto es que lo tengamos ahora en el Prado—un Tiziano más—con su vestido de terciopelo azul. También está en Madrid el primer retrato del emperador pintado durante aquella estancia del artista en Bolonia, por deseo del propio duque de Mantua. Se trata del retrato en que está el emperador Carlos sentado, en actitud meditativa, y tiene a su lado un hermoso perro.

Una buena prueba de la favorable y honda impresión producida por Tiziano en el ánimo del emperador durante aquella entrevista es la real cédula que poco después expide para él desde Barcelona, apenas llegado a España. Carlos I empieza la citada cédula con los usuales preámbulos de la retórica protocolaria: «Carlos, por la gracia de Dios», etc., etc. Pero en seguida, quizá sin darse cuenta, arrebatado su pensamiento por la fuerza de sus sentimientos admirativos hacia el genio veneciano, continúa en un estilo y tono de familiaridad casi excesiva: «Considerando tus excelentes virtudes y facultades, que te permiten pintar con arte exquisito las personas al vivo, como has demostrado con mis retratos, hasta el punto de ser llamado el Apeles de nuestro siglo...» Y de nuevo vuelve a cambiar el estilo del real documento. El emperador emplea otra vez la retórica protocolaria, y continúa: «Yo, siguiendo el ejemplo de mis predecesores el emperador Alejandro y César Augusto—también Carlos se siente de cara a la Historia—, que quisieron ser retratados sólo por grandes maestros, nos hemos dejado retratar por ti y hemos obtenido tales pruebas de tu habilidad, que hemos juzgado conveniente decorarte con honores imperiales.»

Los honores con los que por esta real cédula es «decorado» Tiziano para toda su vida son: el nombramiento de conde palatino, derecho de nombrar jueces, notarios y cancilleres en cualquier lugar

del Imperio. Otro de los privilegios concedidos por el emperador a Tiziano consistía en poder legitimar hijos bastardos. También se le confiere la autorización de llevar insignias, espada, casco, collar, espuelas y hábito de la Orden de Caballería del Oro.

En esta cédula del emperador se afirmaron, ya para siempre, las buenas relaciones entre el pintor veneciano y las reales personas de la Corte española de los Austrias. Relaciones que pasan del emperador Carlos a su hijo Felipe y que no se interrumpirán hasta cuarenta años más tarde, cuando la peste se lleva de este mundo al centenario pintor veneciano (1576).

Unos quince años después de las entrevistas de Bolonia, Tiziano, quizá llamado por el emperador, se entrevistó con él en Augsburgo, donde, según todas las referencias históricas, le pintó los dos retratos más importantes, ambos conservados hoy en el Museo del Prado. Uno, el conocido en que está el emperador sentado, sin ropas de ceremonia y pensativo, frente a un imaginario paisaje. El otro es el ecuestre, en que Carlos I lleva la misma armadura con que tomó parte en la batalla de Muhlberg.

En ese mismo año, 1548, según unos, y según otros, en 1551, conoce personalmente Tiziano al príncipe Felipe, con el que entabla una amistad que no decaerá cuando el príncipe ocupe el trono de España y sea, además, emperador de Occidente. De esa fecha es el primer retrato de Felipe II, todavía príncipe, y de entonces datan las frecuentes peticiones de cuadros sobre asuntos mitológicos, primero, y más tarde religiosos, que el príncipe hacía frecuentemente a Tiziano.

Puede decirse que el afecto de Tiziano por los monarcas españoles, aparte de su interés como artista, festejado por todos los grandes personajes de la época, no es simplemente un afecto personal: es, además, una simpatía de carácter dinástico. Existe una carta de Tiziano a Felipe II, en que el pintor veneciano le dice textualmente: «Quisiera pintar la imagen de Vuestra Magestad en mi corazón, como la llevo grabada en la mejor parte de mis entrañas.» Claro que también hay otras muchas cartas en que el artista pide al monarca que le sea satisfecho el importe de las pensiones y prebendas que tanto por el emperador Carlos como del propio Felipe tenía asignadas. Demandas que sin pérdida de tiempo solían ser atendidas por los embajadores del rey.

Hay en el Prado, de Madrid, un cuadro de Tiziano en el que aparece Felipe II llevando en brazos a su hijo Fernando, en actitud de ofrecerlo al Rey de la Gloria. Tiziano estaba ilusionado políticamente con la idea de un Imperio universal, que estuvo muy cerca de realizar su amigo Carlos I.

Entre los retratos de personas de la Casa de Austria o afectas a ella que se conservan de Tiziano, figuran, además de Carlos y Felipe, el hermano del emperador, Fernando de Austria; la emperatriz Isabel, el secretario Cobos, el consejero Granvela, el embajador Hurtado de Mendoza y algunos otros.

Hasta sus últimos años tuvo Tiziano proyectada una serie de cuadros sobre las victorias del emperador y otra sobre la leyenda áurea de San Lorenzo. Era este proyecto una prueba más del afecto y la admiración que sintiera Tiziano por los monarcas españoles y un generoso deseo de inmortalizar sus hazañas con aquel arte único que él estaba seguro de poseer, pues los muchos años no habían quitado ímpetu a su genio creador. «Si acaso—observa alguno de sus críticos y biógrafos—, Tiziano, que en la juventud y la madurez había demostrado tanta devoción por la belleza de las formas naturales, estaba en la vejez más preocupado por buscar a través de las cosas materiales la expresión del contenido espiritual de la belleza.» Uno de sus más fieles biógrafos—Boschini—asegura que Tiziano, en sus últimos tiempos, empleaba los dedos para distribuir el color, con lo cual, asegura el autor, «no hacía más que imitar al Creador». Lo que sí parece seguro sobre su técnica es que Tiziano, fiel a la escuela giorgianesca, en la que profesara durante su juventud, no dibujaba las figuras previamente, como era corriente en los renacentistas romanos, sino que empezaba a construir las figuras sobre el lienzo directamente con el pincel.

El Tesoro del Chicle

POR CONCHA CASTROVIEJO

BAJO el azul brillante del cielo, el azul profundo del mar. Sobre la tierra, un vaho blanquecino.

Volando a poca altura, la perspectiva geométrica de la ciudad se esfuma hasta perderse en la masa verde oscuro formada por la selva, que, en una perspectiva de cientos de kilómetros, cubre todo el territorio que constituyó en otro tiempo el magnífico imperio del Mayab: Yucatán, Campeche, Tabasco, Quintana Roo, Guatemala...

Son Campeche y Quintana Roo los territorios que encierran el tesoro del chicle.

Los pequeños aviones, veteranos y constantes, cumplen su cometido: la comunicación entre la costa y los campamentos; el transporte de los hombres que, enrolados en las compañías americanas, se encierran en la selva para cubrir la temporada de chicle. La selva en las zonas chicleras es terrible, pantanosa y malsana. Los grandes árboles parecen vengarse de las sangrías de que son objeto. Donde apenas penetra la luz, el calor se almacena como una fuerza tangible, densa y agobiante. La espesa vegetación, fermentada al contacto de las lluvias, impregna la atmósfera de un vaho pegajoso. En algunos lugares las lluvias se han concentrado en pantanos turbios, cubiertos de nubes de mosquitos. Grandes extensiones, carentes de fuentes y manantiales, obligan a servirse, para todos los usos, de estas reservas de agua, en progresiva descomposición. Allí, al terrible fondo de la selva, llevan cada año los chicleros sus ilusiones.

La «temporada» de chicle comienza en el mes de septiembre, apenas terminadas las lluvias. Las compañías tienen delimitadas sus zonas de concesión. Contratan a los hombres y establecen los campamentos. Cada hombre ocupa su tienda o cuelga su hamaca y marca los árboles en el área que le ha sido asignada. Es toda una técnica la del buen sangrador; conocer los árboles y sus posibilidades; su vitalidad y su agotamiento. La espesa goma negra que fluye de las incisiones a los recipientes adosados a cada árbol constituye la hipotética riqueza del chiclero. Los grandes bloques son pesados por el capataz, que va anotando en el «Haber» de los trabajadores las sucesivas entregas de kilos. Los chicleros, transportados en avión, no se acompañan más que de un exiguo equipaje. Una vez en el campamento, dependen de las cooperativas establecidas por las compañías. Desde una hamaca hasta una cafiaspirina, desde unas botas hasta una cajetilla, todo debe pasar

por este control comercial. Y todo es allí más caro: veinte, cincuenta, cien veces más caro que en las tiendas de la ciudad. El cúmulo de necesidades de ocho meses de infierno es anotado en un «Debe» que va equilibrando su balanza frente a la negra viscosidad de los kilogramos de chicle en bruto. Es el doble negocio de las compañías; su compensación a una inexistente pérdida.

Las cooperativas no venden alcohol. El alcohol y las armas están estrictamente prohibidos. Porque aquellos hombres pueden enloquecer súbitamente en un «amok» desesperado y es necesario prevenir las consecuencias. Ni alcohol, ni armas, ni mujeres.

Una vez acampados es inútil pensar en un traslado ni en dar salida a ninguna inquietud de movimiento. Los caminos de la selva, que no conducen a ninguna parte, parecen tragar al que se arriesga a seguirlos. No es raro oír «Se perdió...» como explicación a la ausencia de un hombre.

Pero las zonas de concesión son, forzosamente, extensas. En su área cada chiclero descubre madrigueras y busca cachorros. Es fácil comprender el punto de amenidad que en aquellos meses de vigilante inacción marca la domesticación de animales. Cuando llega mayo y los chicleros bajan a la ciudad, traen muchas veces los cachorros para venderlos, generalmente a extranjeros que se interesan por afición o snobismo.

Así fué como un día llegó «Kiry» a nuestra puerta. Anteriormente, no recuerdo quién, seguramente alguien que hacía el recorrido hasta Tabasco, nos trajo de regalo un cocodrilo; un ejemplar no del todo desarrollado que medía, aproximadamente, metro y medio de largo.

A medida que pasa el tiempo comprendo menos qué impulso nos movió a dar hospitalidad a aquel animal. Era espantoso. De una fealdad repulsiva. Acondicionado a uno de los grandes pilones que, en los patios interiores, se emplean para almacenar las aguas de lluvia, permanecía todo el día inmóvil, la boca entreabierta, los ojos velados por una telilla interior al párpado. Si se le acorralaba en un ángulo, para cambiar el agua, saltaba, intentando atacar, y emitía un sonido semejante al ladrido de un perro. Cerca de cinco meses permaneció así, sin comer. Las piltrafas de carne y los desperdicios que le eran arrojados no atraían su atención; rápidamente descompuestos a causa del calor atraían, en cambio, una nube de zopilotes que, alineados en la tapia, for-

maban una guardia constante, negra y cerrada. Algunos indios que transportaban las barcas por el Grijalba me explicaron que los cocodrilos resisten mucho tiempo en esa vida latente, y que, teniendo preferencia por las presas vivas, seguramente dejaba corromper la carne con la esperanza de cazar un zopilote.

No sé si eran basadas en la realidad las afirmaciones de los indios. Pero sí que la presencia del cocodrilo nos tenía cansados. Un buen día decidimos entregarlo en donación a un proyecto de parque zoológico, institución del Municipio.

Todavía después un amigo nuestro que hacía frecuentes viajes a los campamentos nos trajo de regalo un «mapach», u oso lavador, el más curioso animal que he alcanzado a ver nunca. Del tamaño de un perro grande, cuerpo de oso, cabeza semejante a la del zorro, y manos prensiles, de mono, extraordinariamente hábiles, las correas y cadenas eran inútiles con él. Su gran afición: el agua. Para tenerlo tranquilo era necesario poner a su alcance una gran tina. Piedras, hierbas, maderas, todo lo que podía recoger del suelo, lo sumergía. La comida la interrumpía continuamente para lavar lo que estaba comiendo. Cuando juzgaba que el agua estaba sucia, volcaba la tina y paseaba impaciente hasta que se le llenaba de nuevo.

Con éstos y otros *specimens* nuestra casa empezaba a tener fama de zoológico, cuando un día llamaron a la puerta dos hombres con el típico aspecto de la gente del chicle: la tez cetrina, los ojos hundidos y brillantes; guayabera almidonada y amplio sombrero panamá.

—Traemos un «gatito», por si lo quieren comprar.

(El «gatito» o «tigrillo» es el cachorro del jaguar americano.)

—¿Cuánto vale?

—Diez pesos. Es de muy buena raza. La madre era un ejemplar magnífico. La mataron hace unos días cuando rondaba el campamento.

—¿Puede ya comer?

—Empieza a comer carne.

Era un cachorrito de meses ya del tamaño de un perro.

El cachorro nos encantó desde el primer momento y decidimos quedarnos con él. Le nombramos «Kiry».

Intelligentísimo y cariñoso, su adaptación fué sumamente fácil. Acurrucado durante el día en la sombra a causa del calor, al ano-

checer se volvía jugueteón y hasta peligroso porque en toda circunstancia es necesario prevenirse de su fuerza, y como el brillo de las pupilas atrae su atención, la garra va siempre hacia los ojos.

Sus hábitos de limpieza eran extraordinarios y tan acusado el sentido de observación que, cuando se le encerraba, iba hacia la puerta y alzado en las patas de atrás trataba, con las de delante, de accionar el tirador; gesto que no he visto nunca intentar a un gato o a un perro a pesar de sus siglos de domesticidad. El sistema nervioso, muy sensible; las alteraciones atmosféricas parecían enloquecerlo. Al amo lo conocía más por el oído que por la vista. Un color nuevo, un cambio de cualquier índole, bastaban para irritarlo. Pero hablándole en voz baja y suave se calmaba siempre.

Llevaba con nosotros varios meses cuando comenzaron a advertirnos que el conservarlo más tiempo sería peligroso porque al cumplir un año todos los de su especie desconocen al amo y resultan indomables. Pero no fué necesaria ninguna determinación. Un día, en un descuido imperdonable, «Kiry» saltó a la tapia y emprendió un paseo con andar solemne. Los ocupantes de la casa contigua, escalofriados, hicieron intervenir a un salvaje que cumplía funciones de guardia. «Kiry» cayó muerto de un tiro en la cabeza.

Nuestra timorata vecina nos ofreció, como explicación, que la lactancia de su hijo había sufrido trastornos a la vista de la fiera.

* * *

Cuando terminan las «temporadas» los chicleros dejan los campamentos y comienza el negocio en la ciudad. El comercio sale de su marasmo de todo el año. Generalmente, a pesar de sus descuentos, cada hombre obtiene una liquidación favorable. Desesperados, gastan en cuatro meses su amargura de todo el año. Gastan en ropa, en alcohol, en juergas y en esplendideces. Si se acaban sus ganancias, la compañía adelantará siempre segura de su fidelidad. Porque aquellos hombres han sentido la llamada de la selva y no podrán olvidarla. Consumidos de paludismo y amibiasis, agobiados de fiebres tropicales, atacados de plagas, como la célebre mosca chiclera, cuya picadura deposita una larva que va destruyendo la oreja (por lo cual los chicleros vienen a semejar un remedo de «El hombre de la oreja rota»), pero en los ojos el extraño fulgor de un «más allá» sólo por ellos entrevisto, la selva, en un eterno renacer de esperanzas, los atraerá cada año con el señuelo de una ganancia nunca lograda por ellos, lograda siempre por las compañías, que seguirán aumentando el número de ceros a la derecha de sus unidades. Los quintales de goma, preparados y confitados, sirven a la masticación de millones de americanos, convencidos seguramente de que el chicle es uno de los muchos productos «Made in U. S. A.».

Con el chicle se enriquecen las compañías americanas; de las contribuciones impuestas a la producción de chicle viven los territorios, se hacen las mejoras de la ciudad y se paga a los empleados; del chicle se sostiene el comercio. Y los chicleros que no viven, sino que dejan su vida prendida en el abrazo de oso de la selva, se creen compensados de poder representar durante unos meses del año, en la pequeña ciudad perdida en el fondo del Golfo, el papel de—salvemos las distancias—de duques de Osuna, sin aristocracia, del siglo XX.

(DIBUJOS DE RUBIO CAMIN)



La Moda en Madrid



MUNDO HISPANICO lanza hoy por primera vez al mundo femenino una página de modas. Algo tan tremendamente superficial y profundo, tan efímero y eterno a la vez. La moda nos transforma, nos convierte de fríes en alegres. Un nuevo sombrero cambia nuestras ideas; el estreno de un vestido nos comunica un optimismo de juventud. En cada estación renacemos a una nueva vida; los modistos nos transforman con un nuevo color o una nueva línea. Nuevo, novedad, novelero, son palabras que tienen un eco de alegres campanas en nuestro corazón. Marzo es el mes de recogimiento para los modistos. Aun no se han lanzado las colecciones, aunque sabemos que trabajan afanosamente en las creaciones de primavera. Entre telas de seda, de lana, de algodón, de hilo y, sobre todo, de la última palabra, que se llama «tussornyl»—mezcla de seda y de nylon, de una gran ligereza y sumamente lavable—, nacen los modelos y la combinación de colores que harán las delicias de los mujeres de cualquier parte del mundo, sin diferencia de razas ni de color. Los trajes que hoy reproducimos son de una gran casa madrileña: Ana de Pombo. Los de noche siguen la amplia línea de falda, que hace tan femenina la silueta, y el de playa es un práctico modelo que puede llevarse también en la ciudad.

Traje de noche de piqué negro con organdí blanco bordado en negro, gris y plata.

A la de Bombas



Traje de organdí negro con sobre-falda en encaje blanco muy gordo rebordado de trencilla blanca.

Traje de playa en batista de rayas blancas y negras, con el cuerpo de hilo blanco, y bolero del mismo material que el vestido.



HERÁLDICA DEL DÓLAR



P o r J U L I U S K L E I N

Se ha admitido generalmente que el signo \$ es una adaptación de las iniciales U. S., de «United States» (Estados Unidos). Sin embargo, esta hipótesis resulta totalmente equivocada, ya que dicho símbolo se usaba no sólo en Norteamérica, sino también en los círculos financieros y en la contabilidad de España mucho antes que existieran los Estados Unidos de América. El símbolo es, con toda probabilidad, un trasunto del diseño que apareció en el peso de plata durante la España colonial, y especialmente durante el siglo XVIII. En esta moneda se representaban las columnas de Hércules entrelazadas con una cinta, y en ella aparecía la famosa leyenda latina «Plus ultra». Una reproducción fotográfica de estas monedas apareció ya en *MUNDO HISPÁNICO*, ilustrando el artículo de Miguel Castro Ruíz «Un mensajero de México.—Historia del peso». El diseño aparecía con especial claridad en los pesos de los años 1743 y 1747.

En la *Historia numismática de México*, de Alberto Francisco Pradeu, hay numerosos detalles interesantísimos referentes al diseño de esta moneda. Circuló este peso por todas las Indias Occidentales, y de allí fué llevado a las entonces colonias británicas por comerciantes que regresaban con cargamentos de azúcar, ron y otros artículos de dichas Indias. De esta manera, el símbolo \$ llegó a ser común en los libros británicos de las colonias americanas del Norte mucho antes de 1776. Al lado de la cantidad, servía para indicar el tipo de mo-

neda de la cuenta. En el Archivo de Indias, de Sevilla, se pueden hallar libros de contabilidad en los que se emplea dicho símbolo.

Más notable es aún el empleo de este símbolo en los libros de contabilidad de los banqueros alemanes que financiaron grandes proyectos de expansión del Imperio de Carlos V y Felipe II en el siglo XVI. En un examen de las cuentas de la importante casa bancaria de Fugger-Augsburg, el signo \$ aparece desde fines del siglo XVI. Y es que el peso colonial español tuvo amplia circulación no sólo dentro de España, sino por toda Europa, y con destacada frecuencia en los centros financieros del Imperio de los Habsburgo en la Alemania Central. Y el nombre del \$ se puede afirmar, casi con absoluta seguridad, que procede de la palabra «joachimsthaler», nombre de la región en que parte de la plata fué probablemente reacuada.

El peso circuló en grandes cantidades, cruzando el Pacífico y a través de las Filipinas, en China y en el resto del Lejano Oriente, donde el dólar mexicano llegó a ser la moneda de uso corriente. Por regla general, los antiguos pesos de la España del siglo XVIII fueron marcados en este tráfico con los caracteres chinos de los cambistas orientales, quienes certificaban la pureza de las monedas; pero nuevamente el anagrama \$ llegó a ser el símbolo corriente de la moneda, sin relación posible alguna con los Estados Unidos de América del Norte.



ARQUITECTURA MODERNA

Por CASTO FERNANDEZ-SHAW

SI comparamos la evolución de la arquitectura española, en estos últimos cincuenta años, con la evolución del automóvil o del avión, veremos que la evolución de los medios de locomoción ha sido la de un constante perfeccionamiento y que, si bien existen automóviles de tipo anticuado, a nadie se le ocurre seguir repitiendo los modelos del año 10. En cambio, en arquitectura, y, sobre todo, al tener que reconstruir los pueblos y los monumentos destruidos por la guerra, hemos tenido la obligación de hacer una obra de tipo arqueológico, que en todo momento ha tenido una gran dignidad y siempre ha estado llena de aciertos. Pero, al terminar este período de reconstrucción, ¿hemos de seguir por el mismo camino?

El siglo actual ha superado al anterior en el progreso de las ciencias, y, tanto en la rapidez de las comunicaciones aéreas y terrestres como en radio y televisión, ciencias médicas, energía atómica y tantas otras, nos llevan a un mundo de perfeccionamientos científicos. Los nuevos materiales de construcción y el avance en los cálculos matemáticos producen en los campos de la ingeniería y de la arquitectura formas nuevas, que son manejadas por los técnicos en toda su pureza. ¿Puede, en estas condiciones, desaparecer la arquitectura? ¿Puede la arquitectura, al hacerse más científica, más utilitaria, prescindir de la pintura o de la escultura? Creemos que no; su unión es indispensable, máxime si tenemos en cuenta que los nuevos materiales, de calidades y tonalidades de gran fuerza cromática, en los que la luminotecnia actual de nuevos valores, nos hacen descubrir un nuevo mundo de espacios y formas bellas.

¿Qué medios tiene hoy el arquitecto español para ponerse al nivel de las demás naciones? Creo que nuestra profesión tiene echados los cimientos para poder llegar a donde llegue cualquiera otro país. Contamos con dos Escuelas de Arquitectura, en Madrid y Barcelona. La de Madrid, tal vez como edificio, es posible que sea una de las mejores del mundo, y cuenta con una espléndida biblioteca.

Después de un final de siglo de arquitectura discreta, sin monumentalismos exagerados, pero en el que se producen obras de calidad, aparece la arquitectura personalista de Antonio Gaudí, que coincide con la época del arte modernista. Su recia personalidad se acusa en sus construcciones, y a ellas se asocia una técnica personal, en la que utiliza arcos parabólicos, suprime contrafuertes, y esto lo liga con formas precursoras de la escultura abstracta de hoy. Une, por tanto, la ciencia al arte a través de su temperamento de arquitecto.

Esta arquitectura, llena de aberraciones, fracasa, desaparece, y viene una corriente de arte francés, todavía influida por la arquitectura de fin de siglo, de la que es ejemplo el actual Casino de Madrid. Después, y como punto culminante, llega el concurso de la Casa de Correos en Madrid, donde dos jóvenes arquitectos, recién salidos de la Escuela, José Otamendi y Antonio Palacios, triunfan con un proyecto revolucionario. En él se adivinan, junto a detalles personales, influencias europeas y reminiscencias del plateresco español.

Madrid ve surgir varias obras de estos arquitectos, y poco a poco el gusto del público y el de los arquitectos tiende a reproducir los estilos regionales del barroco madrileño, el montañés de Rucabados; los palacios de la Exposición de Sevilla son muestra de ello. Muguruza, en el Palacio de la Prensa, y Zuazo, en el Palacio de la Música, resucitan ya la arquitectura de ladrillo y cantería, cada uno de ellos dentro de su estilo personal.

El Instituto Rockefeller, en los altos del Hipódromo, es otro hito en la historia de nuestra arquitectura. La arquitectura se mete en cotas, se hace más rigurosa y los edificios de la Ciudad Universitaria y algunos de la Gran Vía madrileña acusan las tendencias de la arquitectura cubista que viene de Europa: el barrio residencial del Viso, la obra de Gatepac, en Barcelona; el Club Náutico, en San Sebastián; el Rincón de Goya, de Mercadal, en Zaragoza, marcan una época.

Surge el año pasado la Exposición Bienal de Arte Hispanoamericano, en la que, además del Premio de Honor, se anunciaban otros cuatro premios para diferentes concursos. A pesar de la fecha para la recepción de los trabajos, la aportación de los arquitectos españoles ha sido superior en proporción a las aportaciones

hechas a las Exposiciones Nacionales. La instalación ha sido la mejor que han conocido los arquitectos españoles en mucho tiempo.

De mi experiencia personal puedo decir que, desde que en el año 1918 imaginé un monumento a las Grandes Conquistas de la Idea, utilizando el muro de una gran presa, hasta el momento presente, he procurado realizar obras de arquitectura en las que, haciendo intervenir las formas bellas de la escultura y la decoración pictóricas, no se perdiera la emoción de las grandes líneas estructurales de la construcción moderna.

Casi todos mis proyectos tienen un sentido negativo, y esto tiene su explicación: hago dos arquitecturas, una dentro de las Ordenanzas municipales, para vivir como profesional, y otra para disfrutar íntimamente, pues ya sé que es difícil realizarlas; por esto he buscado la modalidad de hacer las maquetas en materiales nobles, para que, por lo menos, tengan vida por sí.

Sin embargo, «proyecta, que algo queda», y buena muestra de ello ha sido la realización de la obra arquitectónica del Salto del Carpio, de la Compañía Mengemor, situado en las cercanías de Córdoba, y en la que aquel ingeniero de grata memoria, don Carlos Mendoza, con su fina sensibilidad, me dió oportunidad de colaborar, compensándome con creces de no haber realizado mi monumento.

A esta arquitectura y a la que se produce al estudiar los edificios de transporte, así como a aquella otra que tiene movimiento propio, es a las que denomino arquitectura dinámica, denominando aerodinámica a aquella otra que, por tener formas en las que el viento se desliza, ejerciendo una ligera presión sobre sus superficies, se pliega a sus contornos en formas que denomino aerodinámicas. Estas formas me fueron sugeridas por el ingeniero don Juan de la Cierva al darle conocimiento de mi propósito de hacer una estación de enlace de comunicaciones aéreas, por carretera y ferroviarias, en el solar de la Casa de la Moneda. Posteriormente su aplicación a la defensa pasiva me hicieron insistir en ellas.

Hoy sigo trabajando sobre estas formas por su aplicación práctica a determinadas edificaciones y como base de una posible nueva estética arquitectónica.

Todos estamos convencidos de que Madrid necesita un Palacio de Exposiciones. El mío, presentado en la Bienal, es otro. Mi proyecto se desarrolla en vertical, lo cual tiene sus ventajas y sus inconvenientes. La circulación en vertical está resuelta mecánicamente; la horizontal de masas dentro de un edificio, no. La circulación vertical es más ordenada. La masa de gente que habría que mover es semejante a la del público del «Metro». Y este público se mueve por ascensores y escaleras mecánicas, como en Piccadilly, en Londres, o como en la plaza de la Opera, en París. Naturalmente, las plantas inferiores, de gran extensión, estarán dedicadas a las Ferias y Exposiciones de gran público. Un tercio de edificio estará dedicado a Exposiciones y Museo de carácter permanente, en los que la afluencia del público sea algo menor. En el resto de las plantas existirán oficinas para las organizaciones comerciales, unas de carácter eventual y otras de carácter permanente, que estén ligadas con las exposiciones. El cuerpo superior está destinado a albergar los salones de conferencias de los Congresos. En todas las plantas del edificio existirán pequeñas salas de reunión. Serán estudios de televisión, para desde ellos poder televisar las conferencias y disertaciones sobre las Exposiciones albergadas en el palacio. Este edificio será, pues, una Torre de la Belleza y de la Industria, desde la que se harán llegar a los hogares, a los centros de estudio y a los hospitales, por la imagen y el sonido, todos los objetos expuestos en el edificio.

Otra finalidad tiene este proyecto. En el momento presente, los rascacielos americanos parece que han parado su carrera ascensional. El último proyecto del que tenemos noticias llega hasta una altura total de 474 metros, con una masa de fábrica de un 40 por 100, y de allí asciende tan sólo con una antena metálica hasta la altura *record*.

Otro detalle interesante es ver el efecto del viento sobre la fachada del edificio de la O. N. U., recientemente terminado. La fuerza del huracán fué tan violenta, que el viento y el agua, después de romper las superficies acristaladas del

edificio, penetraron en su interior, destrozando parte del mobiliario. Su situación al borde del río Este y la rigidez de su estructura han favorecido este suceso.

Yo me pregunto si esto no se hubiese resuelto si se le hubiese dado a la planta una forma elíptica, semejante a la de mi proyecto de Palacio de Exposiciones. Creo que la torre de Chrysler Building y las torres de la Sagrada Familia, de Gaudí, pueden marcar el tipo de las futuras construcciones superelevadas del porvenir.

El arquitecto Franck Lloyd Wihgt, que, con el finlandés Santo, está a la cabeza del actual movimiento de la arquitectura orgánica, ha hecho más humano el movimiento de arquitectura tectónica de Le Corbusier.

Creemos que el interés despertado en el momento presente no debe decrecer. Yo, a pesar de todo, pienso seguir mi camino emprendido: el interés del público. La consulta hecha por mí recientemente a un grupo de buenos amigos de distintas técnicas, palabras de aliento que recibo de Barcelona, Buenos Aires y otros sitios, me obligan a ello.

Ya en el momento presente, y en colaboración con personas de una gran preparación científica, he puesto en fórmulas el faro de Colón. El perfil de la torre «faro de Colón» viene dado por una ecuación diferencial de perfil de igual resistencia, que conduce a una ley exponencial.

La determinación matemática de la rampa se obtendrá por un sistema de ecuaciones, una de las cuales será el perfil de la superficie, y la otra, una ecuación diferencial, expresión del movimiento infinitesimal de un punto sobre dicha rampa, y será distinta según consideremos la pendiente de dicha rampa constante o variable.

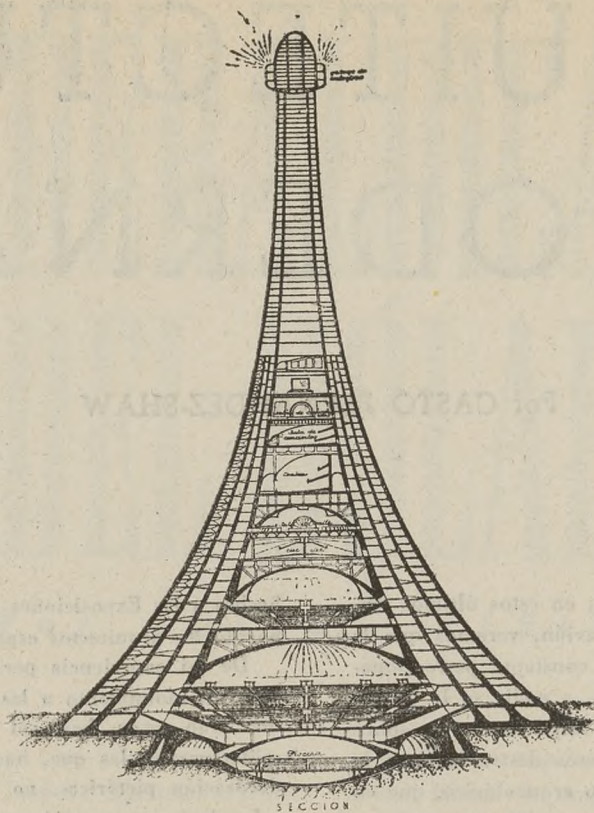
La proyección de esta rampa es una espiral, que, en el caso de pendiente constante, es de expresión complicada. Se simplifica su ecuación diferencial si, en lugar de rampa de pendiente constante, se admite como constante la pendiente de la proyección de la rampa sobre las superficies cilíndricas verticales que pasan por cada uno de sus puntos, lo que da una rampa de pendiente levemente creciente, favoreciendo su estética y su función.

Por otra parte, los trabajos de la escuela de «Scripta Matemática», las realizaciones de Gabo y Server, las estructuras de la sala de Exposiciones y estaciones ferroviarias, las creaciones de la escultura abstracta, nos llevan a una nueva visión del mundo de las formas, donde existen posibilidades infinitas para asociar la belleza y la ciencia en una superación de emociones estéticas.

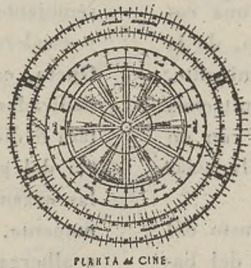
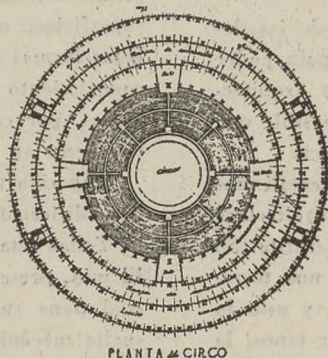
No quisiera terminar este trabajo sin tocar el tema, hoy más interesante que nunca, del estilo de nuestra arquitectura.

Hoy el arquitecto tiene que proyectar simultáneamente una iglesia gótica mudéjar para Andalucía, una Casa-Ayuntamiento renacentista, un edificio de transporte en Marruecos y una casa de viviendas para Madrid; es decir, a cada hora del día tiene que cambiar la onda de su imaginación para centrarse sobre el proyecto que tiene sobre la mesa.

Fuera de España se puede decir que el 80 por 100 de lo que se realiza o es de arquitectura funcional o empieza a ser arquitectura orgánica. Nosotros vamos más allá y buscamos una nueva estética para determinadas construcciones. La realidad es que en nuestro Madrid ya estábamos tranquilos, apoyados en una arquitectura como la de Villanueva, con elementos de otras arquitecturas clásicas, soluciones a base de pizarras y chapiteles para rematar los edificios y respeto máximo para las Ordenanzas Municipales. Los arquitectos madrileños somos unos buenos chicos, que vamos caminando por la senda marcada. Únicamente,



FARO MONUMENTO A COLÓN.—Proyectado para la República de Santo Domingo, tendría una altura de 180 metros con dos rampas—una de subida y otra de bajada—sobre las ramas helicoidales. La mole del faro, impelida por potentes motores de acorazado, giraría sobre la tierra.



PLANTAS DEL FARO DE COLÓN.—En el interior del faro irían un salón abovedado, dedicado a Colón y a los colonizadores; una capilla y las tres plantas que recoge el grabado: circo, cine y teatro. El proyecto data de 1929 e iría situado en un gran campo de aviación panamericano.

hemos de confesarlo, no estábamos conformes con la supresión parcial o total de las terrazas. No comprendemos estas «raciones» de cubierta que van apareciendo. Creemos que esto es un tema para tratarlo más despacio y con más eficacia. Teníamos, pues, una arquitectura cortés y, por qué no decirlo, cómoda, y nos dedicábamos a llenar impresos de las mil incidencias de la obra. Por tenerlo todo, teníamos hasta la obra cumbre de esa arquitectura: el Ministerio del Aire. Hemos de confesar que, al llegar a la Bial en la fecha oficial de entrega de las obras, el día 31 de agosto, nos hicimos algunas ilusiones sobre nuestro trabajo; pero al ver aparecer las maquetas de Gutiérrez Soto, al presentarse la obra máxima de una arquitectura que durante diez años nos había marcado un rumbo obligado y que tenía una significación espiritual, nos dimos cuenta, hasta un poco avergonzados, de nuestra osadía.

El fallo de la Bial, con toda su fuerza de hecho consumado, nos deja perplejos y desconcertados, y yo pregunto: ¿Va a tener influencia o no este fallo en la ordenanza arquitectónica de Madrid? ¿Va a seguir la rigidez de las normas actuales? ¿Vamos a ir a otra más flexible o todo queda en ensayo? Es interesante y obligado hacer notar que las ideas que han prevalecido para la ordenación urbana de Madrid están hechas por arquitectos conscientes, que han procurado acertar, con un buen deseo insuperable, y que no están solos. Con motivo del reciente coloquio de Darmstadt, el insigne filósofo español don José Ortega y Gasset escribe un artículo del mayor interés para los arquitectos. Pinta con emoción el espectáculo de los arquitectos alemanes jóvenes y viejos, que con un gran espíritu se ocupan de todos los problemas suscitados por una reconstrucción de la Alemania destruida hasta poder considerar la ruina como afrodisíaco. Sin embargo, no trataron de un problema esencial para Ortega y Gasset: el problema del estilo en arquitectura.

Considera que un arquitecto que hace un proyecto con estilo personal no es estrictamente un buen arquitecto. Considera que los edificios son un inmenso gesto. Considera, por tanto, que deben prevalecer unas formas estilísticas comunes. Y yo pregunto: ¿Ibamos por buen camino o no? ¿Vamos los arquitectos a seguir marchando, en un siglo en que todo prospera, pegados a una arquitectura tradicional, o, por el contrario, esas formas estilísticas comunes se han de referir también al ambiente que nos rodea? La pintura y la escultura modernas, si sobreviven, ha de ser gracias a una arquitectura adecuada.

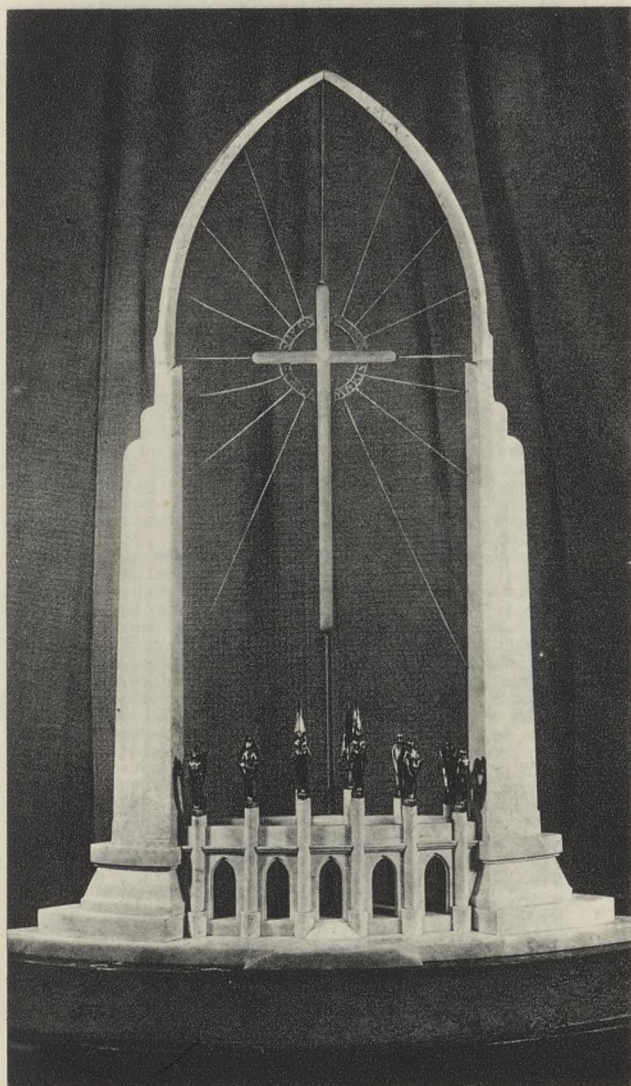
Yo espero que en las sesiones de crítica de arquitectura que con tanto acierto son llevadas por nuestro compañero Carlos de Miguel, aunque dentro de un círculo reducido, tal vez obligado, el eximio filósofo Ortega y Gasset nos dirija la palabra. Sería magnífico que, lo mismo que Salto, otros arquitectos, como Franck Lloyd Wihgt, como Le Corbusier, expusieran sus teorías. Espero también que los dirigentes de nuestra arquitectura mediten sobre la forma de acudir a nuevos certámenes en que esté representada la arquitectura y que ésta no salga malparada, por facilitar premios tal vez merecidos a otras artes, dando la sensación de nuestra despreocupación o nuestra timidez. Queremos una colaboración leal con todo el mundo; queremos reaccionar de nuestros desfallecimientos con fuerza semejante a la de esos técnicos alemanes que saben mantener su espíritu ante los infortunios.

Hoy más que nunca tenemos que estar unidos los arquitectos españoles; pero para que esta unión sea posible tenemos que cumplir todos con nuestro deber, cada uno en el puesto que ocupa, con una moral elevada y con un gran amor a la profesión.

ARQUITECTURA MODERNA



UN RASCACIELOS EN NUEVA YORK.—El edificio, alto y esquemático, levantado para sede de la O. N. U., muestra ya, recién estrenado, la acción de los elementos.

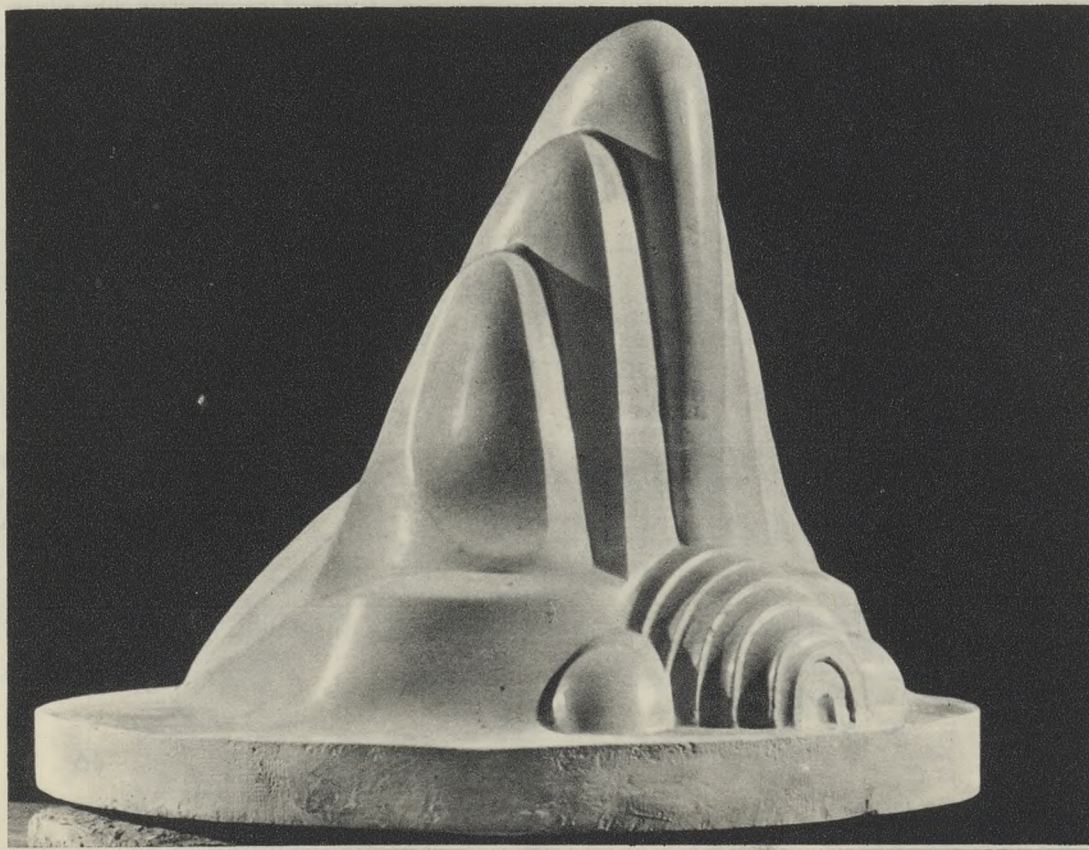


MONUMENTO A LA PATRONA DE LOS NAUFRAGOS.—Este proyecto fué encargado al arquitecto señor Fernández-Shaw por el Ayuntamiento de Cádiz para su construcción a la entrada de la bahía gaditana. Las formas góticas han sido estilizadas teniendo en cuenta la fuerza del viento.



FARO MONUMENTO A COLON.—Vista de la maqueta, con su rampa de subida y bajada circundando el airoso y circular trazado. Su formidable altura, 180 metros, simbolizaría la grandiosidad de la gesta española del Descubrimiento.

BASILICA DEL SUMO HACEDOR.—Proyecto del arquitecto señor Fernández-Shaw. La nave central, de planta circular, en majestuosa espiritualización y moderna concepción de la arquitectura religiosa, estaría dedicada a la creación de la tierra.



LAS CIUDADES DE AMÉRICA NACIERON ASÍ

Una de las Leyes de Indias ordena «que siempre se lleve hecha la planta del lugar que se ha de fundar, que se dividirá por plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales, y dexando tanto compás abierto, que, aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma».

A la vista de este gran libro, «Planos de ciudades iberoamericanas y filipinas existentes en el Archivo de Indias», que acaba de publicar don Julio González González, editado con todo lujo y pulcritud por el Seminario de Urbanismo, y que comprende 340 reproducciones y descripciones de planos de primitivas ciudades o núcleos de población americanos y filipinos, nos parece tener ante nuestros ojos una gran parte de aquellas células urbanas, de cuya expansión nacieron las hoy grandes ciudades de América, cuyas primeras piedras pusieron los conquistadores de acuerdo con las «traças» ya delimitadas en su concepción y estructura por las Leyes de Indias. Esto demuestra, en primer lugar, que la obra de los conquistadores españoles no fué tan improvisada como pudiera parecer a primera vista. Ya que, mientras los conquistadores conquistaban, es decir, sometían a los indígenas y recorrían las selvas, los gobernantes pensaban en el Nuevo Continente y los legisladores estudiaban y ordenaban hasta los más mínimos detalles de la gran obra. Unos y otros tenían conciencia de que estaban construyendo un mundo a marchas forzadas.

Se ha escrito mucho sobre la importancia de la conquista de América en sus aspectos político, religioso, social y artístico. Y faltaba, sin duda, un trabajo extenso en que se estudiase la gran documentación que existe en el Archivo de Indias sobre el proceso de formación y desarrollo urbanístico de los hoy grandes núcleos de población del Nuevo Continente. De esas ciudades americanas, cuya iniciación no se pierde en una nebulosa de siglos, como el de las viejas ciudades europeas, sino que tienen un fundador, un plano previo y una fecha determinada.

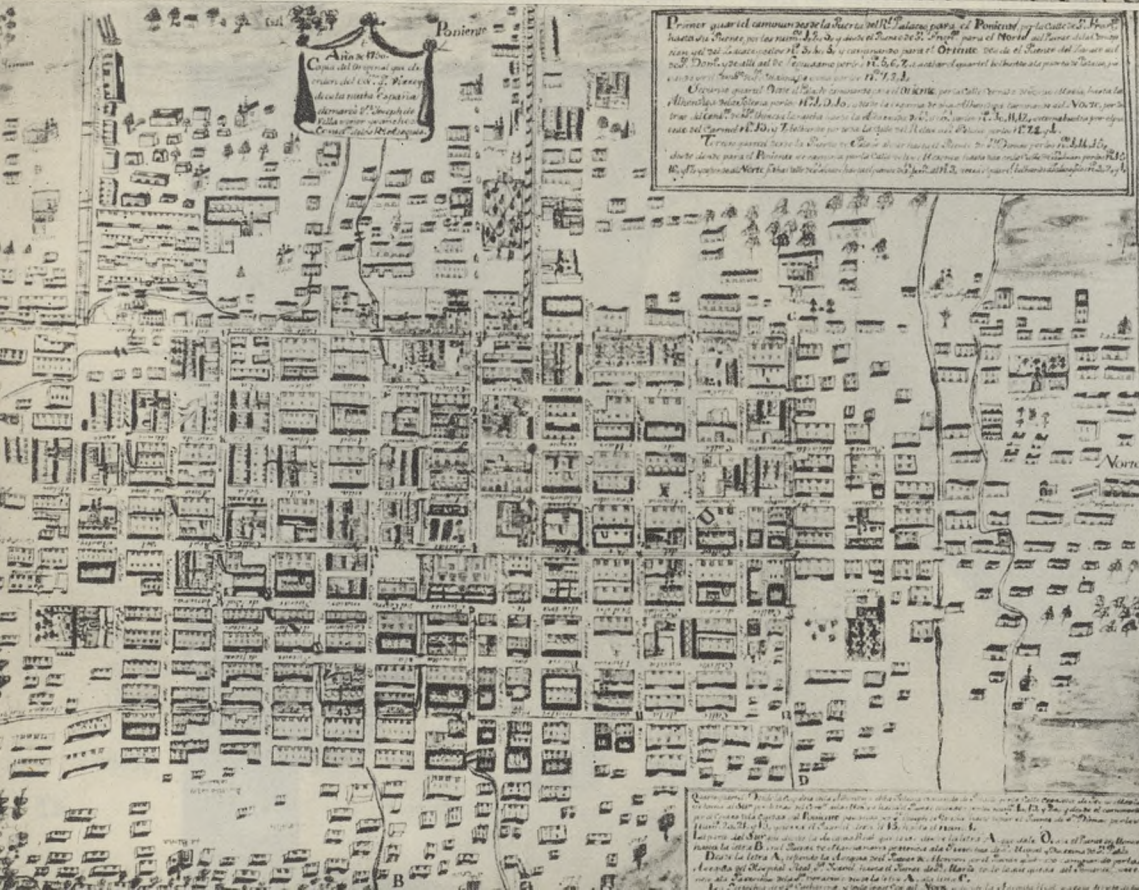
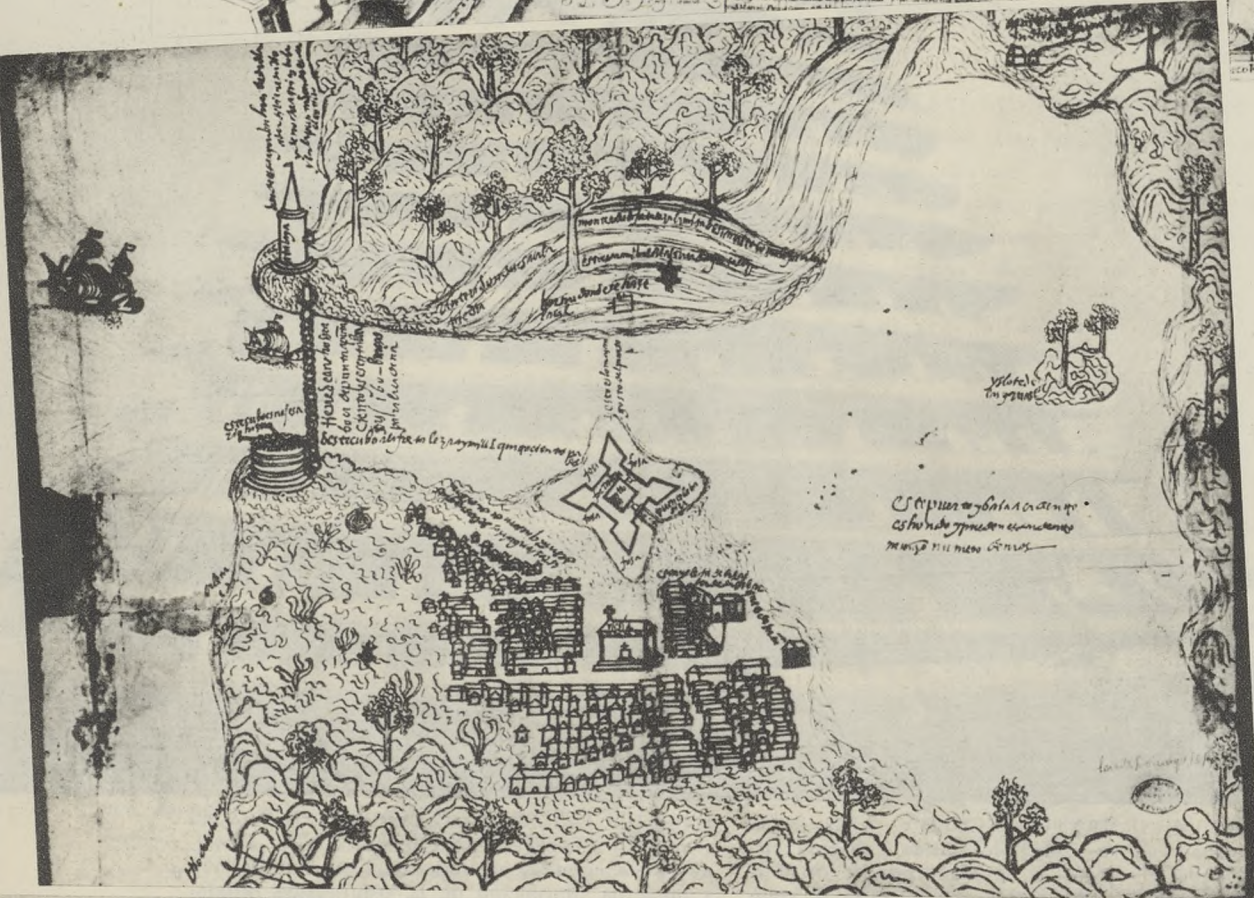
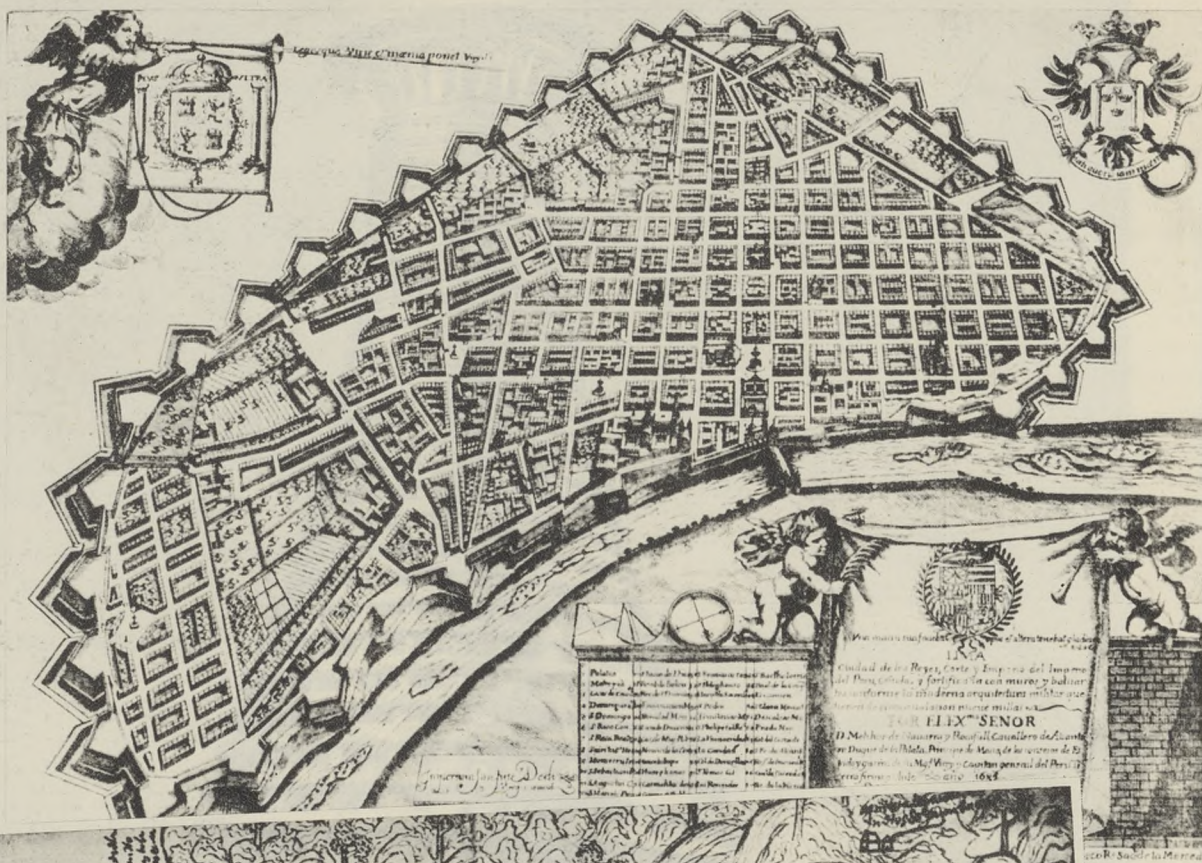
A nuestro juicio, supone la fundación de los pueblos y ciudades de América uno de los aspectos más importantes de la colonización, ya que los españoles, en América, al contrario de lo que suele suceder en el caso de otras colonizaciones o invasiones, sólo en poquísimos casos pudieron o quisieron utilizar los rudimentarios núcleos urbanos pertenecientes a los pueblos aborígenes, dada su escasa o nula utilidad. Casi todos los núcleos urbanos sobre los que iniciaron los conquistadores el desarrollo de la vida, tuvieron que ser previamente fundados por ellos. Por eso tiene tanta importancia la concepción urbanística, ya que es a través del nacimiento y crecimiento de sus ciudades como podemos comprender la importancia de aquellos grupos humanos, para los que las ciudades americanas fueron el crisol en que se fundieron razas y civilizaciones heterogéneas, hasta lograr en el transcurso de tres o cuatro siglos esas grandes unidades urbanas que son las capitales de América, en las que cristalizó el nuevo espíritu y la conciencia de veinte nacionalidades independientes, con influencia política y social, en el mundo civilizado de Occidente.

Ya se habían hecho en este sentido obras tan importantes como la de don Diego Angulo sobre «Planos de monumentos de América y Filipinas existentes en el Archivo de Indias». Pero si los planos de monumentos tienen extraordinaria importancia para la historia del arte, este libro de don Julio González sobre planos de ciudades tiene una importancia aún mayor, ya que, a través de esta serie de planos, podemos ver cómo nació América a la vida urbana y, por tanto, a la vida de la civilización, pues en sus núcleos urbanos es donde tiene asiento y desarrollo la cultura europea, que iban trasplantando allí misioneros, políticos y conquistadores.

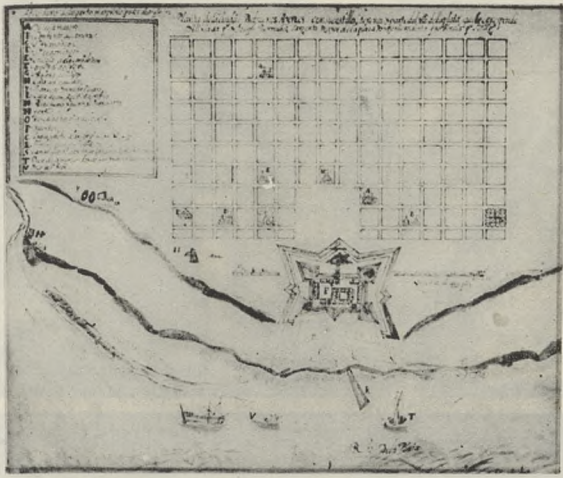
Por estos planos primitivos, trazados en su mayoría en los siglos XVI y XVII, verdaderos siglos de oro de la colonización y la urbanización de América, podemos seguir el proceso de crecimiento, a veces rapidísimo, de las grandes capitales de Hispanoamérica. Y podemos ver los distintos órdenes y normas que seguía la urbanización, primero por una clasificación general de los tipos urbanos y por las normas, casi siempre preconcebidas y prefijadas por la legislación, de las plazas, calles, emplazamiento de edificios civiles y fortificaciones, de acuerdo con el valor estratégico de las fundaciones y su posible importancia en relación con el tráfico marítimo, fluvial o terrestre de la época.

En uno de los párrafos del prólogo que precede a la obra se cita como detalle importante y verdaderamente sorprendente el hecho de que entre 1496 y 1558, año en que muere el emperador Carlos I, se hayan fundado en la América hispana las siguientes ciudades: Santo Domingo, 1496; Venezuela, 1499; San Miguel de Balbos (Panamá), 1513; Santiago de Cuba, 1514; Río de la Plata (Argentina), 1516; Guatemala, 1517; Campeche (México), 1517; Panamá, 1519; Nombre de Dios (Panamá), 1519; Santa Marta (Colombia), 1525; Trujillo (Honduras), 1525; Tumbes (Perú), 1526; Guadalajara (México), 1530; Puebla de los Angeles (México), 1531; Cartagena de Indias (Colombia), 1533; Cuzco (Perú), 1535; Quito y San Francisco de Quito (Ecuador), 1532; Guayaquil (Ecuador), 1535; Trujillo (Perú), 1535; Buenos Aires, 1535; Lima, 1535; Coquimbo (Chile), 1537; Bogotá (Colombia), 1538; Santiago de Chile, 1541; La Serena (Chile), 1544; Potosí (Bolivia), 1546; y Concepción (Chile), 1550.

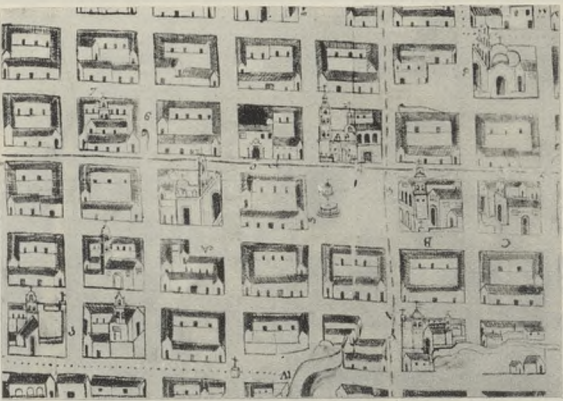
Tanto por lo que se refiere a la organización como a la impresión de la obra del señor González González, ha sido un acierto la distribución de las materias en un doble volumen: de couché, el tomo para las láminas de los planos, y de papel mate, la impresión de los textos o descripciones. Ello hace de más fácil manejo este libro documental y de gran interés histórico.



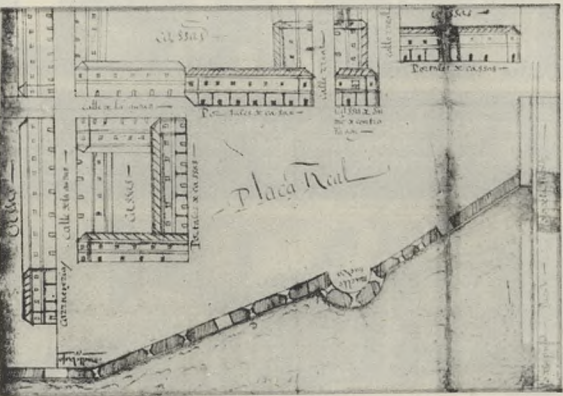
ARRIBA: PLANO DE LIMA EN 1685. CENTRO: LA HABANA EN EL SIGLO XVI. ABAJO: PLANO DE MEXICO EN 1750.



LA CIUDAD DE BUENOS AIRES EN 1708.



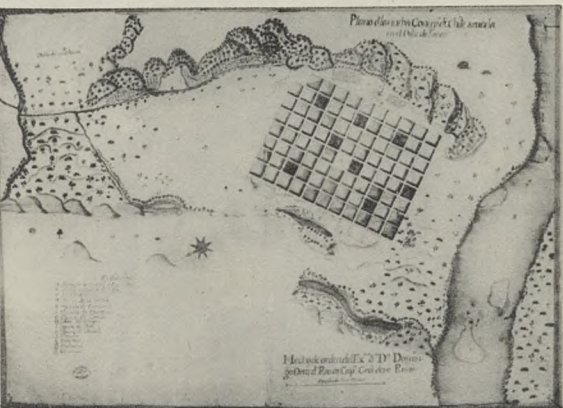
LA PLATA SUCRE (PORMENOR) EN 1779.



CARTAGENA DE INDIAS (MUELLE) EN 1571.

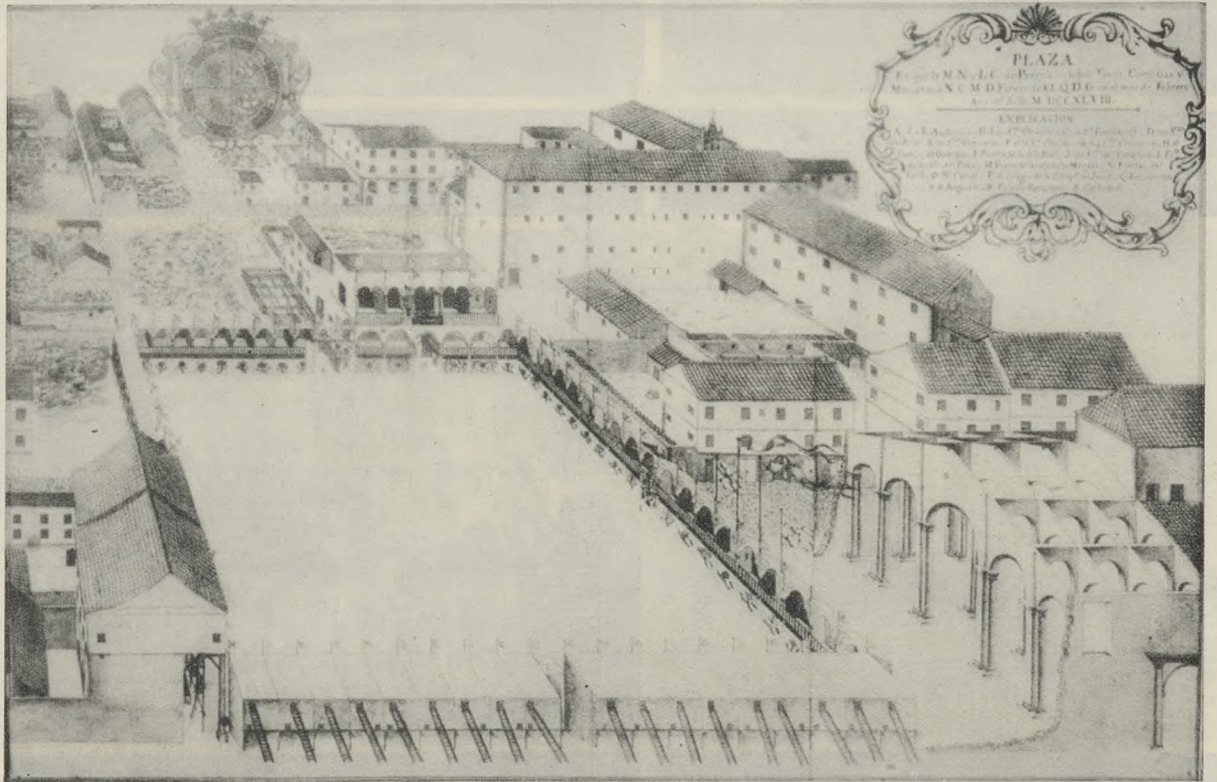


PLANO DE LA CIUDAD DE MANILA EN 1671.



EL PLANO DE LA CONCEPCION EN 1752.

À LA DERECHA: PLANO DE SANTO TOMÉ DE GUYANA (1637). CENTRO: CUZCO (SECTOR) EN 1778. ABAJO: PERSPECTIVA DE PANAMA (SECTOR) EN 1748.



ALBA de AMERICA

Director:
JUAN DE ORDUÑA

Producción:
CIFESA

Argumento, guión y diálogo:
JOSE RODULFO BOETA

Intérpretes:

ANTONIO VILAR
MERY MARTIN
VIRGILIO TEIXEIRA

MANUEL LUNA
EDUARDO FAJARDO
JOSE SUAREZ

con la colaboración de
AMPARO RIVELLES



Ultimo cuarto del siglo XV. Estamos en España, durante el reinado de Isabel y Fernando, en la época de su lucha por la unidad hispana, cuando casi ha terminado la Reconquista.



Por aquellos días llega a España el marino Cristóbal Colón. Viene con la ilusión de exponer a los Reyes Católicos un fabuloso proyecto. En La Rábida conoce a Alonso Pinzón.



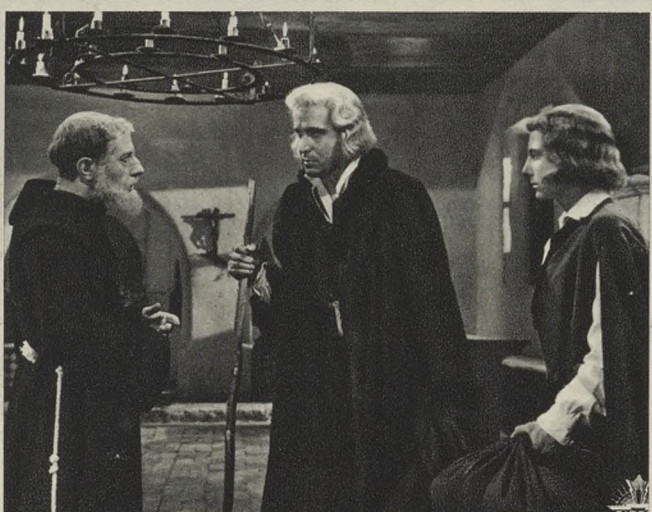
En el Monasterio de La Rábida, en presencia de Fray Juan Pérez, Antonio de Marchena y Garcí-Fernández, físico de Palos, Colón expone sus teorías... Causan asombro y recelo.



El marino logra que los Reyes de España nombren una Junta para escucharlo. Y la voz apasionada de Colón va diciendo la gran realidad que hay en sus sueños descubridores.



Colón no tiene suerte con la Junta. Ha de esperar años hasta que llegue el momento fijado por los Reyes para interesarse en su proyecto. Llega con la rendición de Granada.



Colón cree llegado el instante de que los Reyes Católicos hagan posibles sus sueños, pero surge un nuevo impedimento. Vuelve a La Rábida para recoger a su hijo y salir del país.



A punto de marchar, cuando Fray Juan Pérez logra otra entrevista con los Reyes. Y Colón escucha ilusionado las palabras reales, que le conceden cuanto pide para su viaje.



Todo está preparado para la marcha, cuando los hábiles manejos del enemigo del marino, Isaac y Gastón, consiguen que Colón no encuentre marinos para sus embarcaciones.



Colón logra hacerse con tres carabelas, la «Santa María», la «Pinta» y la «Niña». Y, después de un angustioso viaje, el día 12 de octubre de 1492, España descubre América.



El momento en que Cristóbal Colón da cuenta a los Reyes Católicos del resultado de su viaje—el descubrimiento de un Nuevo Mundo—reviste una gran emoción y grandeza.



Los Reyes Católicos apadrinan al primer indio cristiano. España ha hecho posible el suceso más grande de la Historia de la Humanidad, después de la predicación del Evangelio.

TEATRO DE ESPAÑA EN TIERRAS DE AMERICA

LA compañía «Lope de Vega», nacida en Granada (España) a la vida del arte dramático, recorrió los escenarios españoles durante cuatro años en un aprendizaje arduo y entusiasta, resucitando ante los pórticos de nuestras catedrales suntuosos autos sacramentales de Calderón. En este repertorio clásico fueron apareciendo hora a hora obras de Shakespeare, Schiller y hasta piezas modernas de Cocteau y Thornton Wilder.

No sólo fué tarea fervorosa, sino que muy pronto se advirtió en este conjunto una gran maestría técnica.

Una vez consolidada la ilusión y el trabajo de esta compañía, se lanzó a regalar a los países americanos de lengua castellana una antología de nuestro mejor teatro. Elementos estudiantiles a profesionales se aunan para brindar a América un teatro limpio, libre y desinteresado.

Empieza en Cuba su «tournée». «Peribáñez y el comendador de Ocaña», «Los intereses creados», «El anticuario», constituyen los primeros éxitos en el Anfiteatro Municipal y la Sala de Auditorium, éxito que corrió rápidamente a las ciudades del interior en un recorrido triunfal.

En Puerto Rico se representan veintidós obras distintas por espacio de sesenta y dos días. «La vida es sueño» triunfa en la Universidad y la compañía es la encargada de inaugurar el Teatro Tapia con «Otelo». Recorren una docena de poblaciones con «Don Juan», «El alcalde de Zalamea», «Crimen y castigo», «La cena del rey Baltasar», «Nido ajeno», etc.

En Colombia salen a escena obras contemporáneas: «Celos del aire», «En la ardiente oscuridad», «Dos mujeres a las nueve». Cerca de un año dura esta actuación de 432 representaciones de veintidós obras del repertorio. Cuatro meses dura la temporada en el «Colón», de Bogotá, y 50.000 espectadores presencian en la plaza de Bolívar, de la antigua Santa Fe de Bogotá, el auto sacramental «La cena del rey Baltasar». Dieciséis localidades: Medellín, Cartagena, Santa Marta, Cali, etc., con piezas como «Hamlet», «María Estuardo», «Amores y amoríos», «Tierra baja», «Otra vez el diablo», etc.

El Teatro Municipal de Caracas, el Radio-Teatro de «La Voz Dominicana» y el Teatro Nacional de Panamá presenciaron y alabaron a la Compañía Lope de Vega, portadora de un mensaje artístico tan selecto como cuantioso.

Al abandonar la compañía San José de Costa Rica, después de cuarenta días consecutivos de aplausos, y despedirse de América, había hecho una ruta de más de treinta mil kilómetros, con sesenta y nueve temporadas en sesenta y dos ciudades, ofreciendo mil doscientas representaciones para el público, siete autos sacramentales en plazas públicas, sesenta y una funciones especiales para estudiantes y treinta y dos para Universidades, hospitales, centros de cultura y beneficencia. Había salido de España en octubre de 1949 y ha regresado en agosto de 1951. Actualmente actúa en Madrid, en el Teatro de la Comedia, con éxito espléndido.

El lema de esta compañía («Sobre todo, el corazón», «Camina mejor quien va mirando a las estrellas») es una hermosa y esforzada realidad. Por eso el nombre de José Tamayo (director) y el del actor Carlos Lemos tienen hoy el prestigio que tienen, conseguido todo ello por voluntad y dedicación artística.



Un auto sacramental de Calderón de la Barca emociona —conmociona— tanto en la República Dominicana como en Venezuela. En estas fotos, *La cena del rey Baltasar*, representada al aire libre; arriba, en el Parque Sixto Escolar, de Puerto Rico; abajo, ante la Catedral de Santa Fe de Bogotá, en Colombia. En las otras fotos, el público—el pueblo—hispanoamericano asiste a las representaciones: en La Habana, en Medellín de Colombia, en Caracas, en toda la América recorrida por la compañía.



TREINTA DIAS EN DOCE FOTOS



El señor González Amezúa, de la Real Academia Española, es recibido en el Palacio Nacional de México por el Presidente Alemán.



Alumnos asistentes a la inauguración del curso en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, del Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, celebrada en el mes de enero.



En Madrid fué inaugurado el Club de Prensa, en su residencia de Pinar, 5, con asistencia de numerosos políticos, escritores y periodistas españoles y de Hispanoamérica.



El ministro de Información impuso en Madrid la encomienda del Mérito Civil al periodista «Adeflor», director de «El Comercio».



El Caudillo de España y doña Carmen Polo de Franco despiden a Su Alteza Imperial el Jalifa, quien fué huésped en El Pardo de Su Excelencia el Jefe del Estado español.



El señor Arburúa, ministro de Comercio del Gobierno español, durante un coloquio de los que se celebran, con gran éxito, en la Escuela Oficial de Periodismo, de Madrid.



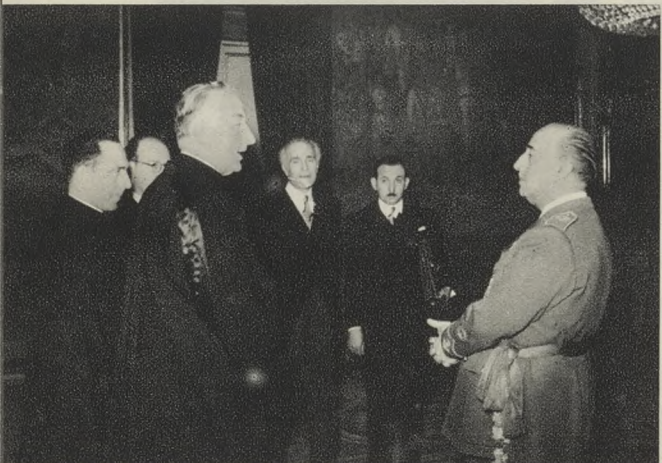
Recital de danzas típicas dado en el I. de Cultura Hispánica, de Madrid, por los becarios argentinos del citado Instituto en España.



El poeta chileno Carlos Sander en el recital de sus poemas que ofreció desde la cátedra Ramiro de Maeztu, del Instituto de Cultura Hispánica, en el pasado mes de febrero.



El Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Giménez, ministro español de Educación, en la entrega al doctor Carlos Blanco Soler del título de miembro de honor del I. de Cultura Hispánica.



Su Excelencia el Jefe del Estado recibe en El Pardo a la Comisión de Arte del Congreso Eucarístico que se celebrará en Barcelona.

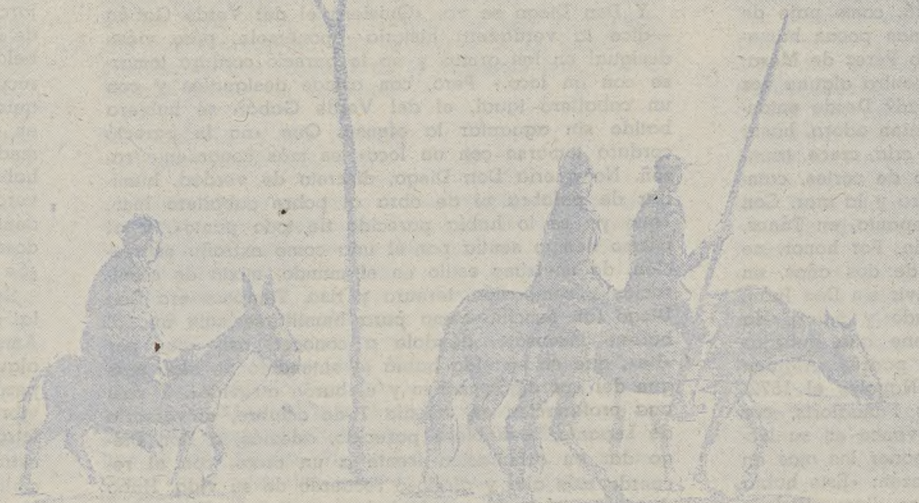


El Generalísimo Franco, acompañado de los artistas que intervinieron en el concierto de música y danza españolas dado por el Ateneo en el Teatro Español, de Madrid.



Inauguración del nuevo edificio central de la Sociedad General de Autores de España, en la calle de Fernando VI, de Madrid, con asistencia del ministro de Educación Nacional.

Aniversario de Lepanto en la aldea



A Francisco Sintes, artillero y ahora rector de las bibliotecas de España.

Dice la Academia Española, en su «nueva edición corregida» de 1780, que, sobre la media mañana, y tal día como el pasado martes, 7 de octubre, la yegua fina de Don Diego alcanzó al poderoso Rocinante. «Camino de Santiago, tanto anda el loco como el sano.» Así, cabalgaron, a la par, el más discreto y el más orate de los caballeros del mundo.

Era muy bueno el día, fresco el aire, recién humedecido el campo y una gloria el cielo, donde, sueltas por el azul, bogaban unas nubes, de esas inaugurales del otoño, blancas, lentas y enormes, que iban moviendo, sobre la llanura soleada, islas de sombra. Habían caído, los días pasados y la pasada noche, dulces lluvias, agua para la hierba nueva y para los mantos futuros de la flor del azafrán. Al paso de los dos caballeros, se ofrecía la tierra llana y redonda, luminosa y pobre, con partes de viña y olivar, tal ramo de pinos en la loma, alguna galería de álamos en las arroyadas y unos cerrillos azulados, allá a lo lejos. El viento, a rachas, movía las aspas de un molino. Un bando de perdices se levantaba del barbecho. De una quintería, junto a la charca, llegaban unas voces arreando bestias. Se careaba un hato por el pasto aun raído o una pizarra, so el medrado encinal.

Iban, la rienda en el arzón, a descuidado paso los caballeros, y Sancho a medias les acompañaba, a medias les seguía. Trababan, Don Quijote y Don Diego, su contenciosa y feliz conversación, se contaban uno al otro sus vidas, como antiguamente se usaba, y de este modo, iban haciendo pronta y grande amistad.

Se igualaban los dos, entonces, más o menos por los cincuenta de su edad y habían nacido al mediar del Siglo de Oro. Aparecía, sin embargo, el Don Diego, mucho más joven y sin canas, más alegre y tranquilo y menos alto, seco, solemne y terminante, que Don Quijote. Casas de aldea, con labor, eran las de los dos hidalgos, pero, la una, renombrada y rica, y la otra, oscurecida, falta de heredero varón y estrechada por el corto haber. Bien casado, con una mujer hermosa e hijos como una flor, vivía el del Verde Gabán; y el de la Triste Figura, mozo viejo, con su ama y sobrina. Desplegaba, el uno, todo el regalo de su mesa y casa en los «no nada escasos convites» y recataba, el otro, en rotos manteles, menos que mediano pasar. El velarte anticuado, el vellorí, el velludo, el lienzo de hilo casero, los pantuflos de Don Quijote, mal se compadecían con el veinticuatro nuevo de Segovia, el terciopelo de Italia, la seda de Valencia, los borceguíes recamados de oro y las camisolas

de Cambray que usaba Don Diego de Miranda para andar por la aldea.

Raro, discreto, exacto, airoso de elegancia, se apareció aquel día, que salió vestido a la jineta por el campo de otoño, no tan galán como para cortejo, pero sí como le cumplía para visitar a un su compañero de armas, morador del pueblo vecino. Se obligó, por alguna razón, a ceñir aquel morisco alfanje, con su tahalí verde y oro, y, por hacerle juego, aunque traía el traje y arreo bien cortados a la española, morisco era su juego de colores, en telas y espuelas, bota y guante, montera y jaeces, verde, leonado y morado, gala de romance de cañas para jinetes grandinosos.

...

Pero mucho más que en este ornato exterior o del cuerpo, se contraponía él a Don Quijote en el interior o del alma. A lo largo de ciento veinticinco capítulos y en meses caudalosos de pláticas y peripecias, nos es dado seguir a Don Quijote, sin que de él sepamos, jamás, que pisase iglesia alguna, ni cumplierse con el domingo, ni aun de Pascuas, mientras este otro del Verde Gabán, éste sí, desde su primer día y en un solo capítulo se nos descubre como de misa diaria y devoto de Nuestra Señora.

Pues ¿y qué decir de las lecturas de ambos? Junto a Don Quijote cien cuerpos de libros, casi todos de caballerías, que le hicieron los sesos agua, mientras Don Diego no admitió jamás que estos tales entraran «por los umbrales de sus puertas» y declaró tener «hasta seis docenas de libros»—que ya serían más—«quales de romance y quales de latín», sin contar los que decía él «de honesto entretenimiento, que deleyten con el language y admiren y suspendan con la invención»... Tenía unas veces en sus manos el *Flos Sanctorum*, traducido por Alonso de Villegas, o la *Guía de pecadores*, de Fray Luis de Granada, o los *Nombres de Cristo*, de el de León, o los *Excertitia Spirituality*, del Padre Ignacio de Loyola, hombre que a todos los de doctrina y disciplina él prefería como a gran caballero de España y verdadero Capitán de Cristo. Otras veces, cogía Tito Livio o Florián de Ocampo, la *Conjura de Catilina*, de Salustio, o la *Guerra de Granada*, de Mendoza; la *de Alemania*, del Emperador, por Avila y Zúñiga, o los *Comentarios*, de César, y aun relaciones nuevas de Indias o las viejas de periplos clásicos. Y, otras veces, se hallaba más a punto para la *Celestina* y la *Lozana*, el *Alivio* y el *Patrañuelo*, *Guzmán* y *Lazarillo*, el *Corbacho* y la versión de la *Fiameta*; y, otras, leía versos en latín y

romance, dramas, comedias, novelas pastoriles y selvas de aventuras, tal cual tratado de filosofía, Séneca o Cicerón; los *Morales y Vidas*, de Plutarco; la *Historia Naturalis* de Plinio; Guevara y Castiglione; la *Agricultura general*, de Alonso de Herrera, o las *Flores de Albeyteria*, de Arredondo, por el gusto de mulas y caballos. Leyó en su original los dos *Orlandos*—el *Innamorato* y el *Furioso*—y algún que otro libro de Italia, pues, al igual de Don Quijote, se preciaba de saber el toscano. Coincidió asimismo con el de la Triste Figura en lo de tañer la vihuela y cantar, cosas que hacía ya raras veces, pero siempre con extremada perfección, delicadeza y brío.

En la vida exterior y ordinaria, parecía Don Diego mucho más alegre que Don Quijote; pero, en alguna extraordinaria soledad, Don Diego se veía transido de melancolía infinita, y Don Quijote como raptado por delirios de júbilo. Empezaba el Ingenioso Hidalgo, en muy madura edad, a encenderse en todo su ser con la desatinada esperanza de que su existencia futura fuese alegre milicia, enamorada, heroica y fabulosa, y todo esto, ya, para Don Diego, no era sino pura y temblorosa memoria. A las altas horas, alguna de esas noches quietas e iguales, se oyó a Don Diego, que allá, en su estancia de la torre, cantaba una canción antigua. Se supo también que, melancólicamente, solía hojear con gran amor cierto libro, medio negro de pólvora y de sangre, la *Práctica Manual de Artillería*, del capitán Collado, porque se recordaba con él del modo de terciar un cañón, del hacerle la mira a la tudasca, del clavarle en el último trance, del ponerle a la hora de nacer, en la fundición, el molde del alma bien equilibrado y derecho, que por ninguna parte fuese débil la material y casi corporal o carnal envoltura. ¡Arte difícil! Aun había disparado él cañones del Emperador, almas derechas, a la voz de fuego, que en el collar de bronce llevaban, más que mote de guerra, esculpida la última razón: «Plus Ultra».

...

Don Diego de Miranda no ha vivido siempre en la aldea. Ha tenido una vida que se puede considerar como la de Don Quijote al revés. «Hace al principio el cuerdo—dice Gracián en el *Oráculo*—lo que el loco al fin. Lo mismo obra el uno que el otro: sólo se diferencian en los tiempos, aquél en su sazón, éste sin ella.» Don Diego, ahora es, por muchos años, lo que, por muchos años, fué Don Quijote: madrugador, amigo de la caza, morador en su aldea y aun, con alguna vena de pasar una que otra noche de claro en claro,

sumido en lecturas, en memorias y en sueños. Antes de fincar en la aldea, y hasta un poco pasados los treinta años, la vida de Don Diego fué, a su tiempo y modo, lo que ahora, fuera de sazón y de tiempo, quiere ser la de Don Quijote: proezas y aventuras, armas y amores. Como Don Antonio de Guevara en su *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea*, Don Diego pudo repetir: «Desde niño, muy niño, la Corte me nocí, a muchos príncipes en ella alcancé, varias fortunas en sus casas vi, varios oficios con ellos serví, en guerras trabajosas y por mares peligrosos los seguí, mercedes muy señaladas de ellos recibí y aun con adversidades y fortunas en sus Cortes me hallé.»

De niño, entra Don Diego en Alcalá, como paje de Don Juan de Austria. Allí estudia unas pocas humanidades y se distingue, con el maestro Pérez de Mesa, en matemáticas y geometría. ¿No encuentra alguna vez allí a Cervantes, muchacho de su edad? Desde entonces sigue a Don Juan de Austria, a quien adora, hasta que Don Juan muere. A su sombra se cría, crece, triunfa, sufre y se desengaña, a lo largo de cortes, campamentos, viajes y guerras por la tierra y la mar. Con Don Juan está en la Alpujarra, en Lepanto, en Túnez, en Nápoles y en Flandes, hasta el fin. Por honor, no por gusto, sirve después, poco más de dos años, en la artillería del Farnesio. No puede vivir sin Don Juan. Vuelve a España, herido, desengañado y pobre. Ha cumplido los treinta y un años. Tiene que guardar cama muchos días, en casa de sus padres. Alguien le da a leer un libro publicado en Nápoles el 1572: *Vita Ignatii Loyolae. Societatis Jesus Fundatoris*, por el Padre Rivadeneyra. Cuanto más avance en su lectura, más veces la interrumpe para poner los ojos en alto y decirse con la mano en el corazón: «Esto había de hacer yo también.» Pero un día se dice: «Hiciera en buen hora yo en Loreto, como el Padre Ignacio en Monserrate, si no por aquel caballero.» Y empieza a recordar entonces su peregrinación a Loreto.

Muerto Don Juan, Alejandro Farnesio le ordena la visita a las maestranzas de cañones de Su Majestad en el Milanesado y en Nápoles. Toma un permiso breve para ir en peregrinación a la Santa Casa de Loreto. Lo mismo que con Don Quijote, empareja y traba amistad, por el camino, con un caballero del Périgord, que va también de peregrino al santuario famoso. Se entienden los dos bien, mitad en castellano, mitad en toscano, y por variar, a ratos, recurren al latín, lengua que el gentil hombre aquel extranjero habla con suma perfección, naturalidad y elegancia. El tema permanente de la conversación, que se prolonga en varias jornadas, es la vida misma de aquel caballero, o sea, el retiro de un varón maduro, en su casa o castillo del campo, con familia, libros, amigos, algunos convites, horas para el estudio, soledad y conversación para el conocimiento de sí y de los demás, caza y pesca, paseos a caballo, gobierno razonable de tierras y ganados, desdén por lo vano y quimérico, filosofía como arte de morir y, sobre todo, confianza en la misericordia de Dios Nuestro Señor.

Esta teoría y práctica de su propio vivir, la exponía el caballero del Périgord con una tan amena sabiduría, con tal variedad y aun versatilidad de argumentos, digresiones, humores, ejemplos y anécdotas, con tantas y tan bellas citas griegas, latinas y toscanas de filósofos y poetas y, en fin, con una mezcla tan prodigiosa y multiforme de sinceridad, artificio, edificación e ironía, que deja a Don Diego de Miranda prendado para siempre.

...

Después que volvió a casa malherido, con el primer sopor de la convalecencia, abierta la ventana al sol de abril y a la rama llovida y florida, una tarde cesa Don Diego en su piadosa lectura y se empieza a entregar con largo, sosegado deleite, al recuerdo de las conversaciones tenidas, cosa de dos años atrás, en la peregrinación al santuario de la Marca de Ancona. ¡Tan hermoso le parece esta tarde el sol que declina! El sol le llega hasta las manos y lame un momento el damasco carmesí del tapete. Con su reflejo, toda la bóveda de cal y toda la blancura de la estancia se tiñen de rosado fulgor. Mientras el sol traspone el horizonte, las palabras del caballero francés se van interponiendo más y más, como una dulce, pegajosa, dorada y envolvente niebla, entre el principio débil de su vocación y la llamada imperiosa y marcial del hispano Capitán de Cristo. Por el recuerdo creciente de aquel mundo formado por el caballero peregrino, Don Diego de Miranda va dejando ya de pensar en hacerse novicio de la Compañía. Seguirá siendo, sí, un excelente caballero cristiano, y aun, alguna vez, sentirá la nostalgia de aquella su vocación perdida, pero elegirá ya otro camino para retirarse del gran teatro del mundo. Pocos meses después, bien curado, escribirá una breve, ceremoniosa y linda carta, para participar sus bodas: «Al señor Miguel de Montaigne, en el Castillo de Montaigne, en el Périgord.»

Se casa con Doña Cristina de Cárdenas, bella, rubia, rica, enamorada heredera, que acaba de cumplir los quince años.

Aquel 7 de octubre, aniversario de Lepanto, se encuentran Don Quijote y Don Diego. Juntos están los dos, cuando ocurre la dichosa aventura de los leones. Don Quijote, con su infalible tenacidad de loco, se ha puesto ya en la tesitura de la baladronada sublime: «¿Leoncitos a mí? ¿Y a tales horas?» Apenas Don Diego le quiere aconsejar la elemental prudencia. Don Quijote replica, más que desdeñoso, sarcástico: «Váyase vuesa merced, señor hidalgo, a entender de su perdigón manso y su hurón atrevido... Si vuesa merced no quiere ser oyente de esta, que a su parecer, ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo.»

Y Don Diego se va. «Quisiera el del Verde Gabán —dice la verdadera historia— oponérsele, pero vióse desigual en las armas y no le pareció cordura tomarse con un loco.» Pero, con armas desiguales y con un caballero igual, el del Verde Gabán se hubiera batido sin aguantar la ofensa. Que «no le pareció cordura tomarse con un loco» es más congruente razón. No quería Don Diego, discreto de verdad, humillar de palabra ni de obra al pobre caballero loco, «que ya se lo había parecido de todo punto», y al mismo tiempo sentía por él una como extraña estimación, de novísimo estilo en el mundo, mixta de admiración y compasión, ternura y risa. Tampoco era Don Diego tan sencillo como para humillarse ante un caballero insensato, dándole a conocer, así, «ce» por «be», que en su vida había él entendido de algo más que del «perdigón manso y el hurón atrevido». Y casi una profanación en tal día 7 de octubre, aniversario de Lepanto, le hubiese parecido, además, a Don Diego dar en ostentación frente a un orate, con el recuerdo más alto y glorioso recuerdo de su vida. Hubo de optar así por la pasividad y el silencio. Y, sin embargo, cuando, coronada la hazaña quijotesca, de nuevo cabalgaban los dos, en paz, hacia la aldea, no podía evitar Don Diego, tras de su silenciosa compostura, el ir ordenando mentalmente las palabras, que nunca dijo a Don Quijote: «Señor mío—le hubiera dicho: A esta misma hora de las once, tal día como hoy, 7 de octubre, iba a abrirse el fuego de Lepanto. Poco más tarde, echados ya los garfios a la capitana del Turco, allí vi combatir, cuerpo a cuerpo, con la catarata de infieles, al que se llamó, entre sus amigos, no «El Caballero de los Leones», sino «El del León», y éste fué, sin par en el mundo, mi señor Don Juan de Austria. A su lado, hube de combatir yo también, que, si alguna vez parecí valeroso, fué sólo por ir a donde él iba. Este alfanje morisco, que me habéis notado, lo arranqué de las manos de un arcaez en singular y desesperado combate. Me lo suelo ceñir todos los años, en esta mañana de hoy, que es la de la Virgen de la Victoria, para oír misa y comulgar, con un señor de ese lugar vecino, compañero mío de armas en aquella «la más alta ocasión que vieron los siglos.» Valiente, sin duda, y sin razón, se ha mostrado vuesa merced, dando cara al más fiero de los leones, que el general de Orán manda, enjaulado, para recreo del Rey Nuestro Señor. Pero quiero decir que vuesa merced ha hecho bien en proclamarse «Caballero de los Leones», y no «del León», para que nadie piense que, con eso, vuesa merced se cree haber vencido otra batalla de Lepanto.»

Pero ni una sílaba de esto dijo Don Diego a Don Quijote, porque en tal coyuntura se sentía, bien realzado, más que en ninguna voz, en su silencio propio.

...

Hizo Doña Cristina, con muy buena gracia, los honores al nuevo huésped, y en la cena de este primer día, ya le preguntaba a los postres que cuántas veces se había enamorado, y aun añadía, mientras, de soslayo, miraba a su marido con celosa ternura: «No ha de ser vuesa merced hipócrita como Don Diego mi señor.»

A poco de alzados los manteles, pidió la venia Don Quijote para retirarse a su alcoba. Sentía invencibles ya los imanes de un largo sueño, dulce para dormido sobre frescos laureles, entre la fatiga deliciosa de su coronado heroísmo y el paladeo, a solas, de las mieles del triunfo. Desvelaban, en cambio, a Don Diego, y aun dolorosamente le oprimían, las memorias del pasado ayer, colmado de riesgo y maravilla; y así, con alma triste, se retiró a su estancia de la torre, donde le era segura la soledad. Quiso hallar paz en la lectura, pero no pudo. Los famosos poemas a la victoria de Lepanto le llenaron como nunca de tedio, y aun acabó por preguntarse si su hueco sonido venía del artificio de los versos o del maleficio de su propio corazón. Quiso acudir, entonces, a la *Vida de San Ignacio de Loyola*, pues, en algunas otras ocasiones de acidez y de hastío, una especie de remordimiento por la rehusada vocación parecía reavivarle y refrescarle las fibras desecadas del alma y le servía como de amargo tónico. Pero ni en este libro, ni en otros, logró sujetar su atención aquella noche, pues hasta las letras a la luz le huían de los ojos y se le volvían borrosas y lejanas. Vanamente se puso a componer un roto arcabuz, como muy diestro armero. Saltó rota

una pieza, que le impidió seguir la compostura sin fuego de fragua, y soltó, con gran contrariedad, la lima y el martillo.

Intentaba, poco después, cogida la cabeza entre las manos, poner de veras, mente y corazón, en su mujer e hijos, a los que de verdad quería, en amigos a los que mucho estimaba, en sus pingües bienes de fortuna, que le daban entretenida ocupación y holgado respiro. Ninguna cosa del presente logró contentarle, y con pavor sintió que todo su ser se volvía, desesperadamente, hacia el pasado. Veía a Don Juan, como un arcángel, saltando del estantero con la espada desnuda, y a la ola de turcos descolgándose de la jarcia revuelta. Veía las luces del retorno, los días de Nápoles y el jardín de cipreses y estatuas, de Isabela de Prócida, esperada a la luz de la luna. Con recuerdos de su vida pasada, formaba sin querer mil quimeras de vidas futuras, porque entraba en la edad en que las esperanzas sólo se forman con recuerdos medio soñados. Aquella mañana, Sancho Panza se había abrazado a sus rodillas, tomándole por santo verdadero. Y si no por santo, ¿no era tenido por prudente, sabio, valeroso, caritativo, reportado, leal, piadoso, pacífico y adornado de otras muchas virtudes? ¿Se conocía él a sí mismo? ¿Le conocían los demás?

Se empezaron a extinguir las luces de aceite y ya la claridad azul temblaba en el ancho firmamento. Amanecía el alba entre primeros trinos de cristal. Como alguna otra vez, el caballero tomó la vihuela y empezó a templar, a pulsar y a rasguear sus cuerdas vibrantes. A media voz, se puso a entonar aquella letra antigua. Apenas se dejaban oír las primeras estrofas; pero, conforme fué creciendo la luz en el cielo y la claridad se levantaba sobre el horizonte, la voz crecía y se levantaba, y aclaraba también. Alguien ya pudo oírle, desvelado en su cama, la copla del antiguo cantar, que decía:

¡Oh descanso en que me vi!
¡Oh bien, de mil bienes lleno!
¡Tiempo bueno, tiempo bueno!
¿Quién te me apartó de mí?

Le oyó, no sin pavor, santiguándose, la vieja ama que le tuvo de niño. Le oyó, medio en sueños, Doña Cristina, y, como creyó fuese sueño, se volvió a dormir en su inocencia. Y seguía la voz, más alta y clara:

Yo navegaba por ti
en tiempo manso y sereno.
¡Tiempo bueno, tiempo bueno!
¿Quién te me apartó de mí?

Subía el rojo sol de octubre, ya salido a los cielos, entre nimbos de oro, y la voz de Don Diego de Miranda, limpia y briosa, juvenil y ardiente, como si quisiera ya llenarlo todo, concluía, frizando en la desesperación, sobre un crispado tremolar de las cuerdas:

¡Que en acordarme de ti
todo placer me es ajeno!
¡Tiempo bueno, tiempo bueno!
¿Quién te me apartó de mí?

A la última estrofa, despertó Don Quijote, alzada como por secreto mecanismo su cabeza de pájaro estafalario, y, como oyese casi todos los cuatro versos, se puso a reír a carcajadas y a hablar bien fuerte, con la mirada y rostro dirigidos hacia la torre del cantor.

«¡Ay! ¡Ay!—decía—. ¿Conque esas tenemos? ¿Conque cuerdo para los demás y loco a solas? ¿Y vuesa merced me tiene a mí por loco rematado? ¡Venga Dios y lo vea! ¿Vuesa merced es el varón juicioso, el caballero prudente, el hombre cuerdo? ¡Ja, ja, ja! Digo y repito: ¡Ja, ja, ja! ¿Cuerdecitos a mí? ¿Y a tales horas?»

Volvió a ponerse serio de repente, y, por buen espacio, meditó si no estaríamos todos locos, de una u otra manera, y si esta vida no se nos habría dado a todos como casa de orates, para que en la otra y mejor vida, la cual, por fuerza de razón, ha de ser lo contrario de ésta, nos harte, sacie y complete la cordura. Estimó que se había desvelado más de dos horas con estos pensamientos y que podría hallarse todo el día falto de sueño, con peligro de su urbanidad y decencia. Por fortuna, oyó una voz infantil en la sala vecina y llamó, incorporándose un poco: «¡Eh, muchachito, muchachito!» Un criadito rústico de Don Diego le respondió a través de puerta y cortinaje. «¿Qué me manda vuesa merced, señor Don Quijote? Yo soy Heraclio.» «Heraclio, hijo—le ordenó Don Quijote—: Dirás a mi escudero, Sancho Panza, que hasta bien sonado el esquilón no me abra los postigos y se agradecértelo he.» Se echó del lado izquierdo y se cubrió el embozo hasta la coronilla, resuelto a reposar, pero aun lanzó una última carcajada. En la almohada, tenía metida media boca y con la otra media a flor de risa, se durmió dulcemente, hundido en soñadora cordura, que es infancia eterna.

(ILUSTRACION DE ESPLANDIU)

Madrid, los estudiantes y el tranvía

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

Soy madrileño, he sido estudiante y no añado que también tranviario porque no ejercí tan honrosa profesión; pero todos mis grandes viajes los he realizado en tranvía y hasta hace muy poco tiempo el tranvía fué mi coche, «el coche de todos», que dijo don Edmundo de Amicis, que es cita obligada cuando de tranvías se habla. Ahora me he pasado al «Metro». Y bien que lo siento. El paisaje que se divisa desde la ventanilla de un vagón del «Metro» no es, ciertamente, muy atractivo. Demasiado monótono. Descontado el rato que pasa uno en la estación esperando la llegada del tren, y que, por lo menos para mí, es una espera muy entretenida, el resto del viaje resulta más bien aburrido. Por esto, en el «Metro» es donde se lee más en Madrid. Parece que todos los viajeros han sacado el billete con derecho a novela. Yo admiro profundamente a estos lectores del «Metro». Son los equilibristas de la lectura. Verlos con un libro en la mano, que se alza de manera inverosímil sobre los cuerpos ensamblados, como las clásicas sardinas, es algo que me pasma. ¡Qué gloria para el novelista suscitar y retener la atención del lector en circunstancias tan poco propicias para gustar su prosa!

Sí, siento mucho el haberme visto obligado a pasarme al «Metro», el haber tenido que abandonar el tranvía. ¡Qué le vamos a hacer! Los tranvías tienen sus días contados. Los tranvías se están muriendo lentamente, como se murió la «Dama de las Camelias», nuestra buena amiga Margarita Gautier. No hay salvación para ellos. No hay estreptomina que valga. Los autobuses y los trolebuses—que, en definitiva, no son sino tranvías vergonzantes, disfrazados—acabarán con ellos inexorablemente. Mi abandono de los tranvías no es total. De vez en cuando no puedo resistir a la tentación y me encaramo a uno de los antiguos. A los nuevos, a esos traidores que se han prestado a hacer de tranvías con aire aerodinámico, reloj encima del conductor, cierre de puertas automático y cobrador sentado en su trono, que atisba a los viajeros para que nadie pase sin hablar con el portero, los odio con toda mi alma. ¿Dónde se ha visto un tranvía que no se puede tomar en marcha, ni abandonarlo de la misma forma en el sitio justo que nos convenga? Nosotros, los tranviarios de corazón, los que amamos a los tranvías con todas las veras de nuestra alma, no podemos soportar las paradas fijas, las colas y, sobre todo, el que nos den con la puerta en las narices cuando al cobrador se le antoje que ya está lleno. Los tranviarios de corazón no estimamos que un tranvía está lleno mientras haya el menor resquicio en un estribo, en un tope en el borde de una ventanilla, en el mismísimo trole. Ya apenas quedan virtuosos de la subida y la bajada en marcha.

MADRID, A VISTA DE TRANVIA

Mis preferencias para recordar los deliciosos días tranviarios se inclinan por un servicio instaurado hace poco y que es algo como el canto del cisne del tranvía o como el último aleteo de su mortecino esplendor. Me refiero a la línea de circunvalación que nace y termina en la plaza Mayor. Es, sin disputa, el entretenimiento más barato que existe hoy en los Madrides. Cuarenta céntimos de entretenimiento, de una hora larga de duración. Madrid, a vista de tranvía. Gran renovación de vecinos de asiento. Vistazo a los barrios bajos. La fronda verde del Retiro tras la verja que se extiende por la calle de Alfonso XII, por la calle de Alcalá. Calles y calles. Casas y casas. Unas, con muchas ventanas; otras, con unos cuantos balcones. Balcones del siglo XIX. Ventanas del siglo XX. De otros siglos apenas si quedan casas ya en Madrid.

En el tranvía nacían amores del azar, de sentarse el galán frente a la dama y que sus miradas se cruzasen al arrancar el tranvía. Prendidos y bien sujetos los ojos, ya no se separaban en todo el trayecto. Allí donde descendía ella, la seguía él. Lo demás era cuestión de que congeniaran lo suficiente para que la Vicaría entrara en funciones.

EL TRANVIA Y YO SOMOS DE LA MISMA «QUINTA»

Comprenderéis mi amor a los tranvías. Somos rigurosamente contemporáneos. Somos de la misma «quinta». Nacimos juntos en un año infausto para España y dichosísimo para nosotros.

Los tranvías no me han comunicado sus impresiones. Yo os digo, sin ambages, que estoy encantado de haber nacido. Aviso a los jóvenes. No perdáis nunca la juventud. Es muy fácil. Basta con acomodarse a lo que venga. Ambicionar sólo lo asequible. Y no desesperarse inútilmente ante la contrariedad, que es tan pasajera como el placer. Yo no he tenido nunca lo que se dice dinero. Ni me ha hecho falta, os lo aseguro. Unas pesetejas para ir tirando y para ir gastándomelas, y a vivir tan ricamente. A mí me hubiera gustado mucho viajar y sólo he podido hacer unas cuantas escapadas a Francia, una a Inglaterra y otra a Italia. El resto de mis viajes se limitaron a tomar el tranvía y recorrerme en él unas cuantas calles que me sé de memoria, pero que mi optimismo convierte en poco menos que en paisajes de ensueño. El resto, a leerlo en los libros. Yo he estado en el Japón con Pierre Loti, en la India con Rudyard Kipling, en toda Europa con Paul Morand. He dado la vuelta al mundo en compañía de Vicente Blasco Ibáñez y me he divertido la mar. Lo único que siento es el no poder viajar ya en tranvía.

He consultado el servicio de tranvías madrileño del año 1926. Existían entonces cincuenta y una líneas. De estas cincuenta y una, veinticuatro pasaban o partían de la Puerta del Sol; es decir, la mitad. Comprenderéis que para nosotros, los tranviarios de corazón, esto era un encanto. En la Puerta del Sol materialmente bullían los tranvías. La animación que le prestaban era extraordinaria. Se les notaba a los tranvías la alegría de sentirse dueños de la Puerta del Sol. Al entrar en ella se diría que se esponjaban y que sus troles se saludaban, muy complacidos de encontrarse allí. Entonces no había luces del tráfico, y los peatones podíamos cruzar su recinto por donde nos diera la gana. Nosotros, los virtuosos de la subida en marcha, ya sabéis que ni por soñación lo tomábamos al pie de la parada oficial. Los esperábamos a la entrada de Alcalá, de Carretas, de Montero y de Mayor, y allí lucíamos nuestras habilidades, esforzándonos en la galanura de nuestros movimientos. Para nosotros, subirnos al tranvía en marcha en la Puerta del Sol era como para los toreros torear en la plaza de Madrid, que es la plaza que hace y deshace prestigios. La invención de las colas es muy moderna. En mi juventud y hasta en mi madurez no recuerdo más colas que las formadas ante las recaudaciones de contribuciones al finalizar el plazo de pagar sin recargo.

APOLOGIA DE LA «JARDINERA»

El servicio especial de tranvías que las tardes de corrida se establecía entre la Puerta del Sol y las mismísimas puertas de la plaza—servicio que, por cierto, costaba, en las novilladas, cincuenta céntimos, y en las corridas de toros, una peseta—llevaba casi todo

él «jardineras». Ir en ellas a la plaza era como si fuéramos en el carro de la Cibeles, arrastrado por los leones y escoltado por los ángeles. Las «jardineras» nos proporcionaban movimientos como de columpio o como el subir y el bajar tan placentero de los cerditos del tióvivo. En la línea 6—Goya-Alcalá-Sol-Argüelles-Rosales—circulaban unas «jardineras» no remolcadas, sino con motor propio. Lamento verme obligado a confesar que distaban mucho de atesorar las gracias únicas de las remolcadas. Bueno, y ya es hora de que suban a la «jardinera» el matrimonio y los dos pimpollos. Estas «jardineras» disponían de dos plataformitas—en la delantera iba un empleado al servicio del freno—, y los asientos estaban colocados: a un lado, una hilera de individuales, uno enfrente del otro, y en el lado contrario, dos frente a otros dos. En estos cuatro tomé asiento la familia. Las niñas, al lado del estribo, que era corrido, esto es, a todo lo largo de la «jardinera». ¡Oh «jardineras» ideales para nosotros, los virtuosos del subir en marcha! Ya enfila el 8 la calle de Preciados. Nada más ponerse en marcha el convoy, la familia dice a coro:

—¡Qué fresquito corre, ¿verdad?

—Ya veréis cuando salgamos a la plaza de España—añade el padre.

Las muchachitas van pendientes de lo que ante su vista aparece, como si fueran en el Oriente Express camino de Constantinopla.

—Mira, mamá; mira en aquel «escaparate» que «écharpe» tan preciosa.

—¿Dónde?

—Aquella, allí. ¡Qué lástima ya no la puedas ver!

Al arribar a la plaza de Santo Domingo, el padre informa:

—Allí, junto a la Costanilla de los Angeles, mi abuelo luchó el año 1854 en las barricadas, cuando la sublevación que dió el Poder al general Espartero y al general O'Donnell.

—¿Y lo mataron, papá?

—No, hija mía; le hicieron gobernador civil de Zamora.

UN CRUCERO POR LA BOMBILLA

Paseo de la Florida adelante, los cuatro viajeros están conformes en que aquello es demasiado, y la madre se muestra pesarosa de no haber tenido la previsión de coger el abrigo de entretiempos. En la Bombilla resuelven descender y dar un paseo para entrar en calor, no sin antes estar acordados en que es una tontería salir de Madrid los veranos. ¡Qué San Sebastián, ni qué niño muerto! Madrid y nada más que Madrid; un paseito en tranvía y fresco por demás. Habían convertido el paseito en todo un señor viaje, y cuando allí, pasadas las doce, regresaban a su casa, se acostaban tan satisfechos, como si volvieran de un crucero por el Mediterráneo. No creáis que exagero. Yo he realizado infinitos viajes de éstos. ¡Domingos primaverales en los que organizábamos una merienda en Leganés y la preparábamos como si se tratara de un viaje a la China! Leganés, pueblecito célebre por un manicomio que allí tiene su sede, estaba unido a Madrid por una línea de tranvías, la 25, que salía de la plaza Mayor y calle de Toledo abajo, atravesaba el Manzanares por el puente que ahora está en litigio por su insuficiencia para contener el intenso tráfico que lo atraviesa y subía en busca de los dos Carabanchales. Traspuesto el Alto, el tranvía se encontraba caminando en plena campiña. ¡Qué raro resultaba un tranvía navegando al borde de una carretera polvorienta, rodeado de campo por todas partes! Los viajeros nos transformábamos; no parecíamos los



mismos que salimos de Madrid. Eramos de verdad unos viajeros, en especial nosotros, los excursionistas, que casi llevábamos equipaje, de tantos paquetes como portábamos. Además, habíamos previsto el tomar un bocado en el tranvía, y como es de rigor en personas educadas, ofrecíamos, a nuestros compañeros de viaje, que, como también está establecido, rehusaban, echando unos ojos a la longaniza que eran un poema. Se desquitaban al alargarse la bota, que corría de mano en mano. Al arribar a Leganés hacíamos grandes aspavientos, como si, en efecto, fuéramos Juan Sebastián Elcano y sus marineros, que veíamos el escaparate de una salchichería después de catorce meses de rodar por el océano Pacífico. «¡Fíjate, si hay tiendas y todo en este pueblo!»

DE LOS «CANGREJOS» A LOS «CLIPERS».

No recuerdo exactamente la fecha de la desaparición de los llamados vulgarmente tranvías «cangrejos», conocidos por este nombre porque iban pintados de rojo. Pertenecían a unas cuantas líneas—cinco nada más—de vía estrecha. Estos «cangrejos» eran muy monos. Daban la idea de que fueran de juguete. Lucían su correspondiente divisa, y en lugar de números se los distinguía por letras. La A, que iba del final de la calle de Hermosilla a Argüelles y a la Carrera de San Jerónimo, a la altura de la calle de Cedaceros. La L, de este último punto a la calle de Lista, pasando por la plaza de la Independencia. La M, de la glorieta de Atocha a San Jerónimo. Todas estas líneas eran de vía única y, por tanto, con sus cruces correspondientes. Por su pequeño tamaño, por su vía estrecha, alcanzaban muy poca velocidad; de manera que ir de la Carrera de San Jerónimo a Argüelles constituía todo un señor viaje, que los tranviarios de corazón realizábamos cuando queríamos perder toda una tarde. Ya no se pierden las tardes. ¡Qué pena! Es decir, sí; se siguen perdiendo, pero en el cine. Yo hace lo menos treinta años que no piso un cine. Desde que dejé de tener novia. Pero mi asombro no tiene límites cuando oigo decir que una película—esa de «Lo que el viento se llevó»—, para ir a verla, se precisa echar bota y merienda. Que no se ofendan los cineastas, pero sospecho que era mucho más divertido un viaje en «cangrejo». El letra A salía de la Carrera y por Cedaceros tomaba Alcalá y entraba por Barquillo para doblar por Saúco—hoy Prim—. En esta calle, frente al Ministerio del Ejército, había un cruce. A veces se retrasaba lo suyo uno de los «cangrejos», y entonces los viajeros, con el conductor y el cobrador a la cabeza, nos metíamos en una tasca que todavía existe—y que sea por muchos años!—, esquina a Conde de Xiquena, y allí, si el «cangrejo» no aparecía, echábamos un mus, sin ocurrirnosos protestar de la falta de formalidad del servicio «cangrejil». En el cruce de Barquillo y Prim, un tranviario, provisto de una corneta, regulaba la entrada y salida de los «cangrejos» para evitar el choque de dos de ellos. Sin dúpata, este viaje de la Carrera de San Jerónimo a Argüelles, cruzando medio Madrid, era el rey de los viajes tranviarios. Los «cangrejos» murieron hace tiempo. En esta ocasión, yo quiero dedicarles el más efusivo y emocionado de mis recuerdos. Que sepa su chararra que su memoria no ha desaparecido de la mía. Que los añore con el mismo cariño que a las horas felices, porque muchas de ellas se consumieron en sus renqueantes y asmáticos vehículos. Nunca olvidaré que mi primer amor va unido a un «cangrejo», porque en un «cangrejo» la conocí, porque en varios «cangrejos» transcurrieron nuestras más sabrosas entrevistas y porque en un cangrejo murió por una de esas tonterías por las que mueren los amores, y que no es del caso relatar en este momento.

ESTUDIANTES Y TRANVIAS

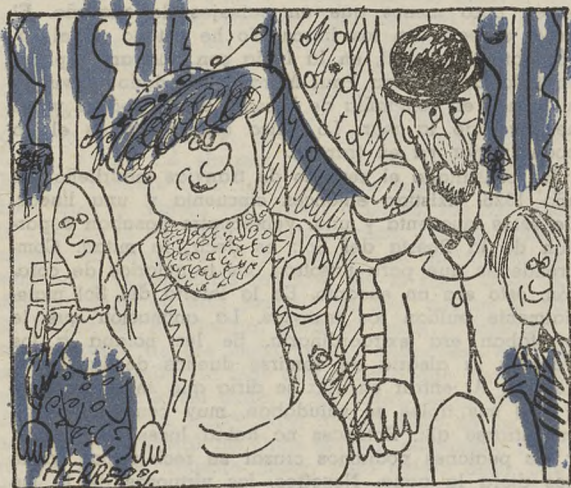
Pasemos ahora a tratar a la ligera el muy curioso tema de la estrecha relación que hubo un tiempo entre los estudiantes y los tranvías. Allí por el año 1914 terminé brillantemente mi bachillerato. Sospecho que mi bachillerato era bastante más fácil que el actual, porque si no, no me explico cómo pude cursarlo y terminarlo casi todo él con matrículas de honor y sobresalientes a manta.

A muchas transformaciones he asistido en mi vida, puesto que me ha tocado vivir una época de transición, pero ninguna tan profunda y radical como la estudiantil. Un estudiante de 1914 no tiene nada que ver—absolutamente, radicalmente nada—con un estudiante de 1952. Fueron mis primeros profesores universitarios don Juan Ortega y Rubio, de Historia de España; don Juan Hurtado, de Literatura, y don Julián Besteiro, de Lógica. Don Juan Ortega y Rubio fué un buen historiador, autor de una Historia de España, en ocho nutridos tomos, que era la obra que indicaba como texto a sus alumnos. A mi me tocaron los cuatro primeros tomos; así es que me quedé *in albis* de lo que sucedió en el período que abarcaban los cuatro últimos. Don Juan Ortega y Rubio era un fu-

ribundo y enconado enemigo personal de Felipe II. Los estudiantes a quienes tocaban los tomos que no hablaban de Felipe II estaban perdidos, porque para aprobar ya se sabía que el recurso consistía en poner como los trapos al insigne monarca. Recuerdo que a mí me tocaron en el examen los reyes godos. Sabía poco de ellos y, tras unos cuantos patinazos, traje a colación por los pelos a Felipe II, y empecé a vaporearlo de firme. Don Juan me oyó complacido unos minutos y en seguida me advirtió: «Eso está muy bien. Estoy totalmente de acuerdo con usted; pero vamos al grano: dígame algo de Chindasvinto.» En 1914, los estudiantes—salvo la clase llamada de los empollones—no estudiábamos más que la forma de no estudiar. La Universidad era un centro, ciertamente, muy pintoresco, del que guardo un gratísimo recuerdo; pero como eficacia científica dejaba mucho que desear; y conste que todos sus profesores eran no sólo dignísimas personas, sino casi todos ellos eminentes en su especialidad; pero esto no era óbice para que todo marchara manga por hombro y para que saliéramos de ella sin conocer los muchos Derechos que nutrían la licenciatura ni siquiera por el forro.

LA PRIMERA HUELGA DEL CURSO

Allá a primeros de noviembre se organizaba la primera huelga del año académico, encaminada a que se adelantaran las vacaciones de Navidad. Naturalmente, el rector se negaba. Y en vista de ello, nos sentíamos ofendidos y pedíamos su fulminante destitución. El ministro de Instrucción Pública no nos hacía caso. Y en vista de ello pedíamos su dimisión al presidente del Consejo de Ministros, el cual hacía unas declaraciones a los periodistas, diciendo que él también había sido estudiante y que siempre miraba con simpatía a la jocunda e irresponsable juventud, la edad de oro de la vida y que si tal y que si cual, pero



que no encontraba motivo para que dimitiera el ministro de Instrucción Pública. Y en vista de ello, la huelga, que hasta entonces había transcurrido pacífica, limitándonos a no entrar en clase, a zanganear y a cantar a coro por los claustros, y cuando nos cansábamos, irnos a una chirlata, a un billar, a la parada de Palacio, a remar al Retiro, se convertía en tumultuosa y salía a la calle. Alrededor de las once de la mañana nos establecíamos en la calle Ancha, frente a la Universidad, gritando: «¡Vacación y dimisión, dimisión y vacación!» Así nos estábamos un rato. De pronto una voz chillaba: «¡Que nos saluden los conductores de los tranvías al pasar!» Doscientas voces contestaban: «¡Bravo, bravo; que saluden, que saluden!» Tranvía a la vista. Y ocupando toda la calzada estratégicamente, le impedíamos el paso. El tranvía pasaba. «¡Que salude, que salude!» Si el conductor accedía y se destocaba, una ovación cerrada y clamorosa acogía su gesto. Al conductor le emocionaba esta aclamación, proveniente nada menos que de los estudiantes de la Universidad Central, y se estaba cinco minutos poniéndose y quitándose la gorra entre continuadas ovaciones. Al cesar, exclamábamos: «¡Que salude el cobrador!» Y se repetía la escena. A su final abríamos paso al tranvía. El conductor emprendía lentamente la marcha, y todos nosotros, a ambos lados del coche, le despedíamos con frenesí rayano en el delirio apoteótico. ¡Ay, amigos, la que se organizaba si un conductor se negaba a saludar! No os digo más sino que hubo casos de incendios y vuelcos de tranvías, con la consiguiente intervención de la fuerza pública. Recuerdo que un conductor contestó a nuestra demanda, vociferando: «¡Yo no me descubro más que ante el pueblo soberano!» La respuesta nos dejó atónitos. Se hizo ese silencio que se produce en las multitudes desconcertadas. El silencio y el estupor fueron rotos por estas palabras: «¿Vamos a darle una soberana paliza?» Y dicho y hecho. Nos abalanzamos

sobre el pobre hombre y en volandas lo sacamos de la plataforma. Salvó la vida por la oportuna llegada de los guardias, que, a sablazos, nos disolvieron. Mucho he pensado en esta extrañísima manía. ¿Qué tenían que ver los tranvías con las huelgas estudiantiles? Porque éstas, fueran de la clase que fuesen, así las leves como las graves, indefectiblemente exigían que, al pasar ante la Universidad, saludaran los infelices empleados tranviarios, tan ajenos a la cuestión que se ventilaba. Jamás se nos ocurrió que saludaran los cocheros.

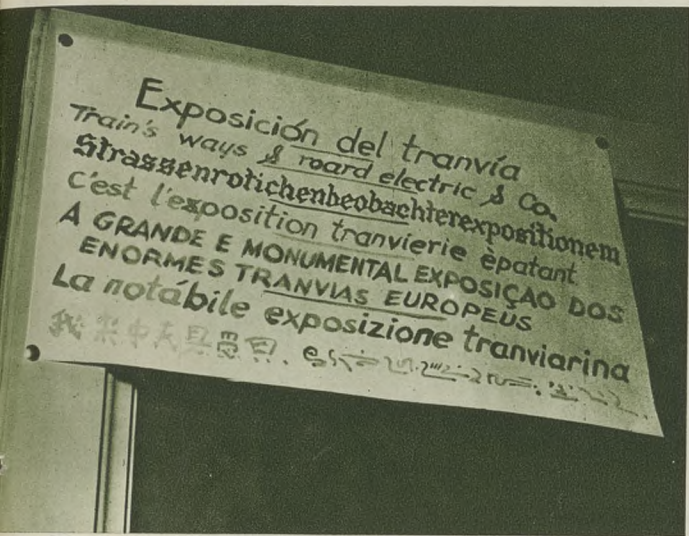
TRANVIARIOS Y COCHEROS

Hasta la aparición del «Metro», la compenetración entre los madrileños y los tranvías fué absoluta. Era el único medio de comunicación, porque los «simones» no contaban. Los «simones» estaban para los forasteros y los adinerados, y cuando de Pascuas a Ramos tomábamos uno, era un acontecimiento—en el invierno, mucho menos importante que en el verano—. Por una razón: porque en el invierno las berlinas nos encerraban tanto, que apenas nos veían los que pasaban por la calle, y cuando distinguíamos a un conocido y queríamos saludarle para darnos postín, al precipitarnos al cristal de la portezuela ya había pasado. En cambio, en los veranos, retrepados en la «manuela», bien visibles para todos, ¡qué gozo el repartir sonrisas y saludos, inclusive a esos que huímos de ellos cuando somos unos simples peatones! La complicación de la vida ha acabado con estos pequeños placeres, en ocasiones mucho más nutritivos que esos placerazos tan traídos y llevados. Soy el primero en reconocer que los tranvías estorban mucho en las calles y que hoy sería totalmente imposible el que por ciertas calles del centro circularan tranvías—verbigracia, por Fuencarral y Hortaleza—. No sé por qué, pero estas dos calles, tan castizamente madrileñas, han sido para mí las más tranviarias, las que estaban más compenetradas con los tranvías. Por ellos circulaban no en dirección única, sino arriba y abajo, aun cuando por una sola vía, con sus inevitables cruces. Esto originaba constantes conflictos callejeros, y hay que desengañarse: los conflictos callejeros son la sal y la pimienta de la calle. Sin ellos, la mayor parte de ellas no tienen gracia. Conflictos callejeros habiendo, pero con el crecimiento de Madrid han perdido todo su pintoresquismo. ¡Qué broncas aquéllas tan estupendas entre los cocheros y los conductores de tranvías! Todo un sainete, que en seguida congregaba en torno a los protagonistas considerable grupo de espectadores, que no se perdían palabra y que a veces intervenían en la representación colocándose al lado del conductor o del cobero. Vosotros no habéis conocido las calles madrileñas llenas de carros. Pero no un carrito arrastrado por una mula. Carromatos aparatosos tirados por una recua de tres o cuatro mulas y carretas de bueyes como navíos de tres puentes. Uno de aquellos que se llamaban paseantes en corte—especie si no desaparecida del todo, también en trance de morir como los tranvías—, señores que no hacían nada en todo el día, y no porque disfrutaran de rentas que les toleraran vivir ociosos, sino gentes que, como aquel personaje de Arniches, nacían cansadas y preferían antes la indigencia que dar golpe, me contaba que él, en cuanto se tropezaba un carromato en la calle iba tras él, seguro de que le proporcionaría un rato de entretenimiento, que era como llamaba a las broncas. Figúraos la que se armaba si una de las mulas de un carro de éstos se caía en la calle de Hortaleza o de Fuencarral. Dado lo estrecho de sus calzadas, el embotellamiento de vehículos era regular. Ignoro la causa de que casi siempre la mula que se caía era la que iba entre las varas del tiro del carro, esto es, la más difícil de levantar. Porque el derrumbamiento de la delantera se resolvía fácilmente con unos cuantos palos propinados a conciencia por el carretero, que nunca se dió el caso de que fuera miembro de la Sociedad Protectora de Animales; pero el de la de varas presentaba complicados problemas, que el carretero pretendía resolver lanzando cataratas de palabrotas. Hoy no se tiene idea de lo que era el lenguaje de un carretero de éstos. En vista de la inutilidad de los esfuerzos carreteriles y de que la cola de tranvías engrosaba por momentos, los conductores, los cobradores y viajeros de ambos sexos se trasladaban al lugar de la catástrofe y todos a la vez sugerían una luminosa solución que querían imponer a gritos, mientras el carretero se desesperaba y hasta agotaba el inmenso caudal de sus interjecciones. La escena, vista y oída desde la ventanilla de un tranvía, era una obra maestra sainetesca.

¡Tranvías de mi Madrid, infortunados tranvías de mis años mozos, tenían que ser los estudiantes quienes, en estas jornadas terribles de vuestra agonía, se acordaran de vosotros y os dedicaran lo mejor que poseen: el ingenio alegre y fresco, que, en el fondo, lleva escondidos la ternura y el amor! En vuestros días felices, vosotros, entrañables tranvías, saludabais por medio de vuestros servidores a la grey estudiantil. Es ésta, hoy, la que os saluda; pero, ¡oh dolor!, en ademán de adiós, de eterna despedida.

Los residentes del Colegio Mayor del S. E. U. de Madrid, «Santa María», han tenido el humor de inaugurar una «Exposición del Tranvía», en la que, de un modo plástico, ha quedado patente la historia del tranvía municipal desde sus orígenes remotos hasta nuestros días. Por las aulas de esta «Academia Breve del Tranvía» desfilaron distinguidas personalidades del mundo industrial y del otro. En realidad, este homenaje al artefacto más poético de nuestras andanzas, está muy merecido; el tranvía ha sido el anima-

La Exposición del TRANVIA



lote resignado que cargó sobre sus espaldas, durante muchos años, lo mejor de nuestras prisas y lo más barato de nuestros juveniles sueños. Ahora, antes de mandarlos «a encerrar», a dormir como piezas arqueológicas su vida chirriante de «dinosaurios técnicos», ha sido justo que el pincel les rinda esta colectiva admiración. Quiera que no, muchas digestiones broncas se hicieron fáciles en las plataformas de los tranvías y muchas lecciones de sociología hemos aprendido en la humilde y oscilante cátedra de sus asientos.



Siga mi ejemplo.

No le será suficiente tener ideas si no sabe realizarlas...

No le bastará saberlas realizar si carece de los elementos necesarios...

Una a su gusto personal los conocimientos que le proporciona un buen método de corte...

Y para poner en práctica sus proyectos emplee la
MAQUINA DE COSER Y BORDAR



ALFA

FABRICAS EN EIBAR Y ZARAUZ · CASA CENTRAL EN EIBAR (ESPAÑA)

BOAC ASEGURA SU BIENESTAR

VUELE  **POR B.O.A.C**

A 4.000 individuos asciende —entre Ingenieros y mecánicos—, el personal que tiene la BOAC destinado a la conservación y mantenimiento de su flota; todos ellos son especialistas técnicos en la materia, poseyendo una experiencia de más de treinta años al servicio de la aeronáutica, lo que da un crédito de garantía a la empresa —la más antigua del Mundo en el operamiento de rutas trasatlánticas.

Recordamos que nuestros servicios para Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires o Santiago de Chile, salen dos veces por semana desde Madrid

Reserva de billetes en las principales Agencias de Viajes (sin recargo) o en las oficinas de Líneas Aéreas Británicas, Madrid, Avenida de José Antonio, 68, Teléfono 21 10 60. Barcelona, Avenida de José Antonio, 613, Teléfono 21 64 79



LINEAS AEREAS BRITANICAS

